

se

Heredera busca marido



CARA COLT **Lectulandia**

Brittany Patterson había llegado a Miracle Harbor deseando empezar su nueva vida como empresaria. ¿Qué importancia tenía que hubiera heredado una panadería cuando con lo que realmente había soñado era con una boutique? ¿Y qué importaba que tuviera que casarse para poder conservarla? De cualquier manera, estaba dispuesta a quedarse con todo. Empezando por el estirado aunque irresistible abogado al que le había echado el ojo. Nada más ver a la guapísima Britt Patterson, Mitch decidió que sería la última mujer con la que se casaría: era demasiado espontánea e indomable& era demasiado fácil enamorarse de ella, y Mitch había jurado no volver a entregar su corazón a nadie. Ni siquiera a la mujer que ya había conquistado su alma.

Lectulandia

Cara Colter

Heredera busca marido

*

ePub r1.0

Piolin 03.07.2017

Título original: *The heiress takes a husband*
Cara Colter, 2016

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

25 de febrero

Brittany Patterson, que creía que no había nada que pudiera sorprenderla, estaba atónita. Hizo todo lo posible por mantener las manos tranquilamente en el regazo, en vez de abrazarse con fuerza y durante mucho tiempo. Hizo todo lo posible por evitar que las cálidas lágrimas que se le agolparan en los ojos se le derramaran.

Hermanas. Ella, que siempre había estado sola, ya no lo estaba. Brittany quiso despreciar aquel sentimiento. En realidad nunca había estado sola. Había tenido a su lado a sus padres adoptivos. A sus amigos.

Sin embargo, cuando contempló los rostros de sus hermanas, tan similares al suyo propio, sintió como si hubiera estado sola toda su vida, con el corazón esperando algo que siempre había sospechado que existía.

No eran sólo sus hermanas. Acababa de descubrir que era una de tres hermanas trillizas. Quería mirarlas, absorber sus rasgos, maravillarse al ver el mohín de la boca de Abby o el gesto que hacía Corrine con su cabello, todos ellos manierismos que ella también poseía.

En vez de eso, se obligó a escuchar a Jordan Hamilton, esperando que el maduro abogado dijera algo que desenredara el misterio de por qué no habían estado siempre juntas. En vez de eso, el misterio se hizo aún mayor.

El abogado no sabía por qué habían crecido separadas, desconociendo cada una de ellas la existencia de las otras. Sólo sabía que se habían vuelto a reunir allí, en su despacho, mediante una persona que no deseaba nombrar. Y aquella misma persona les había concedido un regalo a cada una de ellas.

Vagamente, se enteró de que su hermana Abby había recibido una casa. Se enteró, también muy vagamente, de las condiciones. Entonces, oyó cómo su propio nombre penetraba las brumas que le llenaban el cerebro. Una parte de su ser se puso alerta, mientras que la otra seguía nadando en la calidez que le había producido su descubrimiento. Hermanas.

—... se le cede la panadería Main Street, situada en el 207 de Main Street, en Miracle Harbor, Oregon, con la condición de que la señorita Patterson resida en la localidad de Miracle Harbor al menos durante el periodo de un año y de que contraiga matrimonio en el mismo periodo.

Brittany contuvo el aliento. Entonces, aterrizó bruscamente en el Planeta Tierra y miró al distinguido y maduro abogado, esperando que se echara a reír.

Sin embargo, su rostro permaneció impasible.

—Señor Hamilton, mis padres están detrás de esto, ¿verdad? —preguntó ella.

Suponía que se lamentaban de haberse puesto tan firmes después del accidente. Probablemente habían descubierto, de algún modo, que había vendido la hermosa pulsera de Fabergé la semana anterior. En cierto modo, aquel plan era brillante.

—¿Sus padres? —repitió Jordan Hamilton. Parecía genuinamente sorprendido.

—Ya sabe —respondió Brittany—. Me dan una profesión y me casan en la misma jugada.

Dijo aquello a la ligera, como si no importara en absoluto que sus padres no creyeran que era capaz de cuidarse de sí misma. Sin embargo, no se podía decir que aquella afirmación fuera completamente injusta.

Habían pasado seis meses desde que le habían cortado el grifo, justo después de que hubiera destrozado un precioso Corvette rojo y hubiera terminado en el hospital. Los términos habían sido brutalmente sencillos. No había asignación, ni préstamos, ni tarjetas de crédito, ni acceso a las cuentas bancarias. Le habían dicho que no iban a pagar para que ella se matara, que era hora de que pasara a formar parte del mundo, de que aprendiera a ser una mujer adulta responsable, que hiciera su contribución a la raza humana.

Seis meses y Brittany todavía tenía que encontrar trabajo, a pesar de lo mucho que se estaba esforzando.

—Pero, ¿y nosotras? —preguntó una de sus hermanas, Corrine—. ¿Cómo pudieron localizarnos tus padres?

—¿Y por qué me iban a dar tus padres adoptivos una casa? —añadió Abby.

Brittany se sobresaltó y miró de nuevo a las otras dos mujeres que había en el despacho. Aquella era la sensación más extraña y a la vez más deliciosa que había experimentado nunca.

Sonrió, sorprendida de lo mucho que se extrañaba de que padres adoptivos no estuvieran detrás del hecho de que ella estuviera sentada en el despacho de aquel abogado. Era algo imposible.

—Supongo —dijo, pensativamente —, que ni siquiera el señor y la señora Patterson son lo suficientemente ricos como para clonar a la gente. De hecho, no creo que quisieran clonarme.

—¿Por qué no? —preguntó con indignación Abby, que iba ataviada con el tipo de vestido azul que hubiera escogido una monja.

Brittany pensó, sintiendo una calidez aún mayor en su pecho, que aquello era lo que se sentía cuando se tenía una hermana. Abby ni siquiera la conocía y, a pesar de todo, era evidente que había decidido pensar lo mejor de ella.

Pero lo de casarse...

La puerta del despacho se abrió muy suavemente a sus espaldas. Brit miró por encima del hombro y se quedó boquiabierta. Si aquello era lo que aparecía cuando simplemente se pensaba en el matrimonio en un lugar llamado Miracle Harbor, se apuntaba la primera.

Era guapísimo. El típico hombre alto, al menos de un metro ochenta, moreno, con cabello negro y piel tostada, y atractivo, finas cejas, nariz recta, labios sensuales y fuerte barbilla. A todo eso, había que añadir el hecho de que las conservadoras prendas que llevaba puestas no ocultaban en absoluto un físico esbelto que, no obstante, emanaba fuerza y masculinidad.

Entonces, notó los ojos y sintió que el corazón iba a salirse del pecho. Tenían un brillo pícaro, que envolvía un tono azul imposible, casi de color aguamarina, enmarcados por una abundante línea de pestañas negras.

Aquellos ojos se cruzaron con los de ella y mantuvieron la mirada de un modo completamente profesional. Sin embargo, justo debajo parecía haber algo más. Algo salvaje, intrigante... una muestra de la fuerza y la masculinidad, de la sensualidad desatada que parecía haber dentro de él.

De hecho, a pesar del impecable corte de la camisa blanca de lino, con las mangas subidas, de la corbata de seda algo aflojada, a Brittany le parecía que no desentonaría montado encima de una enorme moto negra o de un brioso semental o de...

Sintió que se estaba sonrojando y rápidamente apartó la mirada de él.

—Mi hijo —murmuró Jordan Hamilton a modo de presentación—. Mitch.

—Papá, sólo tengo el contrato de los Phillips y necesito que me lo firmes.

Su voz era como seda salvaje acariciando la cálida piel y Brit tembló como si la hubiera tocado. Casi se ahogó de pánico por la atracción que sintió por él, pero intentó disimular y se dedicó a mirarse las uñas hasta que él hubo salido del despacho.

—Bueno —prosiguió el señor Hamilton, tratando de retomar el hilo de la conversación—. Sobre la panadería...

Brittany trató de no empezar a divagar sobre el misterioso Hamilton hijo. Francamente, una panadería no era ni remotamente lo que Brittany estaba buscando. Algo en el campo de las relaciones públicas estaba más en su línea. Tal vez el marketing... O una elegante *boutique*... Algo por el estilo. Un trabajo divertido donde tuviera un amplio margen para los gastos, dinero para comprarse ropa y la oportunidad de viajar a París y a Milán regularmente.

Sin embargo, dado que ninguna de las empresas en las que había solicitado aquellos puestos había tenido la cortesía de responderla, tendría que servirse de una modesta panadería para demostrarle a todos lo que era capaz de hacer y para poder dar vida a las expectativas que sus hermanas tenían puestas en ella.

Una hora más tarde, estaba paseando del brazo de sus hermanas por la calle principal, disfrutando con la sorpresa que atraían de todos los ciudadanos de Miracle Harbor. Aquella calle parecía sacada de un libro de ilustraciones. A un lado, las olas rompían contra la dorada arena de la playa. Al otro, unos preciosos edificios de ladrillo rojo con coloridas marquesinas.

—Creo que este no será un lugar tan terrible para pasar un año —dijo, en voz alta—. Es mono y pintoresco. Perfectamente adorable. Y estar aquí con vosotras, con mis hermanas, tener la oportunidad de conoceros... —añadió, suspirando felizmente, sin poder terminar la frase.

—Pareces haberte olvidado de la parte del marido —señaló Corrine amargamente. Iba vestida con unos vaqueros rasgados en las rodillas y una cazadora vaquera tan deslucida que casi estaba blanca.

—Bueno, la gente se casa todo el tiempo por razones menos románticas. Dudo que ninguna de las parejas que conocen mis padres se casara porque se quisieran. Os puedo asegurar que mis padres no.

Su voz no revelaba en absoluto la niña que tanto había ansiado un amor auténtico, el único regalo que sus acaudalados padres habían parecido incapaces de darle.

—Creo que eso es muy triste —dijo Abby, suavemente, como si hubiera visto a esa niña a pesar del tono de voz de Brittany.

—Es realista —replicó Brittany, rápidamente—. Si me gusta mi panadería, pondré un anuncio en el periódico. Se busca marido. Debe ser alto, moreno y guapo. Parecido a ese abogado tan atractivo que entró en el despacho para que se le firmara algo. ¿Cómo se llamaba?

Como si se le hubiera olvidado. Sin embargo, si Brit tenía un talento era no dejar ver a la gente exactamente lo que sentía. Talento para no parecer nunca demasiado vulnerable. Le parecía que podría ser innecesario protegerse de sus hermanas, pero, por otro lado, las viejas costumbres le resultaban difíciles de erradicar. Además, aquella era una faceta en la que siempre prefería tener una extrema cautela.

—Creo que era Mike —dijo Corrine.

—No. Era Mark —le corrigió Abby.

—Bueno, en lo que estamos seguras es de que era algo con M —concluyó Brit, encantada de que ninguna de sus hermanas lo hubiera considerado, en apariencia, un objetivo.

—Voy a mudarme aquí durante un año para poder conoceros mejor —comentó Corrine—, pero no puedo dejarlo todo de repente y trasladarme aquí. No podré hacerlo al menos hasta el mes de mayo. Y yo no me pienso casar porque alguien me lo diga. Olvidadlo.

—Si quieres, yo puedo ayudarte a encontrar marido —observó Brittany, alegremente—, pero primero tendrás que deshacerte de los vaqueros. Sé que estarías maravillosa vestida de Ralph Lauren porque... yo lo estoy —añadió, entre risas.

Entonces, rio aún más fuerte cuando vio la expresión furiosa con la que la miraba Corrine. Le apretó la mano y recibió la recompensa de una breve sonrisa de su hermana, lo que le dio la oportunidad de vislumbrar la dulzura de espíritu de su hermana.

A Brittany le parecía que el amor de Abby y Corrine estaba envolviéndola, un don tan incondicional que no había hecho nada para ganar y que era tan suave como la fragante bruma del mar.

Nunca se había sentido tan feliz, tan llena de esperanza, tan emocionada sobre la vida y todas sus maravillosas posibilidades.

Entonces, empezó a fijarse en los números de bronce que adornaban las puertas de los comercios y contuvo el aliento. 201, 203, 205...

Entonces, la vio. Allí estaba. Su panadería.

Capítulo Uno

Dos meses después...

—Un momento —gritó Brittany, cuando alguien volvió a llamar a la puerta de su apartamento. Se miró en el espejo que tenía en su dormitorio, sin prestar atención a la cama, que seguía sin hacer, la ropa que había esparcida por todas partes y los botes de maquillaje que tenía abiertos.

—Estoy horrible —aulló—. Horrible.

Volvieron a llamar, con cierta insistencia, pero Brittany no le prestó atención.

Era horrible. El vestido de dama de honor era de gasa color melocotón, sin mangas. Le sentaba como un sueño. Se ceñía a su esbelta figura, destacando la largura de sus piernas, la suave curva del pecho y sus deliciosos y bronceados hombros. En realidad, el vestido era perfecto.

El maquillaje también lo era. Destacaba sus mejillas y acentuaba el azul de sus ojos. Los labios resultaban jugosos y húmedos, la piel tan suave como la de un melocotón.

Su largo cabello, con perfectas mechas que lo hacían brillar como hilos de oro, trigo y miel, estaba recogido en lo alto de su cabeza, con solo algunos pequeños mechones sueltos.

Estaba absolutamente despampanante. En todos los sentidos, aunque todo se había estropeado por un desastroso detalle. Pintura.

Pintura rosa.

Una gruesa raya de pintura le recorría los dorados mechones de su cabello. Además, tenía salpicaduras del mismo tono por los brazos, desde los hombros a las muñecas. No conseguía de ningún modo que desaparecieran. Y lo sabía porque lo había intentando de todas las formas posibles, desde el aguarrás hasta el quitaesmalte.

Aquello se había producido como resultado de haber repintado el interior de la panadería, lo que, sin duda alguna, había sido la tarea más penosa que había realizado nunca. Había escogido un tono de rosa muy elegante. En realidad, le había parecido que no había sacrificio demasiado grande para su panadería y para su entrada con éxito en la comunidad de los comerciantes de Miracle Harbor. Se le había dado una nueva oportunidad. Una vida nueva, en realidad. ¿Qué era un poco de pintura rosa comparado con eso?

Bang, bang, bang...

Si quien estuviera llamando no dejaba de hacerlo, iba a gritar. Sin embargo, tal vez los comerciantes con éxito no debían gritar. Tendría que conformarse con aplacar a quien fuera que estuviera aporreando la puerta con una mirada. Sin duda era su acompañante, que su hermana Abby se había encargado de buscarle. Como la panadería se abría al público dentro de una semana, Brit simplemente no había tenido tiempo para nada.

Entonces, ¿cómo lo había encontrado Abby, entre su trabajo de modista, criar a

un bebé y casarse para buscarle un acompañante a su hermana para aquella boda? Dado el horario de Abby, Brit pensó que sería poco razonable esperar demasiado de aquel acompañante. Resultaba humillante, a la madura edad de veintisiete años, verse sometida a la primera cita a ciegas. Era horrible que su acompañante para su primera salida estelar en Miracle Harbor dejara mucho que desear. Seguramente sería viejo. Feo. ¿Y si tenía muchas arrugas?

Por otro lado, aquello era Miracle Harbor. Sólo había que tener en cuenta lo que le había ocurrido a Abby. ¿Y si le ocurría lo mismo a ella? ¿Y si lo encontraba? A él. A su Príncipe Azul, que la escoltara al baile y la acompañara a lo largo de su vida.

Con una última mirada resignada en el espejo y un suspiro más al ver la pintura, se dio la vuelta y se dirigió decididamente a la puerta principal. Trató de no notar lo humildes que eran los muebles con los que adornaba su apartamento y trató de no verlos a través de los ojos de su acompañante. Su apartamento estaba encima de la panadería y se lo habían dado amueblado. En los mejores días, consideraba aquello como una bendición y en los peores, odiaba pensar en lo hundido que estaba el deslucido sofá.

—Oh... —murmuró para sí misma—, probablemente estará demasiado decrepito y viejo como para darse cuenta de nada.

Ni siquiera de su pintura rosa.

Volvieron a llamar a la puerta. Seguramente el taconeo de sus zapatos había dado a su acompañante un toque más de impaciencia, pero Brittany se colocó una sonrisa en los labios antes de abrir la puerta.

—Dije que sólo un min... —dijo, antes de detenerse en seco—. Tú...

¿Acaso iba a aparecer siempre que pensara en la felicidad nupcial? ¿Significaría aquello algo? De entrada, que la pintura rosa y los muebles importaban.

Rápidamente, Brittany salió al descansillo, que tenía una vista de las deliciosas callejuelas de Main Street y cerró la puerta a sus espaldas.

Él la miró y, durante un momento, Brittany se sintió tan hipnotizada por aquellos ojos que le pareció estar helada. Eran de un tono azul que le recordaba al mar tranquilo de un día caluroso.

—Soy Mitch Hamilton —dijo él, con aquella voz... una voz que podía hacer que una chica perfectamente decente pensara en cosas que no debería pensar.

Significaba que sus labios y sus manos la reclamaban, la abrazaban, poseyéndola. Significaba que aquella profunda voz le susurraría al oído palabras increíbles. Significaba que se despertaría todas las mañanas para contemplar aquel rostro.

—Mitch Hamilton —repitió él, algo perplejo.

Ella volvió a la realidad, asombrada de adónde le habían llevado sus pensamientos, aturdida por la fuerza de su atracción, atónita de no ver nada que significara algo recíproco en aquellos ojos tan oceánicos.

Fuera como fuese, Brittany no estaba dispuesta a hacer el ridículo delante de ningún hombre.

—Encantada de conocerlo —respondió, muy formalmente.

Sin embargo, a pesar de la pequeña victoria que suponía haber podido controlar su voz, no pudo apartar la mirada. No era sólo que fuera tan atractivo ni que pareciera completamente perfecto con aquel traje azul marino de raya diplomática. Supuso que estaba hecho a medida, para poder abarcar la inmensidad de aquellos hombros. Llevaba también una impecable camisa blanca, que hacía que su piel destacara aún más, una corbata oscura, anudada perfectamente. Los pantalones destacaban la longitud de sus piernas y dejaban adivinar una fuerte musculatura en los muslos.

En su totalidad, parecía un hombre de éxito. Sin embargo, a pesar de tanta sofisticación, de lo caro que era el traje que llevaba puesto, Brittany pudo adivinarlo. Había un brillo en aquellos ojos tan maravillosos que indicaba una cierta parte salvaje dentro de él. Quizá indomable...

Se preguntó cómo Abby había podido hacerle aquello. De repente, deseó tener lo que, unos minutos antes, le había parecido la peor de sus pesadillas. Alguien viejo, arrugado y feo. Un hombre al que hubiera podido enfrentarse con un brazo atado a la espalda y varios litros de pintura por encima.

Sin embargo, aquel hombre... Era más bien el tipo de hombre que se encontraba en un sueño. Guapo. Estilizado. Rezumando masculinidad y sutil sensualidad. Era la clase de hombre que le arrebatava a una mujer el aliento y la debilitaba con anhelos extraños e injuriosos.

Y Brittany tenía pintura en el pelo y manchas propias de un reptil por los brazos. Sin embargo, Abby no sabía nada de aquello. Todavía.

—¿Cómo me ha podido hacer eso? —murmuró de nuevo para sí, aunque un poco más alto que la vez anterior.

Entonces, sacudió la cabeza tristemente, esperando deshacerse de aquel embrujo y poderse convertir en ella misma. Una mujer cosmopolita, sofisticada, ingeniosa... Siempre controlando todas las situaciones.

—¿Perdón? —preguntó él. Entonces, dio un paso atrás y miró esperanzadamente el número del apartamento, como si deseara haberse equivocado de lugar.

Sin embargo, no había número. Su apartamento salía directamente de un tramo de escaleras que había en la parte trasera de las tiendas que ocupaban toda la calle.

—¿Eres Brittany? ¿Brittany Patterson?

—Desgraciadamente.

—Lo siento. ¿Quién te ha hecho qué? —añadió, mirándola con el ceño fruncido.

—Mi hermana. Tú.

—Mi padre, Jordan Hamilton, me pidió que te acompañara a la boda de tu hermana —replicó él, con gran dignidad.

En aquel momento, Brittany se dio cuenta de que él se había visto obligado a la tarea de escoltarla a la boda de Abby. Y, evidentemente, no se veía tan impresionado como ella lo estaba por él. En realidad, le faltaban los adjetivos para definirlo. Guapísimo, hermoso, deslumbrante... Además, se dio cuenta de que realmente quería

que él la llevara a la boda de su hermana y, por ello, se sentía tonta, débil y, lo que menos le gustaba, vulnerable.

—Estoy segura de que las intenciones de todo el mundo eran estupendas pero, de verdad, no necesito que nadie me acompañe. No me importa en absoluto ir yo sola.

Al ver que él entornaba los ojos, Brittany sintió un ligero escalofrío recorriéndole la espalda al darse cuenta de que la voluntad de aquel hombre era al menos tan fuerte como la de ella. Tal vez incluso más fuerte.

—Mis órdenes son llevarte a la iglesia a tiempo —dijo, subiéndose con un impecable gesto la manga para poder mirar el reloj. Un Rolex—, lo que significa que nos tenemos que marchar. Ahora.

Brittany notó en aquella voz, tan profunda, tan sensual, un implacable tono de firmeza, que, a pesar de todo, no lograba ocultar que algo salvaje bullía en su interior. Con un esfuerzo increíble, trató de recuperar la compostura. Todavía no había llegado el día en que ella permitiera que un hombre le ganara la partida y mucho menos que pensara que ella iba a plegarse a su voluntad como una niña.

—Bien, pues no nos podemos marchar ahora mismo —replicó ella, con firmeza—. No puedo. No estoy lista.

Aquellas palabras invitaron a que él la mirara. Lo hizo muy detenidamente, con una intensidad que, de repente, resultó incómoda, aunque nada en ella sugería que él iba a proferir una lista de hermosos adjetivos para definirla.

—Pues a mí me parece que estás bien —dijo él, por fin. ¿Bien?—, aunque pareces tener —añadió, extendiendo una mano y tocando—, algo en el pelo. ¿Es chicle?

Brittany se apartó rápidamente, asombrada de la ridícula sensación eléctrica que había experimentado al notar sus dedos.

—¡Es pintura! Y también la tengo en los brazos. Es increíble. No se me quita —confesó, asombrada de estar contándole todo aquello a aquel hombre tan guapo—. ¿Cómo pueden fabricar algo como eso? ¿Es que no hay leyes?

—Me temo que las leyes que se refieren a la pintura no son mi especialidad —comentó él, con cierto aire de diversión.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó ella, más para sí misma que para él.

—Espera que la iluminación sea algo tenue —sugirió, sin compasión alguna—. Pero ahora nos tenemos que marchar.

—No puedo. Tú no lo entiendes.

Realmente no comprendía lo importante de por qué aquel día, de todos los demás días, debía estar impecable, y no precisamente porque ella no estuviera guapísima para él.

—Es el día de Abby —susurró—. Y tiene que ser perfecto. Yo soy una de las damas de honor. Estaré en todas las fotografías. No puedo estropeárselas.

Tenía la extraña sensación de que acababa de revelar algo más de sí misma de lo que estaba dispuesta para que Su Altiva Belleza la rechazara, porque él la estaba

mirando con detenimiento, como si estuviera viendo algo que no había visto antes.

—Las fotografías saldrán probablemente en ese horrible periódico —dijo Brittany, rápidamente—. No puedo consentir que me vean de este modo.

—No estás tan mal —replicó él, algo impaciente—. Evidentemente, el color chicle no es el tono que mejor te sienta, pero yo no creo que se note tanto. Al menos, no tanto como el verde neón, por ejemplo.

—Por favor, deja de llamarlo chicle. Se llama «Amanecer helado» —le informó ella, muy orgullosa.

—¿Y cómo acabó el «Amanecer helado» sobre una rubia teñida?

¿Rubia teñida? Brittany no pensaba dignificar aquellas palabras respondiéndolas. Aquel hombre sabía cómo hacer enemigos.

—Estaba pintando —replicó, con un tono gélido de voz.

—Una artista —dijo él, como si aquello explicara toda clase de excentricidades—. El último espectáculo que trajo el museo era un perro. En serio. Le metían la cola en un bote de pintura y luego la meneaba delante de un lienzo.

El hombre más guapo que había visto acababa de llamarla rubia teñida y la colocaba en la misma categoría que un perro que pintaba con la cola.

Suspiró. Había estado esperando aquel día con ansia y anticipación. Era el día de la boda de su hermana, un día que confirmaba que los milagros existían incluso para la gente más corriente, un día que celebraba el amor. Además, aquel día la llenaba con la secreta esperanza de que, tal vez un día, en un futuro no muy lejano, también llegaría el día de su boda.

Sin embargo, en aquel momento se acababa de dar cuenta de que las cosas no iban a ocurrir exactamente como había pensado. Ni aquel día, ni el resto de su vida.

—¡No soy artista! —exclamó ella—. Estoy pintando las paredes. En mi tienda.

—¿De verdad? —preguntó él, incrédulo, mirando la pintura rosa que tenía en el pelo.

—Queda mucho mejor en las paredes.

—¿De verdad? —repitió él, mientras una lenta sonrisa se le iba extendiendo sobre los labios. Lenta, cálida y sensual.

¿Cómo había podido hacerle Abby aquello?

—No tiene ninguna gracia —dijo ella, desesperada.

—Claro que no —dijo él, de repente. La sonrisa desapareció rápidamente—, pero, ¿sabes lo que en realidad no sería nada divertido? Llegar tarde para la boda. Eso sí que estropearía la ocasión. Esto —añadió, señalando al pelo—, por otro lado, será fuente de gran diversión cada vez que la gente mire las fotos en los años venideros.

—Una fuente de diversión —musitó ella, tristemente—. En los años venideros...

Cuando miró el reloj, Brittany supo que Mitch tenía razón. Tenía que marcharse. Aparentemente con él.

Tras mirarlo con gran desprecio, como si él fuera el responsable de que ella tuviera pintura en la cabeza, Brittany empezó a bajar la escalera.

—¿Por qué tengo la terrible sensación de que esta va a ser la peor tarde de mi vida? —murmuró, antes de tropezarse con uno de los escalones. La mano de Mitch la salvó de una caída segura.

Al llegar al coche, ella permitió que le abriera la puerta. Era un Mercedes SL negro, un coche que Brittany, personalmente, siempre había considerado más propio de personas presumidas que deportivas. Entonces, él deslizó su asiento y arrancó el potente motor. Entonces, se puso a mirar directamente al frente sin hacer ningún intento por entablar conversación. Era simplemente un soldado cumpliendo órdenes.

—No querías hacer esto, ¿verdad?

Mitch la miró durante un momento y luego volvió a mirar al frente, sin parecer en absoluto incómodo.

—Lo hago como un favor hacia mi padre.

—Debes quererlo mucho dado que resulta evidente que preferirías estar comiendo pimientos jalapeños con salsa de chile en vez de estar aquí.

—Siento mucho respeto por mi padre —dijo él, sonriendo ligeramente—, pero es cierto que, si tuviera la opción, no me aferraría a la oportunidad de pasar una incómoda tarde con una completa desconocida.

—A mí me parece que podría haber sido mucho peor —le espetó Brittany.

—¿Sí?

—Yo podría haber sido vieja. Arrugada. Y fea.

Mitch no respondió, pero su silencio resultaba mucho más insultante que si hubiera respondido.

—Además —añadió ella—, claro que tienes opción. Ya te he dicho que puedo ir sola.

—No tenía opción. Le dije a mi padre que te llevaría. Y lo haré.

—Supongo que tienes unas trasnochadas nociones sobre el honor y la integridad —comentó Brittany, como si aquello fuera algo malo, aunque, en realidad, le parecía haber descubierto al más sorprendente de los hombres.

¿No era mala suerte que el hombre en cuestión no tuviera interés alguno en ser descubierto? O, al menos, no en una cita a ciegas, con una mujer con el pelo rosa, que vivía encima de una panadería. Brittany decidió que la vida era muy cruel.

A pesar del melodrama que se estaba imaginando en sus pensamientos, cuando llegaron, le pareció que la boda era de lo más hermosa, aunque ella llevara pintura en la cabeza, que nadie notó, y un desgano acompañado del brazo, que no pasó desapercibido a nadie. Mientras hacían sus votos, Abby y Shane parecían muy felices.

Sin embargo, el resto de la velada estuvo a la altura de sus crueles expectativas. A lo largo de la cena, Mitch Hamilton resultó ser una presencia que desafiaba todos los esfuerzos que Brittany hacía por ignorarlo. Sintió el aguijonazo de su desaprobación cuando ella trató de entretener a los invitados con los que estaban sentados a la mesa.

Era una historia realmente divertida. Trataba de ciento treinta y dos paquetes de

colorante alimentario de color rojo que habían ido a parar a la piscina de sus padres, en su casa de Highwoods, California, cuando ella sólo era una niña.

Don Perfecto ni siquiera se había reído. Había mostrado un aspecto aburrido y luego había mirado el reloj, como si estuviera contando los minutos durante los cuales tendría que seguir soportándola.

A pesar de todo, tenía un cierto atractivo físico, la misma sensación eléctrica que Brittany había sentido cuando la había tocado el cabello, que le hacía imposible fingir que aquel hombre no existía.

Cuando empezó el baile, Brittany centró toda su atención en la pareja que comenzó los compases del vals. Le parecía que no había visto nunca algo tan hermoso.

Su hermana, Abby, con la larga cola de su vestido de novia enganchada a la muñeca para que no se arrastrara por el suelo, estaba bailando su primer vals como la señora McCall. Shane, su marido, y ella, se movían por la pista de baile con la gracia de dos personas que habían nacido para estar juntas.

Había algo en el modo en que se miraban que hacía que Brit quisiera creer de nuevo en sus fantasías. En los cuentos de hadas. En los finales felices. En el amor verdadero.

Su hermana y su marido bailaban como si estuvieran a solas en la pista. La luz que brillaba en sus ojos combinaba ternura y pasión hasta tal punto que hizo que a Brittany se le hiciera un nudo en el estómago.

«Sé feliz», se ordenó, tomando otro rápido sorbo de Champán, especialmente cuando sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos y amenazaban con derramarse.

—¿Quieres otra copa de Champán? —preguntó Mitch, con voz fría, como el acero, y cierto tono de desaprobación, como si pensara que ella ya había bebido demasiado.

Entonces, fue cuando Brittany notó, con sorpresa, que tenía la copa de Champán vacía.

—¿Por qué no?

Su acompañante parecía estar dispuesto a darle algunas razones para no hacerlo. De repente, se encogió de hombros y agarró una copa de una bandeja que pasaba. Nada para él, por supuesto.

—Relájate —le dijo—. Sé feliz. Es una boda.

—Pues tú no pareces estar muy contenta —replicó Mitch, tras estudiarla durante un momento.

—Estoy muy contenta —respondió ella, rápidamente. La verdad era que se alegraba profundamente por su hermana, pero no podía evitar sentir una ligera envidia.

No era justo. A su hermana se le había dado una casa. Con un hombre dentro. Un hombre guapísimo, que se había enamorado de ella perdidamente en unas pocas

semanas.

No era justo. Sus hermanas eran las que se habían quedado atónitas por tener que casarse para poder quedarse con sus herencias. ¡Brittany había sido la realista! Los matrimonios eran para ganar seguridad, prestigio o poder. ¿Amor? Abby tenía muchísima suerte.

«Y yo solo tengo una panadería».

—¿Cómo va la panadería? —preguntó Mitch, de repente.

En aquel momento, Brittany se dio cuenta de que había hablado en voz alta y de que, tal vez, debiera beber el Champán con más calma. Tras haber adoptado aquella decisión, tomó un trago más.

—Bien —respondió, sonriendo con falsa alegría.

Él sólo había preguntado por pura cortesía. No quería saber la verdad. Que la panadería era un desastre. Que era sólo un pequeño agujero en la calle principal, con una maquinaria muy antigua, una decoración horrible y sin hombre, a menos que contara a Luigi, el que se encargaba de hacer el pan.

Sin embargo, en sus mejores momentos, se aferraba al potencial que su negocio podía suponer y se quedaba ensimismada ante las posibilidades. Una terraza frente al océano, un menú más completo, un *chef* francés, artistas famosos que lucharan por conseguir espacio en sus paredes...

—¿Estaba cerrada la semana pasada?

—Oficialmente, pasó a ser mía hace una semana y decidí cerrar unos días. Estoy volviendo a decorarla para la gran inauguración, que tendrá lugar el lunes.

En la primera ocasión que se había sentado en su panadería, con sus hermanas, frente a una de las pequeñas mesitas, le había resultado muy fácil soñar. Suelos nuevos, bonitos manteles, flores recién cortadas, pintura rosa, papel pintado... No se había dado cuenta de lo duro que resultaba convertir un sueño en una realidad tangible. Sin embargo, en unos pocos días, la parte más dura habría quedado atrás. Y el esfuerzo merecería la pena.

—Ah, la pintura —dijo él—. ¿Qué te hizo decidir ponerte a pintar? —añadió. Como el dinero parecía ser una respuesta demasiado cruda, Brittany se encogió de hombros—. No pareces ser del tipo de los manitas. Mono, brochas, aguarrás, una gorra...

Brittany nunca había querido ser una manitas. Entonces, ¿por qué la molestaba tanto que él viera que no era así? La gorra era una tortura innecesaria. Había pensado en ponérsela, pero no le gustaba el modo en que le aplastaba el pelo.

—Entonces, ¿de qué tipo te parezco yo? —preguntó, levantando la barbilla orgullosamente.

—*Del tipo de las páginas amarillas.*

¿Por qué se sentía tan molesta de que él la estuviera viendo con tanta exactitud? La verdad era que eso habría hecho si hubiera tenido el dinero para poder permitírselo. Sin embargo, cuando había llamado a varias empresas, se había quedado

atónita por lo que cobraban por pintar cuatro paredes. El presupuesto que tenía para el cambio de decoración eran cien mil dólares, el dinero que había obtenido cuando vendió su última joya, un par de hermosos pendientes de esmeraldas engarzadas en platino. Ya no tenía más joyas para vender y aquello le provocaba la mayor sensación de pánico que había sentido en toda su vida.

Si no contaba la sensación de haber dado un paso más atrás en el mundo que sentía cada vez que daba un sorbo de Champán y miraba más profundamente a los ojos de Mitch.

No se había imaginado que pintar resultara un trabajo tan duro. En realidad, siempre se había imaginado que era muy divertido. Y así había sido. Durante los quince primeros minutos.

—¿Qué te hizo elegir ese rosa color chicle? —preguntó él.

—¡Es «Amanecer helado»! —le espetó ella, aunque la horrible verdad era que ese era exactamente el aspecto que tenía el interior de su tienda, un enorme globo de chicle que parecía haber explotado por las paredes.

Entre la poca experiencia y las viejas paredes, la pintura no se había extendido muy uniformemente. En algunos lugares, donde había puesto la pintura demasiado espesa, había goterones por toda la pared. En otros, en los que había dado una segunda mano antes de que se secara la primera, la pintura tenía un aspecto rugoso y peleón.

—¿Y conseguiste poner algo de pintura en las paredes?

—De hecho, las paredes están preciosas —replicó Brittany, levantando un poco más la barbilla.

Aquello era mentira. Sin embargo, sabía que así sería cuando lograra cubrir la peor parte con papel pintado y pósters, lo que significaba que, al día siguiente, el domingo, cuando el resto del mundo estaría durmiendo o disfrutando en la playa con sus familias, ella estaría trabajando. Y era un trabajo muy duro, especialmente para una mujer que nunca había limpiado ni su propio cuarto de baño.

—Bueno —dijo él—, podemos dar las gracias de que no te hayas puesto a empapelar. Una persona sin experiencia puede hacer un verdadero desastre si se pone a hacerlo.

—¿De verdad? —preguntó ella, ahogando su pánico con otro trago de Champán.

—¿Qué te hizo querer pintar las paredes? A mí me parecía que estaban bien. Mi padre y yo vamos ahí la mayor parte de los días a tomar café.

En aquel momento, a Brittany se le ocurrió que él estaba tratando de entablar conversación, aunque probablemente sólo era un intento de evitar que se tomara el Champán tan rápidamente, a pesar de que no era asunto suyo. Sin embargo, suponía una gran mejora frente al gélido y desaprobador silencio.

—La pintura refleja un cambio en el estado de ánimo —explicó, alegremente. Su

padre y él iban allí a tomar café. ¿Por qué le importaba tanto que no lo hiciera con una de sus secretarias, o con su novia?

—Vaya, una panadería que refleja los estados de ánimo —dijo él, con la más refinada burla en el tono de voz.

—Te sorprendería lo que estoy planeando hacer con ese lugar.

La expresión de Mitch le hizo querer convencerlo y el Champán terminó de soltarle la lengua.

—De entrada, voy a cambiarle el nombre. Lo de la Panadería de Main Street, ¿a qué te suena?

—¿Qué está en Main Street? ¿Qué es una panadería?

—Dice que no hay imaginación. Que es aburrido, aburrido, aburrido, eso es lo que dice. El nuevo nombre es Delicias Celestiales. ¿No te parece que juega bien con lo del milagro, con el nombre de esta ciudad? ¿Con lo de Miracle Harbor?

—Supongo —respondió Mitch, en tono algo dudoso—, aunque no estoy seguro de que eso sea por lo que va la gente a la panadería. ¿Milagros? Yo creo que sólo quieren una barra de pan o un donuts o un café.

—Pienso introducir unos cafés especiales y algunos dulces al estilo europeo —comentó ella, ignorando su pragmatismo—. Los donuts y el café están *passé*.

—*Passé* —repitió, con una inequívoca sorna en la voz.

—Hay un lugar en Los Ángeles que se llama El Bar de Chocolate y que vende postres especiales por cinco dólares. Y, por supuesto —añadió, al ver que Mitch no parecía nada impresionado—, voy a poner mesas típicas de un café fuera, frente a la playa. Con manteles de cuadros rojos.

—Suena interesante.

—Lo que pasa es que no crees que vaya a ser capaz de sacar esto adelante —afirmó ella, dándose cuenta de repente. Entonces se sintió algo deprimida y luego furiosa consigo misma porque le importara lo que Mitch pensara.

—Yo nunca he dicho eso.

—Sé lo que estás pensando.

—Es ese caso, podrías añadir lo de leer la mente. *Madame* Brittany. ¿Lees también las manos?

—Te estás burlando de mí.

¿Qué era lo que pasaba? ¿Acaso tenía una gran señal en la cabeza que invitaba a todo el mundo a no tomarla en serio? ¿Por eso no había recibido respuesta alguna de a sus solicitudes de trabajo? Ya se lo demostraría a todos. Delicias Celestiales iba a ser un enorme éxito. Tal vez lo de la pintura no fuera como ella había planeado, pero era un contratiempo menor. El verdadero trabajo comenzaba cuando la panadería volviera a abrir el lunes.

Ya se veía, allí de pie, con un bonito vestido de Carolina Herrera que, hacía mucho tiempo, había decidido que sería perfecto para la ocasión. Se imaginaba dando la bienvenida a los nuevos clientes, contándoles las especialidades del día, yendo de

mesa en mesa de la terraza, llenando las tazas de café y anotando más y más pedidos de postres a cinco dólares.

Se imaginaba cómo la admirarían por su imaginación y su capacidad para los negocios, además de sus deliciosos detalles. Ni una sola persona sabría que estaba muerta de miedo.

—¿Tienes miedo? —le preguntó él, de repente, mirándola con una desconcertante intensidad.

—¿Miedo? —repitió ella, echándose a reír—¿Quién está jugando ahora a leer la mente? Tú no sabes nada de Brittany Patterson, ¿verdad? Y si alguien, incluido tú, cree que voy a poner mi alma y mi corazón en Delicias Celestiales para luego perderlo por un pequeño detalle como el de no estar casada, no me conocen.

Se dio cuenta de que el discurso habría sido mucho más efectivo sin el vergonzante hipo que soltó en el medio. Entonces, decidió contenerse para no revelar el resto del plan. Después de todo el trabajo que ya había invertido en el lugar, pensaba poner un anuncio en el periódico buscando un marido.

—Creo que es nuestro turno.

Su voz era tan profunda y tan sensual como llena de autoridad. Estaba de pie, extendiéndole la mano. Era una figura tan imponente... Se había aflojado la corbata. Brittany podía ver la fuerte columna de su garganta y el nacimiento del oscuro vello del pecho.

Habría sido muy agradable que le hubiera pedido bailar por otra razón que no hubiera sido el sentido del deber, pero eso no era el caso. El resto de los invitados debían unirse con los novios en la pista de baile. Brittany colocó su mano sobre la de Mitch. Otra sacudida le hizo temblar al sentir que aquella mano, firme, cálida y fuerte, se cerraba alrededor de la suya. Un momento más tarde estaban deslizándose por la pista de baile. La orquesta tocaba otro vals.

Mitch bailaba muy bien, pero nada de pegarse mucho. Un gorila de buen tamaño hubiera podido colocarse en el espacio que quedaba entre ellos. Cuando Brittany lo miró, vio un gesto remoto y nada que sugiriera que compartía los sentimientos que ella sentía de querer pegarse un poco más a él, de abrazarlo un poco más fuerte.

En un momento de arrebató decidió que debería ser un delito ser tan guapo como era él. En la ocasión más oportuna, tendría que decirle a Abby que aquella era la clase de sorpresa que no necesitaba en una vida que no siempre resultaba placentera. Sin embargo, suponía que era el tipo de acción que llevaban a cabo las hermanas y sabía que Abby había organizado aquella cita con la mejor intención. ¿Quién se habría imaginado que sería tan gruñón?

Mitch bailaba impecablemente, lo que no la sorprendió. Todo en él era impecable. Seguramente hasta planchaba la ropa interior...

De repente, sintió que tenía que mirar a cualquier otro sitio menos a él. ¿Y si la miraba a la cara y veía el caos que provocaba en sus pensamientos? ¿Y si lo veía con tanta facilidad como había visto que tenía miedo?

—Qué bien —musitó ella.

—¿Cómo dices?

—Que qué bonito. El vestido que lleva mi hermana Corrine. Además, ella me dijo que le daba suerte.

Mitch la miró como si pensara que estaba borracha, lo que no era cierto. Sólo estaba un poco contenta y sólo se comportaba de aquel modo tan alocado por él, por su presencia, por su aroma...

La atracción que sentía por él parecía ser una bestia que se tiraba continuamente contra una verja, con espuma en la boca, sin prestar atención alguna a las débiles órdenes que ella le daba para mantener el control.

En aquellos momentos, si Mitch tuviera una gota de sangre corriéndole por las venas, ya se habría dado cuenta de lo guapa que ella estaba a pesar de la pintura. Aquello le dolió más de lo que hubiera creído, por lo que quiso soltarse de él, correr a esconderse en el cuarto de baño y luego, cuando todo el mundo se hubiera marchado, salir y marcharse cojeando en la oscuridad.

«Patético», se dijo. No sería patética. Además, si saliera corriendo y se escondiera, Mitch se daría cuenta del efecto que tenía en ella. Y no pensaba consentirlo.

Sabía que tenía que hacer exactamente lo opuesto de echar a correr. Su vida dependía de ello. Su propio sentido de sí misma. Por ello, cerró la distancia que había entre ellos y se apretó al cuerpo de él. «Permanece indiferente a eso», le desafió en silencio.

Al principio, él se quedó muy quieto, pero luego le colocó la mano sobre la parte de la espalda que iba al descubierto y la apretó contra él, más fuerte aún. Su cuerpo era mucho más de lo que Brittany había esperado. Más fuerte. Sentía sus músculos contra la suavidad de su propio cuerpo.

Aquello no era lo que había esperado. Sentirse como si hubiera nacido para bailar con él, como seguramente le pasaba a Abby con Shane. No había esperado sentirse impotente en vez de poderosa.

Aturdida por las sensaciones que le recorrían el cuerpo, y por lo vulnerable y necesitada que le hacía sentirse, se comprometió más profundamente y más desesperadamente para convencerlo de que lo cierto era exactamente lo contrario.

Entonces, lo besó.

Al principio, los labios de Mitch se quedaron inmóviles, completamente quietos bajo los suyos. A cámara lenta, registró lo suaves que parecían. «Ten un poco de orgullo. Apártate», se dijo.

Sin embargo, sus labios se sublevaron e hicieron exactamente lo contrario. La bestia aulló feliz en su interior. Quería saborear a Mitch, no podía tener suficiente. Su boca besaba la de él, se deslizaba sobre ella, obligando, suplicando.

En aquel momento, sus labios respondieron y el mundo de Brittany explotó. Todo y todos se desvanecieron en la distancia. Parecían estar solos, en un mundo propio.

Aquel beso fue como un cohete al que se hubiera prendido la mecha y que se perdía en el cielo, explotando después en pequeños fragmentos de placer. Sentía cómo aquellos fragmentos flotaban a través de ella, hasta que no quedó ni una parte de su cuerpo que no hubiera despertado a la vida. Todo él parecía temblar y hervir, adquiriendo una cualidad casi iridiscente.

Mitch se apartó primero. Brittany lo miró fijamente, asombrada, atónita por la brusca transición de un mundo al otro. Los ojos azules de él eran oscuros e insondables, pero sentía un ligero temblor, un deseo desatado en el modo en que le tocaba la espalda.

Entonces, ella se echó a reír. Lo había echado todo a perder. ¿Cómo podía Mitch no saber el gran efecto que había tenido en ella después de aquel beso?

Sin embargo, Mitch no sonrió.

—¿Cuánto sabes de los regalos que mis hermanas y yo hemos recibido? —preguntó, a la ligera.

—Lo suficiente.

«Estás jugando con fuego», le advertía la mente. Sin embargo, el Champán le daba alas.

¿Por qué no él? Ella necesitaba un marido, y Mitch besaba estupendamente. Aquello podía compensar su falta de sentido del humor.

—Tal vez quieras pensar en las condiciones que se me pusieron para recibir mi regalo.

—¿Condiciones?

—Ya sabes de qué estoy hablando.

—¿De vivir en Miracle Harbor durante un año?

—No.

—Ah. De la otra condición.

Ella inclinó la cabeza ligeramente y esperó.

Entonces, Mitch sonrió, tan lenta y sensualmente que Brittany sintió que se le deshacían los huesos, y se inclinó sobre ella. Cuando habló, lo hizo tranquilamente, dejando que el aliento le acariciara la nuca.

—Ni aunque fueras la última mujer sobre la tierra.

Capítulo Dos

Durante un momento, Mitch pensó que se había excedido. Lo de «ni aunque fueras la última mujer sobre la tierra» colgó un repentino silencio entre ellos. Durante un momento, ella dejó de parecer la diosa gloriosa de luz, fuego y pasión. Toda la seguridad que emanaba pareció hacerse pedazos, como si hubiera sido una ilusión. De repente, parecía joven y vulnerable, como una niña que había recibido un cachete en la mano por tratar de agarrar un caramelo. El... ¿Caramelo?

Debió de ser un espejismo, porque aquella mirada desapareció, como si nunca hubiera existido. Entonces, le dedicó una brillante sonrisa y dijo:

—¿No es estupendo para mí tener un plan B?

—Temo preguntar.

—Voy a poner un anuncio en el periódico —respondió Brittany, apartándose el pelo de la cara y apoyándose en él.

—¿Para buscar marido? —preguntó Mitch, incrédulo. Demasiado tarde, se dio cuenta de que ella había querido escandalizarlo.

Brittany asintió alegremente.

—No creo que eso sea algo muy sensato.

No era lo que Mitch quería decir. Lo que le hubiera gustado replicarle habría sido que dejara de comportarse como una estúpida, mientras le agarraba de los hombros. Sin embargo, no quería volver a tocarla. Bajo sus dedos, la piel de Brittany había parecido seda. Tocarla le había hecho sentir un anhelo profundo y desconocido. Le había hecho sentirse débil, casi indefenso, y odiaba ese sentimiento lo suficiente como para enfrentarse a él con todo lo que tenía. Y aquello había sido antes de que ella lo besara. Por eso, le había dicho que no se casaría con ella ni aunque fuera la última mujer sobre la tierra. No quería rendirse al poder de Brittany. Sin duda, todos los hombres a los que ella había conocido habían capitulado ante sus encantos, pero él no iba a hacerlo.

En cuanto a lo de aquel anuncio, Mitch hubiera debido ocuparse de sus propios asuntos. No quería aparentar que le importaba los líos en los que se metía. Y, maldita sea, no le importaba.

¿Cómo iba a ser así? Aparte de los pocos detalles que había leído sobre ella en el expediente de su caso, no sabía nada más. La hija adoptada del señor y la señora Patterson, unos miembros de la alta sociedad de California, ya maduros. Brit Patterson, a primera vista, parecía todo lo que había indicado su expediente: una niña, mimada y egoísta que estaba empezando a saborear la vida real, a pesar de que no le gustaba.

Bueno. Era tan hermosa que Mitch se sentía como si no pudiera respirar delante de ella. Y, además, sabía besar con más efecto que un camión repleto de dinamita.

En aquel momento, sintió que alguien le tocaba en el hombro. Al volverse, vio a Farley Houser, otro abogado de su bufete, entrometiéndose. Mitch ni siquiera sabía

que aquello pasara en la vida real. Pensaba que sólo ocurría en las películas, lo que probablemente decía mucho sobre su vida social.

¿Por qué se sentía tan molesto? Debería sentirse agradecido de verse alejado de las garras de aquella mujer.

Se quedó allí de pie durante un momento, observando cómo se reía mirando el atractivo, aunque algo dañado por el sol, rostro de Farley. ¿Y si creía que las arrugas resultaban distinguidas?

¿Por qué le importaba tanto lo que pensara aquella mujer? Farley, que parecía trabajar por diversión y no porque necesitara el dinero, sería, probablemente, una pareja perfecta para ella. Conocerlo podría ahorrarle el dinero del anuncio del periódico. A Farley le encantaba casarse. Por eso ya lo había hecho tres veces.

Sin embargo, Mitch se preguntó si, sinceramente, le deseaba todo lo mejor a Brit y a Farley, ¿por qué lo molestaba que Farley la estrechara tanto entre sus brazos? ¿Por qué estuvo a punto de intervenir en el momento en que el espacio que había entre sus cuerpos desapareció?

Mitch se fue con su padre y con Angela Pondergrove a la mesa de estos. Sin embargo, si esperaba que su padre se pusiera a hablar con él de negocios y que, así, se olvidara de aquel beso tan embriagador que acababa de compartir con Brittany Patterson, estaba muy equivocado.

Jordan Hamilton estaba perdidamente enamorado de la madura Angela. Sólo le dedicó a Mitch unas pocas palabras antes de volcar de nuevo toda su atención a su acompañante. Cuando se inclinó un poco más sobre ella y la llamó «ángel», a Mitch no le quedó más remedio que desviar la vista hacia otra parte. Escuchó con alivio cómo cambiaba el ritmo de la música y la orquesta empezaba a tocar un *rock*.

Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que todos los hombres estaban mirando a Brittany. Su alivio desapareció enseguida. Aquella mujer sabía bailar. Se movía con gracia y con una dulce promesa de sensualidad. Su risa flotaba en el aire como un repiquetear de campanas. Además, Mitch tuvo que admitir con tristeza que Farley era también un excelente bailarín. Cuando la música paró, se dio cuenta de que Farley tuvo que ceder a su pareja, con todo el dolor del mundo, a Higgins, que asaba perritos calientes durante el día en un puesto callejero y que, por la noche, se parecía sorprendentemente a John Travolta.

Después de varios bailes, Mitch se dio cuenta de que Brittany no iba a volver a su mesa. Todos los hombres la rodeaban, como moscas a la miel.

¿Y qué debía hacer él? ¿Marcharse a casa? No creía que a Jordan le gustara que abandonara sus deberes como acompañante de aquella mujer. La verdad era que su padre no le pedía muchos favores, a pesar de que Mitch se lo debía todo. Tal vez podía seguir mirándola mientras bailaba, mientras el humo amenazaba con salirle por las orejas, por lo mucho que le debía al hombre que le había sacado de la calle, cuando sólo era un muchacho salvaje y airado, y le había dado un hogar, una vida y una profesión.

Por eso, siguió sentado, a pesar de que se iba poniendo cada vez de peor humor, mientras observaba la creciente actividad que se desarrollaba en torno a Brittany y que no parecía afectar en nada a la energía de la joven.

Eran las dos de la mañana cuando ella volvió a sentarse a la mesa. Angela y Jordan se habían marchado hacía mucho. El rostro de Brit relucía de alegría y seguía estando tan guapa como la primera vez que la había visto. Mejor. Estaba sonrojada. Su pecho se agitaba ligeramente bajo la fina tela del vestido. Se veía que le encantaba ser el centro de atención de todos los hombres y la mujer más hermosa del baile.

—¡Mitch, ahí estabas! —lo llamó Brittany.

Casi no había cambiado de postura en toda la velada, a excepción de que se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa por el insufrible calor que reinaba en la sala.

—Espero que no estuvieras esperándome —añadió, sin aliento—. Farley se ha ofrecido a llevarme a casa. Creo que piensa que la raya rosa que tengo en el pelo es muy mona. Me ha dicho que podría lanzar una nueva moda.

—Yo no lo creo —replicó Mitch, poniéndose de pie.

Brittany estaba algo bebida. Se le habían escapado más mechones del recogido que llevaba en la cabeza y se le rizaban salvajemente alrededor de la cara. Una gota de sudor le rodaba por la clavícula, dirigiéndose directamente al centro del escote que ocultaba sus hermosos pechos. Se forzó a apartar la mirada.

—A él probablemente tampoco se lo parece —dijo ella, enojada—, pero fue muy galante conmigo. Eso es lo que los hombres hacen cuando una mujer les resulta atractiva.

Dijo aquellas palabras como si Mitch necesitara unas cuantas clases sobre cómo tratar a una mujer, algo que él sería el primero en admitir.

—No me refería a la raya rosa del pelo —anunció él, sin levantar la voz—. No vas a marcharte a casa con él —añadió. Brittany lo miró tan atónita como se sentía Mitch por haber pronunciado aquellas palabras—. Cuando estés lista para marcharte, seré yo quien te lleve a casa.

—Pero le dije a Farley...

—Tú viniste a esta boda conmigo —le espetó—. Es mi responsabilidad llevarte sana y salva a tu casa.

—Oh. Tu responsabilidad...

—Eso es.

—No soy una niña y ya le he dicho a Farley que...

—No me importa lo que le hayas dicho.

—¿Y qué vas a hacer? No puedes obligarme a irme contigo en vez de con él.

—Claro que puedo.

Brittany entornó los ojos. A Mitch se le ocurrió que unos ojos tan hermosos como aquellos deberían ser ilegales.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —preguntó ella, desafiante—. Francamente, no me

pareces el tipo de hombre que es capaz de hacer una escena.

—Francamente, tú no sabes nada sobre mí.

—Sé que no eres el tipo de hombre que es capaz de echarse una chica al hombro y salir precipitadamente de una sala, como si fueras un Neandertal recién salido de la caverna.

—No me tientes.

—Mitch Hamilton, tengo veintisiete años y tú no vas a decirme lo que tengo que hacer.

—¿Por qué me da la sensación de que eso es algo que nunca ha conseguido nadie?

—No te equivocas —replicó Brittany, con satisfacción.

Aquello era lo que ella desconocía. Mitch trabajaba con los niños más duros de la comunidad a menudo. Tenía un modo de ser que los animaba a ver las cosas a su modo. Sin embargo, enfrentarse a un muchacho drogado que tenía una navaja en la mano no tenía nada que ver con tener que enfrentarse a ella, pero no se lo iba a dejar ver.

—Tal vez vaya siendo hora de que eso cambie —comentó él, con voz tranquila—. Tu amigo, el que quiere llevarte a casa, tiene cuarenta y siete años. Ha estado casado tres veces y farda sobre sus conquistas cuando se toma el café por la mañana.

Si Brittany se convertía en una de ellas, a Mitch le daba la terrible sensación de que él tendría que volar por encima de la mesa de café y colocar a Farley contra la pared en menos de lo que canta un gallo.

Mitch vio con cierta satisfacción que, mientras Farley se dirigía hacia ellos, los ojos de Brittany estaban fijos en los fuertes bíceps de sus brazos.

—Vino conmigo y voy a ser yo quien la lleve a casa —dijo Mitch, colocándose delante de Brittany, cuando Farley llegó a donde ellos estaban.

Esperaba que ella saltaría rápidamente ante aquella situación y protestaría, por lo que se sorprendió mucho por su manso silencio.

—¿Que vino contigo? No lo sabía —replicó Farley, sin inmutarse.

—Se le ha metido la idea en la cabeza de que me tiene que llevar a casa —protestó ella, por fin—, pero puedes llamarme, Farley.

Pronunció el nombre del otro hombre con tanto encanto como lo hubiera hecho la misma Escarlata O'Hara en el baile de Tara.

Mitch vio que Farley lo miraba a la cara y supo que había visto el lado salvaje que él se las arreglaba para mantener oculto la mayor parte del tiempo, un lado salvaje que nunca podría domarse. También supo, con una sensación de satisfacción, que no quería investigar más, y que tampoco la llamaría en un futuro cercano.

—Vayámonos —dijo Mitch, volviéndose para mirarla.

—Ja —replicó ella, levantando la barbilla.

Mientras salían al exterior, Mitch la agarró por el codo. Su piel era cálida y suave. Empezó a lamentar no haber superado su orgullo y haber bailado con ella una vez

más. Y él no era un hombre acostumbrado a lamentarse de nada.

—¿Es necesario que me hagas sentir como una prisionera?

Mitch no respondió, pero tampoco le soltó el codo. Cuando llegaron al coche, le abrió la puerta y la metió dentro. Mientras él daba la vuelta al vehículo, ella se puso a mirar por la ventanilla y estuvo así todo el tiempo.

Efectuaron el trayecto en silencio. Él salió y fue a abrirla la puerta, algo que ella le permitió, pero se negó a que Mitch volviera a tomarla del brazo. Se apartó bruscamente y se dirigió a las escaleras de su apartamento, que empezó a subir delante de él. Mitch la acompañó a la puerta, no porque quisiera, ni tuviera la esperanza, de que ella fuera a repetir el beso, sino porque el callejón que llevaba a la parte trasera no parecía un lugar muy seguro para una mujer a esas horas de la noche.

—Buenas noches, Mitch —dijo ella, fríamente, cuando llegó a lo alto de los escalones.

—Brittany —respondió él, igual de gélidamente.

Esperó a oír cómo ella echaba el cerrojo antes de marcharse. Bajó las escaleras, pensando, con alivio y pena mezclados a partes iguales. «Ya está».

Su obligación con respecto a Jordan se había visto cumplida.

—Mitch, es la hora del café.

Él miró a la puerta de su despacho. Su padre adoptivo, Jordan, estaba ahí. Sin embargo, Mitch se estaba preguntando si debía ir aquel día.

Iban juntos todas las mañanas. Lo llevaban haciendo desde que él había empezado a trabajar para el bufete seis años atrás. Desgraciadamente, solían ir a la panadería de Main Street y no había olvidado que Brittany le había dicho que la gran inauguración era precisamente aquel día.

Mitch tomó la chaqueta, que estaba sobre el respaldo de la silla, se puso de pie y se la colocó. Luego, frente al espejo que tenía en el interior de la puerta del armario, se estiró la corbata. Entonces, vio que tenía unas profundas ojeras.

—Pareces cansado, Mitch. ¿Va todo bien? —preguntó Jordan.

—Claro.

La verdad no era esa. Se sentía como si no hubiera pegado ojo desde el sábado por la noche. Turbado por el sabor de los labios de Brittany, por el fuego de sus ojos... Por su propio comportamiento.

Lo último que necesitaba era ir a su panadería y ver cómo iba cometiendo errores, contemplar cómo sus sueños chocaban contra la dura y fría realidad. Y dudaba que pudiera mantenerse al margen. Llevaba toda la mañana con la tentación de ir a verla. Éste resultaba un sentimiento muy turbador para un hombre que estaba acostumbrado a tenerlo todo bajo control.

—¿Te divertiste el sábado por la noche? —le preguntó Jordan, mientras iban bajando por la calle.

—No estuvo mal.

—Esas trillizas son todas muy hermosas, pero Brittany parece tener algo especial... —comentó el padre, tratando de encontrar las palabras.

—¿Una chispa? —sugirió Mitch, secamente.

—¡Eso es! Parece arder de vida.

—Lo que sea.

—¿Es que no te gustó? —preguntó Jordan—. A mí me parece una joven muy agradable.

—Papá, ¿no estarás tratando de emparejarme con ella, verdad?

—Claro que no —respondió él, demasiado rápidamente.

—Porque eso no es lo tuyo. Creo que la señora Pondergrove tiene una mala influencia sobre ti. Eso es el tipo de cosa que la veo a ella haciendo.

—Angela sólo quiere que la gente sea feliz.

—Y yo lo soy de este modo. Puedes decírselo cuando vuelvas a verla.

—Mitch, para ser sincero, no pareces tener demasiada vida. Solo te interesan esos muchachos del centro de acogida donde trabajas de voluntario. Un hombre necesita mucho más que eso.

—Bueno, no yo.

—Mónica te hizo un amargado —decidió Jordan. «Bueno, que lo dejen a uno en el altar suele tener esos efectos», pensó Mitch, aunque no dijo nada—. ¿Por qué no tratas de conocer a esa muchacha un poco mejor? ¿Crees que te haría algún daño?

—Estaba buscando, muy decididamente, algo muy diferente de mí.

—¿La felicidad?

—¡El matrimonio! —replicó Mitch, como si la respuesta hubiera debido resultarle evidente a su padre.

—Es una joven sola en una ciudad extraña y está acoplándose a una nueva serie de circunstancias. Necesitará un amigo.

—Bien, dile a Angela que le envíe uno.

—No me gusta que te refieras a Angela con ese tono de voz. Es una buena mujer con un corazón amable.

—Lo siento, papá.

—¡Mira eso! —exclamó Jordan, asombrado, cuando ya estaban muy cerca de la panadería—. ¡La gente está haciendo cola en la calle!

Efectivamente así era. La fila salía por la puerta y daba la vuelta por delante del escaparate con el nuevo rótulo. Delicias Celestiales.

—Me alegro de que le vaya tan bien —añadió el maduro abogado.

Sin embargo, Mitch, que no estaba bendecido por el mismo optimismo que su padre, se dio cuenta rápidamente que la fila no se movía. Algunas personas se marchaban con un gesto de enojo. Sospechaba que no era que le estuviera yendo muy bien, sino que ni siquiera podía servir a los clientes habituales.

—Vamos a otra parte —dijo Mitch.

—Entra a ver lo que está pasando —replicó Jordan—. Tal vez puedas echarle una mano.

—¿Cómo voy a poder yo ayudarla? No sé nada de panaderías.

—Ella tampoco —se limitó a responder su padre, sin prestar atención a lo que Mitch había dicho.

Al ver el firme gesto de la barbilla de su padre, Mitch respiró profundamente. Había ocasiones en las que no se discutía con Jordan Hamilton.

Tras abandonar a su padre, Mitch se dirigió al grupo de gente que había en la puerta.

—Perdón —dijo, respirando profundamente, pasando por entre la muchedumbre y sin prestar atención a las miradas airadas que le dedicaban.

Dentro de la panadería, el olor a pintura era más fuerte que el olor a pan recién hecho. Las paredes estaban peor pintadas de lo que nunca había visto. El papel pintado estaba torcido, los dibujos no concordaban y había pósters en blanco y negro de Humphrey Bogart, Marilyn Monroe y de James Dean en los sitios más insospechados. Mitch suponía que su función era cubrir los trozos de pared que estaban peor pintados. Se le ocurrió que Brittany había conseguido un ambiente propio de la Segunda Guerra Mundial, dado que todo estaba algo torcido, como si fuera por efecto de la última bomba, pero, a pesar de todo, había abierto al público. Sin embargo, dudaba que aquel hubiera sido el ambiente que ella había estado buscando.

Las pocas mesas que había estaban cubiertas de platos que no habían sido retirados. Los manteles nuevos, rosas con un borde de encaje, tenían manchas de café y migas. Las flores recién cortadas, unas margaritas, estaban ya marchitas.

Y los clientes estaban muy enojados.

Brittany estaba tras el mostrador, con un delantal blanco machado de café sobre un bonito vestido de verano, más propio de un encuentro de sociedad. Tenía el pelo recogido en una coleta, que se le había ido soltando, y el maquillaje se le había corrido. El gesto decidido de su rostro le estaba fallando.

—¿Cómo se te han acabado los donuts? —le espetaba un hombre, furioso con ella—. Me he tomado un donut aquí durante los últimos quince años.

Mitch miró al mostrador. Sobre la estantería que, habitualmente, estaba repleta de toda clase de donuts, había unos bollos muy delicados y varias enormes tartas. No les faltaba ni una sola porción. Letreros escritos a mano, una horrible imitación de la caligrafía escolar, anunciaban que eran de moka y de caramelo.

—Estamos tratando de hacer otra cosa que no sean donuts —replicó ella, con decidido coraje—. ¿No le gustaría probar un poco de nuestra tarta de moka?

—No —le espetó el hombre—. No me gustaría. Solo ponme un café.

—¿Un *cappuccino* con crema irlandesa o uno con vainilla francesa?

«Márchate», se ordenó Mitch. Ya había visto suficiente y no había nada más que pudiera hacer, aunque estaba seguro de que su padre no lo consideraría de la misma

manera. Maldita sea, desde el principio su padre le había obligado a ser mejor persona de lo que Mitch creía ser.

—Sólo quiero una taza de café normal y corriente, del mismo tipo que lo he tomado aquí cada mañana, durante quince años. ¿Es eso mucho pedir? —preguntó el cliente, furioso.

Mitch cometió el error de volverse a mirarla. Tenía el rostro tan pálido. La sonrisa acabó por helársele en los labios y no le quedó ninguna duda de que el labio inferior le estaba temblando. Y seguía teniendo la pintura en el pelo.

Con un suspiro, se abrió camino a través de la multitud hasta llegar al mostrador. Durante un momento, le pareció ver alivio en los ojos de Brittany. Entonces, ella se irguió en toda su estatura y le dijo:

—Lo siento, señor, tendrá que esperar su turno, como todos los demás.

Mitch se inclinó hacia ella.

—Corta una de esas cosas de chocolate en porciones y ponías en un plato. Ni se te ocurra discutir conmigo —añadió, en voz muy baja.

Brittany abrió la boca, evidentemente pensado en replicar, pero, al mirar de nuevo al hombre que seguía furioso por lo del café, decidió que era mejor darse la vuelta y sacar el pastel más grande que tenía en el aparador. Manejando el cuchillo con más fuerza de lo que era necesario, lo cortó en trozos, para luego entregar uno a Mitch.

—Pastel de moka. ¿Eso es todo, señor?

Él tomó el plato, sacudió la cabeza al ver la expresión de corderillo que ella tenía, y sonrió a la dama que estaba la siguiente, la cajera del banco, que no dejaba de mirar el reloj con expresión furiosa.

—¿Le gustaría probar un poco? —dijo él—. Es pastel de moka. No deje que la engañen. Parece un simple pastel, pero no lo es. Es una de las especialidades de la casa. ¿Y usted, señor Smith? ¿Cómo le va el negocio hoy en la ferretería?

Fue dirigiéndose hacia la puerta, charlando con amigos, vecinos y socios de negocios. Como estaban comiendo, se pusieron un poco más contentos, especialmente porque era gratis.

Con el rabillo del ojo, vio que su padre entraba también y se ponía a limpiar las mesas. Aquello era muy propio de él. Era uno de los hombres más respetados y prósperos de la ciudad, y, sin embargo, no había perdido su humildad. Por eso, Jordan Hamilton eran simplemente el héroe de Mitch. Habría ido a los confines de la tierra, si su padre se lo hubiera pedido.

—Mitch, ve detrás del mostrador y échale una mano durante unos minutos.

¿Por qué aquella petición le parecía más importante que ir a los confines de la tierra? Le hubiera gustado señalar que aquello solo sería una solución temporal a un problema permanente. No podía ir a ayudarla todos los días. A pesar de todo, le dio el plato con el pastel a uno de los clientes y le dijo:

—Tome un trozo y vaya pasándolo.

Rápidamente, se metió debajo del mostrador, se quitó la chaqueta y se remangó.

En vez de mirarlo agradecida, ella lo hizo con desprecio, algo a lo que él no prestó ninguna atención. De soslayo, miró un poco mejor el vestido que ella llevaba puesto, oculto por el delantal. Si no se equivocaba, el escote que le empezaba en el cuello le bajaba casi hasta el ombligo. De repente, se alegró de que tuviera el delantal encima. El vestido sería perfecto para una fiesta en un yate con Brad Pitt, pero no resultaba muy apropiado para trabajar en el mostrador de una panadería.

Al mirarle los pies, vio que llevaba unos zapatos de tacón de aguja, con finas tiras que se los sujetaban alrededor de los tobillos. Se veía que ya estaba pasando el peso del cuerpo de un pie a otro, con evidente incomodidad.

—Puedo soportarlo —siseó ella, al darse cuenta de lo que él estaba mirando. Entonces, plantó los dos pies con firmeza en el suelo. Ni siquiera parpadeó.

—¿Quién es el siguiente? —preguntó él.

Mitch atendió a todo el mundo, aceptando las bromas de las personas que conocía, las quejas de los demás, tratando de contentar a todos. Sirvió café y prometió a todo el mundo donuts para el día siguiente y regaló más trozos de pastel a los que estaban muy enfadados. Poco a poco, el gentío fue desapareciendo.

—¡Señor Hamilton! ¡No haga eso! —exclamó Brittany, saliendo por debajo del mostrador y quitándole una bandeja repleta de platos sucios de las manos—. ¡Me está avergonzando!

—¿Avergonzándote? Pero si a mi edad es un privilegio jugar a caballero de una dama en apuros.

Mitch contempló la caballerosidad de su padre con un cierto sentimiento que podría ser de envidia. En aquel momento, Brittany entró al otro lado del mostrador cargada con la bandeja de platos.

—Tú no has heredado nada del encanto de tu padre, ¿verdad? —susurró.

—Soy adoptado —replicó Mitch, tomándole la bandeja de las manos.

Vio un momento de duda, como si ella quisiera aferrarse a aquel punto en común como si fuera una balsa. Sin embargo, el momento pareció pasar rápidamente.

—Eso lo explicaría.

Allí detrás. Mitch llevó la bandeja adonde ella le había indicado. A través de las puertas giratorias, pasó a la cocina y la colocó sobre el único lugar limpio que había en el mostrador. Los fregaderos estaban repletos. Entonces, ella se acercó a él.

No sabía por qué, pero Brittany olía a dulce. Un olor a limón que le recordaba a la primavera y a los rayos del sol. Al ver la cara que ponía frente a la pila de platos, le pareció entender que se le acababa de caer el alma a los pies.

—Gracias, Mitch. No es que no aprecie la ayuda, pero de verdad creo que me podía haber arreglado yo sola. Después de todo, es mi primer día —añadió, apoyándose con una mano sobre la pared y levantando un pie. Entonces, se quitó la altísima sandalia y se dio un masaje—. Abby se ofreció para venir a ayudarme, pero no tuve corazón de pedirle a mi hermana que se pasara la luna de miel así.

Mitch se dio cuenta de que la expresión de su rostro cambiaba cada vez que

hablaba de sus hermanas. Era como si la fiera luz que ardía en ella se suavizara. Se arrepintió de haberse dado cuenta de aquello.

—¿Y tu otra hermana?

—Tuvo que regresar a Minnesota enseguida. Va a tardar unas semanas en poder mudarse aquí —respondió ella, mirándolo con cierta cautela, como si se hubiera dado cuenta de que Mitch había logrado ver algún sentimiento en ella. Entonces, volvió a esbozar su hermosa sonrisa—. ¿Crees que querrías casarte con ella?

—No soy de los que se casan.

¿Le había parecido notar cierto alivio al ver que rechazaba a su hermana lo mismo que la había rechazado a ella? No sabía, pero lo cierto era que, por accidente o por designio, había girado la cara y, de repente, los dedos de los pies habían requerido toda su atención.

—No me parece que esos zapatos sean los más adecuados para esta clase de trabajo —añadió—. Creo que deberías ponerte de esos que llevan las enfermeras. De suela plana. Ortopédicos.

—Zapatos ortopédicos de suela plana —repitió ella. Entonces, suspiró—. Probablemente irían a la perfección con mi pelo rosa. Por no mencionar este delantal. Es asqueroso.

—Esto no es un desfile de modelos, Brittany.

—Oh, como si no me hubiera dado cuenta de eso en los primeros diez minutos después de que abriera. De acuerdo. Estoy bien —insistió, mientras le abría la puerta para que saliera—. Tómame un trozo de pastel. Corre a cuenta de la casa. Adiós.

Mitch se puso su chaqueta mientras ella volvía a desaparecer por la puerta. Casi había llegado al mostrador cuando lo oyó.

Ahogado. Suave. Como un hipo.

«Márchate», se dijo. Sin embargo, se inclinó un poco más contra la puerta y aguzó más el oído. Maldita sea... No había duda alguna. Estaba llorando.

—Papá, ve tu primero. Yo te alcanzaré enseguida.

Le pareció que su padre parecía encantado con aquello. Volvió a entrar en la cocina y vio que Brittany estaba sentada sobre un taburete muy bajo, descalza, con la cabeza escondida entre las manos y los hombros muy temblorosos. Mientras la observaba, ella tomó una esquina del delantal y se secó los ojos.

—Eh —dijo Mitch, suavemente—. Todo va a salir bien, de verdad —añadió, con tanta convicción como pudo, aunque no estaba seguro de que aquello fuera cierto.

Aparentemente aquel comentario no resultó tan caballeroso como él había esperado. Brittany se levantó como una furia, se secó los ojos con la mano y lo miró con orgulloso desdén.

—¡Cómo te atreves a espiarme!

—No estaba espiando. Te oí...

—¡No necesito tu ayuda! Puedo hacerlo yo sola.

—Sí, ya lo vi —replicó Mitch. Un hombre verdaderamente caballeroso habría

dicho otra cosa.

—Me pillaste en un mal momento.

—Sí, claro —comentó él, dejando que el muchacho de la calle que llevaba dentro hablara por él.

—No estaba tan mal como parecía.

—Entonces, me alegro, porque tenía un aspecto verdaderamente malo —suspiró, dejando que su educación y refinamiento volvieran a tomar las riendas—. ¿Has considerado en contratar a alguien? Sólo para la hora punta. Conozco a algunos chicos que podrían...

—¿Es que no lo comprendes? —le espetó ella, a pesar de que el labio inferior le había empezado de nuevo a temblar, haciéndole desear cubrirle la boca con la suya—. No quiero que me ayudes. No lo aceptaría aunque... ¡aunque fueras el último hombre sobre la tierra!

Mitch se dio cuenta de que no se merecía menos. Lo que no entendía era por qué, cuando debería haberle sonado como una reprimenda, le había parecido que ella le disparaba una flecha... que le había dado en un brazo, afortunadamente muy lejos del corazón.

—De acuerdo —replicó Mitch, dándose la vuelta—. Arréglatelas tú sola. No me importa.

—Estupendo. Te invitaré a la ceremonia de entrega de premios cuando Delicias Celestiales reciba el premio al negocio del año.

—Mandaré mi esmoquin a la tintorería para estar preparado —le espetó, antes de marcharse.

Entonces, mientras se marchaba a su despacho, se preguntó si alguien se le habría metido bajo la piel lo mismo que ella. Se dio cuenta de que nadie lo había hecho. Nunca. No sabía lo que significaba, pero estaba seguro de que no era nada bueno.

Capítulo Tres

El teléfono empezó a sonar. Brittany abrió un ojo y contempló el aparato y luego se miró los pies, que estaba remojando en un barreño de agua caliente. Responder el teléfono significaba o secarse los pies o llenar todo el suelo de agua hasta llegar al teléfono. Agua que ella misma tendría que limpiar.

Se había pasado años enteros salpicando agua por donde quería, después de una ducha o de un baño, y nunca se había parado a pensar en quién lo limpiaba.

El teléfono volvió a sonar. Brittany decidió no prestarle atención. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y gruñó. Eran la siete de la tarde y ya tenía puesto el pijama.

Lo extraño era que pensar en quien le había recogido todo no le hacía añorar su antigua vida. Solo le hacía sentirse ligeramente culpable. La pobre Anya, siempre recogió todo y sin dejar de sonreír.

No era que hubiera sido poco amable con los empleados de la casa de sus padres. Eso no era todo. Era que nunca les había tratado como personas merecedoras de su aprecio y respeto. Les había tratado más bien como muebles. Brittany llevaba en el mundo real cinco días y era la gente la que la trataba a ella como si fuera un mueble. Era ella la que estaba allí para servirlos.

«He dicho donuts de chocolate».

«¿Cómo que hoy no tienes pan integral? ¡Pero si siempre tienes integral!»

«Llevo esperando siete minutos a que me atiendas».

«Te he dado un billete de diez, no de cinco».

«No pienso llevarme este pastel de cumpleaños. ¡Has puesto Tonya con j!»

Ni siquiera la ropa de *sport* y los brillantes colores de Angela Missoni y Ralph Lauren, prendas que resultaban perfectas para trabajar, podían levantarle el ánimo. Había tenido que dejar sus preciosos zapatos y ceder ante la comodidad de los zapatos ortopédicos. Los pies todavía le dolían, pero no tanto.

Sus amigos de California se partirían de la risa si la vieran con esos zapatos o allí, en pijama, en un minúsculo apartamento, con los pies metidos en agua caliente a las siete de la tarde.

California... A esas alturas de abril, allí ya hacía más calor. No mucho tiempo atrás habría estado yendo a comprarse unos biquinis.

¿Y sus amigos? Las llamadas se habían ido acabando al mismo tiempo que el dinero. Se dijo que no le importaba. Que en realidad nunca la habían conocido en realidad, al menos a la verdadera Brittany. Sólo habían conocido a la chica que se divertía en las fiestas, que iba a la última moda y conducía los mejores coches.

Francoamente, hasta Brittany se sorprendía de ver lo poco que esas cosas tenían que ver con ella, aunque le hubiera encantado recuperarlas. Las consideraba una red de seguridad que le habían arrebatado.

¿Podría volver a conseguirlas? Si ganaba un millón de dólares, ¿volvería a ser la

chica que había sido seis meses atrás? No le gustaba tener pensamientos tan complicados, pero, en cierto modo, sabía que aquel autoanálisis tenía mucho que ver con él.

El teléfono volvió a sonar. Entonces, suspiró y se secó una lágrima de la mejilla. ¿Qué le pasaba a aquella estúpida ciudad que le hacía llorar todo el tiempo? La verdad era que estaba agotada y que tenía miedo.

Aquél era su primer trabajo y lo odiaba. Había pensado que sería fácil y divertido dirigir un negocio, pero no había nada más alejado de la verdad. La parte más divertida de su día era girar el cartel de la puerta de abierto a cerrado.

La brutal verdad era que estaba fracasando. Miserablemente. Ni siquiera sabía vender pan. No era lo suficientemente rápida ni tan dinámica ni moderna como había planeado. Al final del día, con el alma y los pies doloridos, sus maravillosas ropas manchadas de sudor, de harina y de café, ya no podía sino bufar a los clientes.

Las tartas eran un fracaso y Luigi, el panadero, no dejaba de gruñir por tantas especialidades de bollería. También le molestaba que Brittany se hubiera gastado el dinero en pintar y en manteles nuevos cuando él le había dicho que la tubería de agua que había en el techo le goteaba en la cabeza en momentos inesperados, algo que ella todavía no había conseguido ver.

A pesar de su desagradable personalidad, era una suerte que Luigi hiciera el mejor pan, los mejores bollos y los mejores dulces que había probado nunca. La gente iba a la panadería y soportaba estoicamente la ineptitud de Brittany sólo para conseguir sus productos.

Tal vez no fueran a tolerarla mucho más tiempo. Tenía que haber un modo de salir de aquel jaleo. Se quedaba despierta por las noches, pensando en las diferentes posibilidades. Como tenía varias en mente, las estuvo pensando una y otra vez hasta que consiguió el valor suficiente para llamar a Mitch. Su secretaria le dijo que él la llamaría, probablemente al día siguiente dado que, cuando Brittany llamó al despacho, eran más de las cinco.

Entonces, oyó su propia voz en el contestador telefónico, alegre y animada, sonando como la persona que solía ser.

—Hola. Sí, ya has contactado conmigo y sabes todo el rollo. Te llamaré.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida como para poner un anuncio en el periódico? «Se busca marido». Todos los tipos raros que había en un radio de dos mil kilómetros la estaban llamando. ¿Por qué no se le había ocurrido utilizar un apartado de correos? Probablemente, iba a tener que cambiar de número de teléfono. Ya había tenido que descolgarlo por la noche para poder dormir.

Tenía que afrontarlo. Las razones por las que había puesto el anuncio no tenían mucho que ver con el tiempo que había invertido en pintar. Algunas razones habían sido por él. Para negar los sentimientos que él despertaba en ella. Para rechazarlos. Para recuperar su poder. Para decir que los sentimientos son sentimientos, pero que el matrimonio es negocio.

Pensó en que él veía el anuncio, en la desaprobación que se le dibujaría en el rostro. Seguro que se había dado cuenta de que era ella.

—Hola, Brit, soy Abby. Sé que ya te he pedido todos los favores posibles pero, ¿me podrías hacer uno muy chiquitín? ¿Puedes ayudarme con las pruebas del vestido que estoy haciendo para la señora Pondergrove? El domingo por la mañana me vendrá bien. A las once. Llámame.

Brittany suspiró. Ojalá Corrine estuviera allí para compartir aquellos deberes fraternales. Además, ¿por qué no se podía probar la señora Pondergrove su propio vestido? Entonces, vagamente, recordó que la anciana había encargado el vestido para otra persona.

En realidad, lo último que Brittany quería hacer era probarse vestidos. Había ayudado a su hermana con las pruebas del vestido de su boda. Era un vestido muy hermoso, pero que le había parecido completamente ajeno para ella.

Aquello era probablemente una premonición. No había boda alguna en su futuro. Lo que significaba que no habría panadería. Ni trabajo. Eso sí que le entristecía. No sabía lo que haría con su vida si la panadería desaparecía.

—Ya pensaré en algo —musitó, frunciendo el ceño mientras se inspeccionaba la uña que se había roto con la máquina de cortar el pan. Sus manos ya ni siquiera parecían manos. Se había tenido que cortar mucho las uñas.

El teléfono volvió a sonar.

—Cállate —suplicó ella. Después de unas cuantas llamadas, saltó el contestador.

—Eh, chata, si estás buscando a un tipo al que unirte, yo soy tu vaquero. Te he dejado seis mensajes y todavía no me has respondido. Me estoy poniendo impaciente de echarte el lazo, mi pequeña yegua. Me apuesto algo a que estás seleccionando las llamadas, así que, cielo, voy a colgar y volveré a llamar ahora mismo.

—La muerte suena mejor que eso —susurró Brit, mirando al techo. Lo único que quería era un marido, alto, moreno, guapo...

El teléfono volvió a sonar. Sacó los pies del agua, que ya estaba completamente fría, y se digirió hacia el teléfono, sin importarle los charcos que iba dejando en el suelo.

—Yo no soy tu pequeña yegua —espetó ella, tras descolgar el auricular—. Si vuelves a llamar, la única cuerda que vas a sentir es la que te voy a poner alrededor del cuello.

Silencio. De repente, Brittany supo exactamente quién era y no se trataba de ningún vaquero tratando de echarle el lazo a una yegua. Era Mitch Hamilton, quien, por alguna misteriosa habilidad, era el primero siempre que su mente se ponía a pensar en maridos.

—¿Brittany?

—Mitch...

—Llamo para devolverte tu llamada.

—Gracias por hacerlo fuera de tu horario de trabajo.

Le había dicho que sería el último hombre sobre la tierra al que pediría ayuda, pero, en realidad, no le quedaba más remedio. Tenía que haber un agujero legal por el que pudiera deshacerse de aquel trato sin perder la panadería. Necesitaba saber si seguiría cumpliendo el trato para conservarla si se la alquilaba a Luigi.

—¿Qué es lo que está pasando? ¿Es que estás recibiendo llamadas que no deseas recibir?

—Podríamos decir eso.

—¿Llamadas obscenas?

—Más bien llamadas molestas.

—Llama a la policía —le ordenó con voz firme. Aquel hombre era el ser más mandón y controlador que había conocido. Sin embargo, le resultaba imposible resistirse a aquella voz tan sensual. Además, necesitaba un favor.

—En realidad, yo misma he provocado las llamadas.

—¿Cómo?

—Bueno... Puse un anuncio en el periódico.

—¿Qué clase de anuncio? ¿Para la panadería?

—No exactamente.

—A los abogados nos gusta saberlo todo exactamente.

—¿Exactamente? —preguntó ella. Como respuesta, él le dedicó una maldición—. ¡Vaya! No creía que conocieras esas palabras.

—Ya te dije que tenía un oscuro pasado. Pusiste el anuncio en el periódico buscando un marido, ¿verdad?

—Bueno...

—Es una pregunta en la que solo tienes que responder sí o no.

—Ser testigo en un caso en el que tú trabajes debe de ser una experiencia particularmente agradable, ¿verdad?

—Responde a la maldita pregunta. ¿Pusiste un anuncio en el periódico diciendo que estabas buscando marido?

—Sí. Así fue —admitió ella, sin ningún remordimiento.

—¿Y pusiste tu número de teléfono?

—Es todo culpa tuya, Mitch —bromeó ella, con voz tranquila y ligera—. Me rechazaste. Tú y yo podríamos ser ya el señor y la señora Hamilton.

—¿Contestas alguna vez una pregunta directamente? Serías mi peor pesadilla en un estrado.

—¿De verdad? —preguntó ella, encantada.

—Es decir, pusiste tu número de teléfono en el anuncio. ¿Tienes algo en contra de los apartados de correos?

—Por favor, no digas lo estúpida que fui. Créeme, ya lo sé.

Mitch suspiró. En aquel momento, ella se lo pudo imaginar, moviendo los hombros para tratar de sacudirse la impaciencia que lo dominaba en aquellos momentos. Brittany se preguntó lo que llevaría puesto. Al mirar el reloj, se dio cuenta

de que acabaría de llegar de su despacho, probablemente. ¿Llevaría puestos unos vaqueros y una camiseta? Tal vez estaba vestido solo con ropa interior.

—¿Has cancelado al menos ese anuncio? —preguntó. Al ver que no contestaba, volvió a maldecir.

—Claro que he cancelado el anuncio —respondió ella, entre risas—. Hasta que piense en las palabras que voy a utilizar y consiga un apartado de correos.

—Estás decidida a seguir con esto, ¿verdad?

—Claro. Necesito un marido. Y me vale cualquiera —mintió ella.

—Si acabo casándome contigo para salvarte de ti misma, voy a ser muy infeliz por ello.

—¿Has llamado por alguna razón en particular? —le espetó Brit, muy molesta por aquellas palabras.

—¡Pero si te estoy devolviendo tu llamada!

—Ah, sí. Necesito reunirme contigo. Es urgente.

—¿Se trata de consejo legal?

—Podríamos decir que sí.

—De nuevo la respuesta correcta. Espera un momento. Consultaré con mi agenda. Sí, te puedo hacer un hueco mañana por la mañana a las once.

—No puedo marcharme de la panadería. Odio pedirte tiempo durante el fin de semana, pero no tardaría mucho y...

—¿El domingo a las once y media?

—Perfecto. Voy a estar en casa de mi hermana. ¿Podrías reunirte allí conmigo? —preguntó. Rápidamente, le dio la dirección.

Mitch no dijo ni una sola palabra sobre lo de dedicarle tiempo durante el fin de semana, o por llamarla desde su casa. Ni sobre lo que cobraba, algo que Brittany tenía miedo de preguntar. Los ingresos de la panadería habían bajado desde que ella se había hecho cargo. Aquella semana, iba a poder pagar a Luigi y comprar unas pocas latas de atún. Al menos, tenía todo el pan que podía comer.

—Hasta el domingo —dijo Mitch, en un tono muy cortante.

Brittany suspiró y descolgó el teléfono. Entonces, volvió a sentarse y metió los pies en el agua.

Mitch colgó y miró el teléfono durante un momento. Luego, miró al reloj. Eran casi las ocho. Demasiado tarde para estar en su despacho. ¿Qué periódico tendría ese anuncio antes de que ella lo cancelara?

Fue a la puerta y se sobresaltó. Su secretaria, una enorme mujer que llevaba suéteres hasta en el verano y tenía el rostro más amable que había visto en nadie, todavía seguía allí.

—Váyase a casa con sus hijos —comentó, sintiéndose culpable.

—Oh, mis hijos están ahora en su clase de golf y Henry está fuera de la ciudad. No tengo nada mejor que hacer. ¿Necesitaba algo?

—Copias de los periódicos de la semana pasada.

—¿Del *Miracle Harbor Beacon*? —preguntó la mujer. Él asintió. La secretaria se echó a reír—. Pero si nunca lee ese periódico. ¡Si lo más interesante que tiene son los resultados del campeonato de bridge!

—¿Y qué? Tal vez quiera saber quién ganó.

—Sally y Hiram Wilson. En realidad, creo que puede haber algún ejemplar en la sala del café.

—Gracias, Millie.

Mitch bajó a la sala del café y vio que todos los empleados del bufete estaban haciendo una porra. Había un papel dividido en cuadrados, que contenían las fechas de parto de una de las secretarias, que estaba a punto de dar a luz. Como siempre, Farley había comprado casi todas las posibilidades. A Mitch, ni siquiera le habían invitado a participar. Tal vez Brittany Patterson lo consideraba rígido y distante porque eso era precisamente lo que era.

Encontró un montón de periódicos y, rápidamente, encontró la sección de anuncios personales. Dios santo. Lo había hecho.

Se busca marido.

Siguió leyendo.

Debe de estar bien establecido económicamente. El sentido del humor es esencial. De entre treinta y cincuenta y cinco años...

¿Cincuenta y cinco años? ¿En qué diablos estaba pensando? ¿Que un hombre tan maduro podía hacerla feliz? Un hombre maduro se agotaría con tanta energía en treinta segundos. Con la excepción de Farley Houser, por supuesto.

... que le guste viajar, el teatro, las cenas a la luz de las velas, los baños de burbujas para dos...

¡Aquello explicaba que la estuvieran llamando tantos tipos raros! ¡Baños de burbujas para dos!

... y no debe de tener miedo a ninguna clase de insectos, en especial a las arañas.

Mitch no se quería reír. Había sido una tontería que colocara un anuncio como aquel en un periódico, pero... No pudo evitarlo. Las carcajadas empezaron a salir, una, luego otra...

Entonces, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se había reído de aquella manera. ¿Qué era lo que había en su vida para que pudiera reírse?

Volvió a leer la parte de las arañas y se rio un poco más. El anuncio concluía:

P.D. Se tendrá en cuenta el buen aspecto físico, aunque no es esencial.

Aquello también lo hizo reír. En aquel momento, su secretaria asomó la cabeza por la sala de café y lo miró perpleja.

—Tal vez debería contratar una suscripción —dijo él, cerrando el periódico antes de que la mujer lo pudiera ver.

—Bueno, yo ya me marcho —respondió la secretaria, sonriendo—. Y, señor Hamilton...

—¿Sí?

—Resulta muy agradable verlo reír.

Durante un momento, Mitch se estuvo preguntando por aquellas palabras. ¿Tendría Brittany razón? ¿Era demasiado serio? En realidad, creía que había nacido así.

Sus más tempranos recuerdos eran sobre intentar mantener las cosas unidas. Un niño pequeño tratando de cuidar a sus hermanos, luchando por el peso que suponía su hermana, que sólo era un bebé. Tratando de mantenerlos a salvo y limpios, de tener comida en la casa. De repente, recordó que robó pan de una tienda. Sólo el tiempo le daba la perspectiva necesaria para darse cuenta de que el dueño probablemente le había dejado llevárselo.

Toda su infancia se la había pasado tratando de que su madre se mantuviera sobria. Si él hubiera sido mejor, tal vez ella no habría bebido tanto.

Respiró profundamente. Un hombre podía pensar que las cosas quedaban atrás, pero no era así. Se convertían en parte de uno mismo. Los clips que tan obsesivamente mantenía en una ordenada línea encima de su escritorio no eran más que un fiel reflejo de su aversión al caos que había vivido en su infancia y a su profunda creencia de que, si era lo suficientemente perfecto, podría arreglar el mundo entero.

Los días de su infancia habían dejado señales en él que Jordan no había podido reparar. Le gustaba mantener el control. No se relajaba fácilmente ni sabía mucho sobre cómo divertirse.

Aquella introspección lo asombró. De algún modo, sabía que todo aquello se debía a ella. Brittany había puesto su mundo interior patas arriba.

Tal vez no era demasiado tarde para aprender un modo de vida diferente. Y sabía perfectamente quién podía enseñarle a divertirse. «Baños de burbujas para dos». Ni siquiera se había dado un baño de burbujas para uno.

También sabía que no le iba a resultar posible quedarse satisfecho sólo con eso.

—¡Ay! ¡Abby!

—Lo siento, Brit. ¿Es que no puedes quedarte quieta?

—No es una de mis especialidades. Este vestido es muy diferente del tuyo, ¿verdad?

Shane había llevado a Belle, que quería tocar la tela, a la cocina. Brit escuchaba las risas de la niña. Aquella casa parecía llena de amor y felicidad.

—Tan diferente como el día de la noche —respondió Abby—. ¿Sabes una cosa? La señora Pondergrove no quiere decirme para quién es —añadió, mientras Brittany no podía evitar una extraña sensación de nervios—. Le está haciendo este vestido a otra persona, para reemplazar el que me dio a mí. Dice que es para alguien con la que tiene una gran deuda.

—¡Qué raro! —exclamó Brittany, algo ausente. Muy pronto, volvería a ponerse la

ropa con la que había ido a la casa de su hermana, unos pantalones rasgados y una blusa amarilla. El conjunto era un encanto y mostraba el suficiente ombligo y pierna como para trastornar ligeramente a Mitch, tanto que tal vez él no oyera la desesperación que sentía cuando le contara que se había aburrido de la panadería.

—Voy a darle a la señora Pondergrove este vestido completamente gratis, —decidió Abby.

—¿Gratis? —exclamó Brit, que llevaba comiendo atún toda la semana y a la que parecía una barbaridad que su hermana regalara así sus servicios—. ¡No lo hagas!

—Tengo que hacerlo. Tengo esta voz en mi interior que me dice lo que tengo que hacer.

—¿Cómo es que yo no la tengo?

Abby se echó a reír.

—Claro que tienes una vocecita que te dice lo que hacer. Todo el mundo la tiene. Se llama intuición. Espíritu. Como quieras llamarla, la tienes. Lo que ocurre es que no la escuchas.

—Bueno, debería haberme dicho que no pusiera ese anuncio en el periódico. Esos tipos por fin han dejado de llamar. Mira, ¿puedes darte prisa? Le dije a Mitch que me reuniría aquí con él...

—¿Mitch?

—Olvida lo que estás pensando. No le intereso. Le di la primera oportunidad y él me dio mis primeras calabazas.

—Bueno, si no le interesas, ¿por qué va a venir a verte aquí?

—Oh... Necesito consejo legal sobre algo, y ya sabes el poco tiempo que tienes cuando trabajas en tu propio negocio. Es muy difícil —mintió, si querer contarle la verdad.

—¿Va todo bien con la panadería? Parecía que había mucha gente cuando entré la semana pasada.

—Va fabulosamente —respondió Brittany, en vez de decir que era un caos lo que era en realidad.

—Puedo ir a ayudarte, ya lo sabes —se ofreció Abby, algo preocupada.

—Ya te he dicho que me va estupendamente —insistió Brittany, recordando que su hermana tenía una hija, un negocio de costura y un marido al que atender.

—Mitch es muy amable al acceder a verte durante el fin de semana.

—Te apuesto algo a que es adicto al trabajo.

—Yo me apuesto algo a que quiere verte. Vi cómo te besaba el día de la boda.

—Oh. Eso. Demasiado Champán.

—Bueno, ya he terminado. ¿Quieres mirarte antes de quitarte el vestido?

Brittany se dio la vuelta y se miró en el espejo de su hermana. El aliento se le quedó en el pecho. El corazón empezó a latirle rápidamente, tanto que casi podía oírlo en sus oídos.

El vestido era precioso, como sacado de un sueño. O de un cuento de hadas. Tenía

un corpiño que se le ajustaba al cuerpo y que iba prendido de un par de finísimos tirantes. El raso se le ceñía a las esbeltas caderas y luego salía con vuelo a la altura de la rodilla. La tela tenía un delicado diseño de rosas doradas.

—Voy a poner unas rosas en el corpiño —dijo Abby—, y voy a hacerle un echarpe a juego. ¡Dios mío, Brittany! Parece que ese vestido estuviera hecho para ti.

—No se parece a ningún otro vestido de novia que yo haya visto antes —tartamudeó Brittany.

El vestido, a pesar del casto color blanco, no tenía nada de recatado. Resaltaba las curvas del cuerpo de Brittany y le hacía tener los pensamientos más extraños. No sobre casarse por necesidad, ni por ganancias personales, sino por casarse por amor.

Tener una aventura, una maravillosa experiencia en las regiones del corazón, vivir para el sonido de la voz de otra persona, para la mirada de sus ojos, para las caricias de sus manos...

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. En lo que ella estaba pensando era en una boda real, no en una por conveniencia.

Un vestido como aquel evocaba el sueño de que un hombre te mirara de una cierta manera. Que un hombre quisiera pasar todos los días de su vida con una mujer, amándola para siempre...

Una lágrima se le deslizó por la mejilla y le llegó hasta la comisura de la boca. Saboreó la sal. Alguien que la amara. ¿Era aquello tanto pedir?

Se limpió la lágrima. Sin embargo, cuando levantó la vista, todavía borrosa por la neblina que le cubría los ojos, y se miró de nuevo en el espejo, contuvo el aliento.

En la luna del espejo, él estaba detrás de ella, mirándola. Por alguna razón, sus ojos se oscurecieron al mirarla, adquiriendo un tono que parecía contener todos los misterios del mar y del cielo, del universo y de la tierra, del hombre y de la mujer...

Durante un extraño momento, Brittany se sintió como si el vestido hubiera creado su propia realidad y el hecho de que Mitch estuviera allí, con las manos en los bolsillos, era solo parte de una deliciosa ilusión que había creado aquella maravillosa tela contra su piel desnuda.

Sin embargo, entonces, se dio cuenta de que era él en carne y hueso. ¿Por qué siempre aparecía en el momento más inoportuno?

Capítulo Cuatro

Mitch miró fijamente a Brittany. Le parecía que, de algún modo, había acabado en el centro de un cuento de hadas, un lugar en el que a un abogado, famoso por su pragmatismo, su habilidad para pensar con claridad, no le gustaba estar.

Se preguntó cómo sabía que era Brittany la que tenía puesto el vestido y no su hermana. De algún modo sabía que tenía algo que ver con el hecho de que no podía imaginársela arrodillada en el suelo con la boca llena de alfileres.

Brittany parecía estar ardiendo y aquel vestido amenazaba por prender fuego a todo lo que la rodeaba, empezando con Mitch Hamilton. Quería pensar que no sabía el tipo de vestido que era, que tal vez era uno para un baile. Sin embargo, no podía engañarse. Era un vestido de novia.

Nunca había visto un vestido de novia como aquel, aunque no se consideraba ningún experto. El vestido parecía ser demasiado osado para una virginal novia. Demasiado atrevido. Demasiado sensual. Demasiado...

Brittany, aunque la expresión que ella tenía en el rostro no era ni sensual ni atrevida. Era una delicada expresión de sorpresa, de anhelo de creer en todo lo que representaba aquel vestido.

Romance, amor... Para siempre. Nada en lo que creyera Mitch Hamilton.

En realidad, había creído en todo aquello una vez, pero parecía que hacía mucho tiempo de todo aquello. Se había sentido en lo alto del mundo, trabajando para el bufete de su padre, trabajando también como mentor en el centro de adolescentes de Miracle Harbor, comprometido para casarse con una mujer hermosa e inteligente que provenía de un mundo en el que parecía que nunca podría entrar.

Entonces, por una sencilla decisión, todo se terminó.

Un bufete de Portland requirió sus servicios. Le ofrecían dinero, prestigio, una trayectoria profesional con grandes oportunidades. Sin embargo, él había elegido quedarse en Miracle Harbor. Su padre se estaba haciendo viejo y los muchachos la necesitaban más.

A Monica le había enojado mucho su elección. Sólo dos semanas antes de la boda le había dado un ultimátum. Aceptaba aquella oferta o se terminaba todo.

Y se terminó todo.

Por eso, en aquellos momentos, al ver a Brittany con aquel vestido de novia, sintió un cierto grado de incomodidad. No era dolor, pero sí incomodidad.

Algún hombre la estaría esperando, frente al altar, mientras ella avanzaría por el pasillo de la iglesia hacia él. Aquel hombre iba a poder contemplar la luz que habría en su rostro y sabría que estaba dirigido a él.

Muy pronto.

Y Mitch le había dicho que no iba a ser él. Sentía profundamente la pérdida de lo que le había parecido el momento más importante de una vida. Del deseo de creer en los cuentos de hadas y en los finales felices, incluso para tipos como él que parecían

anclados en el más puro realismo.

—¿Ya estás encargando el vestido? —se oyó decir.

—No tengo por qué dejar que me pillen desprevenida.

A pesar del desafío que representaba la inclinación de su barbilla, había tanta vulnerabilidad en aquellos ojos que decidió construir una gran muralla a su alrededor para que ella no pudiera traspasarla con su belleza. Con el idealismo. Con los sueños.

Sin saber por qué, notó que sus defensas se bajaban. El rebelde que había dentro de él parecía sonreír, animándola a soñar, diciéndole que hacerlo de vez en cuando no le hacía daño a nadie.

Cuando ella también le sonrió, se vio turbado por cómo un hombre puede verse completamente desarmado por el poder de los sueños.

—No es mi vestido —confesó ella—. Abby lo está haciendo para otra mujer. Para esa mujer que estaba con tu padre el día de la boda.

Mitch se paró a pensar. ¿Por qué iba a hacer Angela Pondergrove, la mujer más metomentodo de la ciudad, un vestido como aquel? Sin embargo, se sintió desilusionado y aliviado al mismo tiempo. Su mente de abogado le decía que tener aquellos dos sentimientos a la vez era imposible, pero el rebelde que había en él le decía que se acostumbrara.

—Llego un poco temprano. Shane me abrió la puerta, pero puedo esperar hasta que hayáis terminado.

—Ya hemos terminado —dijo Abby, con una sonrisa—. Brit sólo tiene que cambiarse. Siéntate en el sofá.

Las dos mujeres salieron del salón.

Mitch se sentó, sintiéndose como un adolescente que va a buscar a su cita para el baile del instituto. Nunca había ido a los bailes, de los que siempre se había burlado, aunque la verdadera razón había sido su temor a no encajar, a que lo consideraran un impostor, a que dijeran que no era el hijo de Jordan Hamilton sino un muchacho perdido.

¿Qué era lo que tenía Brittany Patterson que era capaz de sacar todas sus inseguridades de nuevo a la superficie? ¿Qué era lo que tenía que podía borrar de un plumazo un título con honores en una universidad y hacerle sentirse como un pobre muchacho que había mendigado cosas que nunca podía tener?

Brittany volvió enseguida, vestida con un conjunto de pantalón amarillo canario que dejaba al descubierto un ombligo muy gracioso. Encima, llevaba una camisa demasiado grande.

—Lo sé —dijo ella, con un suspiro—. Esta camisa es un desastre. Me la tuve que poner en el último momento. Los pantalones se me han rasgado. Eso me enseñará a comprar cosas que no sean de marca. ¿Crees que es posible demandar a MiniMark por vender mercancías de mala calidad?

—Eso no es mi especialidad.

—Entonces, ¿cuál es tu especialidad?

—La próxima vez que quieras aburrirte de muerte, pregúntamelo.

Llevaba el pelo recogido encima de la cabeza, pero varios mechones se le habían soltado. Afortunadamente, parecía más adolescente que novia.

—¡Vaya! —exclamó, mirándolo pensativamente—. Mitch Hamilton con vaqueros y una camiseta. ¡Me sorprendes!

—¿De verdad?

—Siempre me hubiera imaginado unos pantalones de pinzas, como Dockers o algo así, y una camisa deportiva. Ya sabes, algo parecido al uniforme típico de un club de campo o del club de golf.

—Yo no juego al golf.

—¿No? Y yo que pensaba que el golf era obligatorio para médicos, abogados y financieros.

La imagen que estaba pintando era de personas aburridas. El rebelde que había dentro de él quería convencerla de lo contrario, besarla hasta que se quedara sin sentido, pero su mente racional ganó una vez más. Gracias a Dios.

—¿Tenías algún asunto del que querías hablar conmigo? —preguntó Mitch, tratando de sobreponerse.

—Hmm. ¿Crees que podríamos ir a tomar un café a alguna parte?

—Claro.

Ya en el coche, Mitch condujo muy alocadamente sólo para demostrarle, de una vez por todas, que no era aburrido. Aparentemente, ella estaba acostumbrada a aquel tipo de paseos. Después de estudiarse atentamente las uñas, realizó algunos comentarios sobre el tiempo o las casas por las que iban pasando. Como Mitch no podía conducir como un maníaco y hablar al mismo tiempo, Brittany muy pronto se dio cuenta de que la conversación era sólo un monólogo y guardó silencio.

Mitch apretó un poco el pie en el acelerador y la miró de reojo. No parecía nerviosa de que tomara las curvas a aquella velocidad. De hecho, parecía pensativa, sumida en su mundo interior. ¿Por qué sospechaba él que estaba ensayando lo que quería decirle?

La llevó a un pequeño café cerca de la costa, construido sobre unas rocas con vistas al mar. Se dijo que lo había escogido sólo porque sospechaba que, a aquellas horas, estaría casi vacío y así darle la oportunidad de tener una conversación muy profesional con ella. Sin embargo, ella no era su cliente. De hecho, esperaba que nunca lo fuera.

El camarero miró con ojos deseosos a Brittany, algo que ella no pareció notar y les dio una mesa muy íntima en la ventana que daba hacia el mar.

Brit se sentó, mirando a todas partes menos a Mitch. Le dedicó al camarero una sonrisa de tanta brillantez que el pobre hombre se habría casado con ella en aquel mismo momento si ella se lo hubiera pedido. Afortunadamente, no lo hizo.

En vez de eso, vio a algunas gaviotas tirando almejas sobre las rocas para abrirlas y charló sobre eso durante unos pocos minutos.

—¿Tú tenías algo de lo que querías discutir conmigo? —preguntó él.

—Primero, debería haberte preguntado lo que cobras —dijo ella alegremente, aunque para Mitch resultaba evidente que estaba tan tensa como un muelle.

—No te voy a cobrar.

—No es eso lo que espero. En absoluto. Mitch...

—Mira, si acabo realizando algún trabajo para ti, entonces hablaremos de costas. En estos momentos, sólo voy a escuchar lo que tú me tengas que decir.

Brittany suspiró y, durante un momento, pareció que iba a volver a empezar a hablar de las gaviotas. Cuando él le advirtió con la mirada, ella respiró profundamente.

—Quiero dejar la panadería, por eso quiero saber en qué situación me quedo legalmente.

Cuando Mitch la miró con más atención, se dio cuenta de que todavía tenía problemas para mirarla a los ojos y notó que le temblaba ligeramente el labio inferior.

—¿Por qué quieres dejarla?

—Oh, no es solo por mí. ¿No dirías tú que yo soy más del tipo de persona que tendría una tienda?

—Pero no se te dio una tienda.

—Bueno, el regalo me lo ha concedido un completo desconocido. ¿Cómo iba a saber el tipo de persona que soy? Es evidente que cometió un gran error al juzgarme. Esperaba poder cambiar de negocio.

—Dime qué problema hay con la panadería.

—Quiere decir que no tengo dudas de que podría convertirlo en un enorme éxito, pero que sólo pienso que una tienda de ropa me va mejor. O una joyería. ¿Crees que es posible cambiar de negocio? ¿Aunque sea una posibilidad remota?

—No tengo mucha familiaridad con el caso, Brit, pero me atrevo a adivinar que no.

—Oh. ¿Conoces a quien nos dio el regalo?

—No. Es un secreto, pero si lo supiera, no podría decírtelo.

—No me lo dirías.

—No, no podría decírtelo.

—Oh.

—Supongo que eso significa que las cosas no han mejorado nada desde el lunes. ¿Qué es lo que pasa, Brittany? —insistió él, cuando vio que ella apartaba la cara. Entonces, extendió la mano y le tomó la suya, haciéndola que lo mirara.

—No pasa nada.

—Mi trabajo es descubrir la verdad y, a ti, Brittany, no se te da bien mentir.

—No sé si me gusta o no que veas lo que nadie más parece ver. Todo el mundo siempre me ha creído cuando he fingido.

—¿Y por qué estás fingiendo?

—Porque estoy mortificada. Me duelen los pies todo el tiempo, se me rompen las

uñas... —explicó, extendiendo un dedo para que él pudiera comprobarlo.

—¿Y?

—¿Podríamos hablar de mi *boutique*? He pensado en ropa de diseño, en medio de una atmósfera moderna. Esta ciudad necesita algo como eso.

—Lo que quiero saber es lo que está pasando en la panadería que te ha hecho querer tirar la toalla.

—No es como yo pensaba que iba a ser.

—¿En qué sentido?

—Pensé que iba a ser divertido. En vez de eso, no puedo soportar oír que se abre la puerta. Significa que hay más gente y más platos y normalmente ni siquiera tengo las mesas limpias de los últimos clientes. Además, nadie prueba mis tartas. La semana pasada, puse algunas mesas en el exterior y un hombre vino y me dijo que tenía que tener una licencia especial para eso, y entonces todos mis manteles salieron volando. Luigi está furioso conmigo por una maldita tubería, una mujer me gritó porque su estúpido pastel de cumpleaños tenía el azúcar del color equivocado, la gente se marcha cuando no puedo servirlos con la rapidez suficiente, si les doy el cambio equivocado se creen que lo he hecho mal a propósito y luego me paso dos horas fregando los platos después de que todo el mundo se ha marchado y... ¡no puedo soportarlo! Por eso, ¿me puedes encontrar un modo de salir de esto? De acuerdo, tal vez no sea posible hacer un cambio, pero algo para sacarme de eso y conseguirme una pequeña *boutique*...

—Creo que ése es más bien el terreno de mi padre.

—No quiero hablar con él.

—¿Por qué no?

—Oh, Mitch, es tan distinguido y amable... No puedo soportar que él sepa que he fracasado. No —dijo ella, rápidamente—, en realidad es un desastre total. Lo he pensado. Si no puedo cambiar de negocio, tal vez pueda alquilarle la panadería a otra persona, como por ejemplo a Luigi... ¡Él estaría encantado de deshacerse de mí! ¿Puedes ayudarme?

—Creo que sí —respondió él, lentamente—, pero no del modo que tú quieres.

—¿A qué te refieres?

—No creo que lo hayas intentado lo suficiente.

Estaba seguro de que si dejaba la panadería, llevaría el fracaso metido en el alma, dejando que parte del fuego que ardía en su interior se apagara. Tenía que cambiar en un modo fundamental. De una chica que podía creer que todo podría ocurrir, tendría que hacerse una mujer más realista y pragmática. Como él.

—Pero lo he intentado. Mitch, de verdad que lo he intentado...

—¿Durante una semana entera?

—¡No sabes lo cansada que estoy! Me despierto por la mañana y lo primero que huelo es el pan en el horno. Odio ese olor porque significa que Luigi lleva trabajando desde las cuatro de la mañana y que ya tiene dos fregaderos llenos de platos. Y su

trabajo no es fregar los platos. Así que yo tengo que ir una hora antes de que abra la panadería, que es a las siete, y preparar el café y tratar de fregar los platos. Entonces, el teléfono empieza a sonar y los clientes a entrar. Dejan las mesas hechas un asco... Lo he intentado, pero no puedo. No puedo.

—Creo que podría ayudarte a solucionar tu situación.

—Espero que lo hayas dicho en serio.

—Trabajo para una organización que ayuda a los adolescentes que han tenido algún roce con la ley. Algunas veces, lo más duro para estos muchachos es encontrar a alguien que les dé una oportunidad, que les dé un trabajo para que puedan empezar a mezclarse con las personas normales y a ganarse la vida.

—¿Que tú trabajas con chicos con problemas? —preguntó ella, incrédula.

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo fui en el pasado uno de ellos. Y alguien me ayudó.

—Jordan...

—Eso es.

—¿En qué tipo de problemas te metiste?

—En todos los que puede meterse un muchacho. Lo que hizo que Jordan se fijara en mí fue una motocicleta.

—Lo sabía. Tú y las motocicletas. Lo sabía...

Mitch se preguntó cómo. Nadie más en su mundo lo hubiera adivinado nunca. Con toda certeza, Monica no. Y, afortunadamente, ninguno de sus clientes.

—¿Podríamos volver a tu situación?

—Mitch, creo que es maravilloso que tú trabajes con estos chicos, pero yo soy terrible con ese tipo de cosas. No les gusto a los niños. Ni siquiera a mi sobrina, Belle. Pregúntaselo. Además, se me da muy mal lo del trabajo social. He probado a vender caramelos en Navidad para los sin techo. Siempre digo lo equivocado y las personas que han sufrido desgracias me desprecian mucho más que los niños. Me siento incómoda entre ellos y lo notan... De acuerdo —dijo, al notar la desaprobación con la que la miraba Mitch—. Ésta es la vergonzante verdad. No creo que me pueda permitir económicamente contratar a nadie. Es decir, no entiendo los libros muy bien, pero mi primera semana ha sido un desastre económico.

—Puedo ayudarte a solicitar una subvención que te ayude a pagar la mitad de su sueldo.

—¿De verdad?

—Claro. Así que podrías contratar a uno de esos chicos o chicas para que se ocupara de los platos y limpiara las mesas durante los momentos en los que estás más ocupada.

Aquello pareció gustarle. Por primera vez desde que se habían sentado, se había puesto a mirarlo a los ojos. Incluso estaba empezando a sonreír. Sin embargo, de repente, la sonrisa también le falló.

—¿Son estos chicos... delincuentes juveniles? —preguntó. Mitch asintió—. ¿Y han cometido delitos? —añadió. Él volvió a asentir—. ¿Cómo qué?

—Son menores de edad. Sus expedientes son secretos.

—¿Y no me podrías dar una pista? ¿Como por ejemplo si estamos hablando de asesinos?

—No, pero sí de todo lo demás que te puedas imaginar, desde asalto hasta robo.

—¿Y cómo sé que no me van a robar a mí?

—¿Confías en mí o no? —preguntó él, con firmeza. Se vio recompensado por una luz que le vino a los ojos y que no estaba seguro de merecer.

—De acuerdo —dijo ella, también firmemente, como si estuviera tratando de convencerse—. Confío en lo que me dices.

Aquellas palabras sonaron como un regalo puesto sobre la mesa que había entre ellos.

El lunes por la mañana, las prisas a la hora del café se terminaron por fin. Brittany se sentía un poco resentida por haber sobrevivido a otra. Había esperado que, para ese día, la hora punta de los lunes por la mañana fuera el problema de otro. De Luigi. ¿Cómo había podido dejar que Mitch la convenciera para volverlo a intentar y que, encima, contratara delincuentes?

Lo que realmente le hubiera gustado habría sido aceptar el dinero que Luigi le diera y abrir una *boutique*. Había un local en la misma calle a la venta. No era de extrañar. Los horribles vestidos que había en el escaparate lo decían todo. Sin embargo, con un poco de pintura y un escaparate más imaginativo...

—Hola.

Brittany levantó la vista de los donuts que estaba colocando sobre la bandeja. Aquel día, no había pastel de moka. Y no habría más hasta que la tubería, que según Luigi estaba estropeada, fuera arreglada. No es que necesitaran más. El congelador estaba a rebosar de tartas que se habían puesto demasiado duras para venderlas pero que Brittany no podía soportar tirar.

Había una chica al otro lado del mostrador. Estaba pasando el peso de su cuerpo de un pie a otro. Su cabello había sido teñido de rubio, muy malamente, y el maquillaje era terrible. La fuerte raya que le adornaba el párpado inferior le hacía parecer mayor a pesar de que sólo podía tener dieciséis o diecisiete años. Estaba mascando chicle y llevaba puestas unas ropas que estaban deslucidas y que estaban dos o tres años pasadas de moda.

—Me llamo Laurie Rose. El señor Hamilton me dijo que debería venir a hablar con usted.

Su primer delincuente. Brittany miró a la chica con cautela. Laurie Rose parecía tenía un aspecto muy duro mientras observaba atentamente la panadería. ¿Estaría buscando cosas que robar? ¿Podría preguntarle a la chica por qué había tenido

problemas con la ley?

Sin embargo, cuando los ojos de la muchacha se cruzaron con los suyos, los apartó rápidamente. Brit vio terror en ellos. De repente, supo que Laurie Rose estaba aterrorizada de estar allí, de ser rechazada, de ser juzgada y comprendió en aquel momento que no debía preguntarle nada de sus problemas con la ley. «¿Confías en mí», le había preguntado Mitch?

—Hola, Laurie Rose —dijo ella, con tal dulzura en la voz que a ella misma la sorprendió—. ¿Te explicó el señor Hamilton que esto es un lío?

Laurie Rose sacudió la cabeza y dijo que no.

De algún modo, Brit supo que la clave para triunfar con aquella chica era demostrarle que todo el mundo era vulnerable. Respiró profundamente y se lanzó al vacío.

—Soy completamente ajena al mundo de la panadería —dijo—. Y se me da muy mal.

Laurie Rose la miró sorprendida y luego lanzó una mirada furtiva a las mesas llenas de platos que había a sus espaldas.

—Yo estoy siempre detrás del mostrador y necesito a alguien que me pueda ayudar, especialmente con los platos y las mesas.

—Yo puedo hacerlo —respondió Laurie Rose. De repente, ya no parecía tan dura.

—Pero sólo es por unas pocas horas al día —le advirtió Brittany—. Y no puedo pagarte mucho.

—No importa.

—¿Por qué no estás en el colegio?

—Soy tonta.

—Oh.

—Pero puedo ocuparme de los platos. Vaya que sí. Es lo único que he hecho toda mi vida.

—Oh.

—Sin embargo, si está buscando a una genio, yo me largo. No me importa.

—¿Cuándo podrías empezar? —preguntó Brit, dándose cuenta de que sí le importaba. Y mucho.

—¿Va a contratarme?

—¿Por qué no?

—El señor Hamilton me dijo que me haría muchas preguntas, como que dónde he trabajado antes y las notas que había sacado en el colegio y este tipo de cosas. Me hizo practicar las respuestas. Nunca pensé que conseguiría un trabajo.

Pensar que Mitch se había preocupado por aquella chica, que le había dado consejos, llenó a Brit de una extraña sensación de calidez. Bajo aquel frío exterior, había un corazón. Y era de oro.

—Bueno, Laurie Rose, yo no sé más de contratar a la gente de lo que sé de llevar una panadería, pero estoy en un apuro y si sabes fregar los platos, limpiar y recoger

las mesas, me podrías ayudar mucho.

—Me han arrestado —dijo Laurie Rose de repente, observándola cuidadosamente mientras se pasaba el chicle de un lado de la boca a la otra.

—Oh, bueno...

—Muchas veces.

—Oh.

—Si quiere, puede preguntarme por qué.

—¿Sabes una casa, Laurie Rose? Creo que prefiero no saberlo. Si algún día tú quieres decírmelo, está bien, pero por ahora, mi única preocupación es poner todo este jaleo bajo control. ¿Qué te parece si probamos durante una semana y, si las dos estamos contentas, te quedas con el trabajo?

—De acuerdo —dijo Laurie Rose. Entonces, sonrió. Aquella sonrisa borró toda la dureza que había en su rostro y le dio un aspecto joven y esperanzado. Hasta hermoso.

—Estupendo. Si pudieras empezar tan pronto como fuera posible...

—¿Ahora mismo?

—De algún modo, estaba esperando que dijeras eso —respondió Brit, sonriendo también.

De repente, ella se sintió muy feliz por haber decidido confiar en Mitch. Porque el dinero no podía comprar la mirada que había en el rostro de aquella muchacha.

—Gracias, señora.

—Si vuelves a llamarme señora, te despido. Llámame Brittany. O Brit.

—Pero el señor Hamilton me dijo que...

—Sólo entre tú y yo, el señor Hamilton no lo sabe todo.

—Bueno, más o menos —dijo Laurie Rose, a modo de defensa. Entonces, las dos se echaron a reír.

Para el viernes, Delicias Celestiales era un lugar diferente. Laurie Rose atacaba sus deberes con silencioso fervor. Cuando acababa de encargarse de los platos y de las mesas, buscaba superficies que pulir. Los suelos y las patas de las mesas, las vitrinas y las ventanas relucían. Siempre llegaba temprano a trabajar y se marchaba tarde. Cuando Brittany le dijo que no podía pagarle horas extras, que se marchara a su casa, Laurie Rose arrugó la nariz y dijo que prefería estar allí con ella.

Los pies de Brit seguían doliéndole, pero cuando vio a Laurie Rose afrontando sus humildes deberes con tanto entusiasmo, tan agradecida de tener algo que hacer, decidió que no podía quejarse. De hecho, había vuelto a pensar en los premios y en los reconocimientos. Los clientes estaban felices e incluso Luigi no parecía tan gruñón como de costumbre. Estaba encantado del estado de las fuentes desde que Laurie Rose se había hecho cargo de la tarea de limpiarlas.

Brit sólo sentía que Mitch no se hubiera pasado a ver cómo iban las cosas, aunque

había llamado una vez para comunicarle que se había aceptado su solicitud para que el gobierno local financiara la mitad del sueldo de Laurie Rose. Su voz había sonado muy profunda y muy profesional.

Ella había estado esperando que dijera algo personal, que comentara algo para que siguiera la conversación, pero no lo había hecho. ¿Quién podía culparlo? Hasta aquel momento, ella había fallado siempre a la hora de impresionarlo. Un abogado no podía estar buscando una esposa que llevara mechones rosas en el pelo y que estallara los pantalones. Si por lo menos tuviera una oportunidad más, podría demostrarle lo que realmente era. De eso estaba segura.

Sin embargo, no parecía que Mitch estuviera dispuesto a darle ninguna otra oportunidad, lo que significaba que iba a tener que volver a poner el anuncio en el periódico, aunque no quería hacerlo.

Varios abogados de su bufete se dejaron caer por la panadería todo el tiempo, pero él nunca lo hacía. Farley Houser fue un día y le preguntó, casi tímidamente, si le gustaría salir a cenar una noche.

¿Por qué iba ella a rechazarlo cuando él parecía aceptar de tan buen grado todas sus faltas?

—Brit, no vas a tirar toda esa comida, ¿verdad? —preguntó Laurie Rose horrorizada, mientras guardaban las cosas el viernes por la noche.

—Bueno, para el lunes ya no servirán.

—¿Podría llevármela yo?

—Claro que sí.

—Es para el centro de jóvenes —musitó Laurie. En aquel momento, Brit sospechó que, por primera vez, la muchacha le había mentado. Le daba la sensación de que no debía haber mucha comida en su casa.

Quería abrazar a aquella pobre chica asustada, que se sobresaltaba cada vez que había un ruido muy fuerte a sus espaldas. Sin embargo, no sabía cómo podría hacerlo. En vez de eso, le dijo:

—Laurie Rose, ¿podría enseñarte algo sobre maquillaje?

Entonces, tras las puertas cerradas de la panadería, sentó a Laurie Rose en una silla, le desmaquilló el rostro y empezó desde el principio.

—Mis propias hermanas no me dejan que practique con ellas —dijo Brit, contemplando el rostro de Laurie Rose con satisfacción cuando hubo terminado con ella—. ¿Estás lista? —añadió, entregándole el espejo.

Laurie se miró. Entonces susurró:

—Pero si estoy muy guapa...

—¿Es que no te habías dado cuenta de que lo eres? —preguntó Brit, cariñosamente—. También podríamos hacer algo con tu pelo.

—¿De verdad? ¡Por favor! Mañana por la noche hay un baile en el centro de jóvenes.

Riendo como dos adolescentes, probaron varios estilos de peinado, hasta que las

dos estuvieron de acuerdo en un recogido informal. De mala gana, Laurie Rose se marchó a su casa.

Aquella noche, Brit se marchó a la suya sin sentirse tan cansada como de costumbre. Se sentía cálida y maravillosa.

Aquella sensación tan agradable se incrementó cuando encontró una luz que parpadeaba en el contestador y un mensaje de Mitch Hamilton, preguntándole si querría acompañarlo al baile en el centro de jóvenes a la noche siguiente.

Aquella era su única oportunidad y Brit planeaba echar toda la carne en el asador.

Capítulo Cinco

Mitch colgó el teléfono y se sentó durante un momento, mirándolo como si fuera un monstruo extraño del que nunca se había percatado antes y que había aparecido de ninguna parte para plantarse encima de su escritorio y darle órdenes. «Llámala, llámala, llámala». ¿Y de qué podía hablarle? Por supuesto, podrían charlar de la panadería y de cómo iba Laurie Rose.

Resultaba vergonzoso. Era un hombre de treinta y dos años, que se había ganado varios emblemas de honor, tanto en la calle como en los tribunales y no sabía nada sobre lo que había que hacer para hablar a una mujer.

En realidad, aquello no era cierto. No tenía ningún problema para hablar el resto de las mujeres. Era ella.

Mitch lo analizó y sacó una respuesta satisfactoria. Le resultaba incómodo contactar con ella porque Brittany Patterson era una mujer tan empeñada en casarse como él por seguir soltero.

Por eso era por lo que le daba tanto miedo, se dijo aliviado. Porque, incluso hablar con ella era peligroso. Era una mujer buscando un marido. Y él era un hombre buscando...

La triste verdad era que no sabía lo que estaba buscando. No se sentía como si estuviera buscando nada, hasta que ella había aparecido en su vida, como los fuegos artificiales que estallaban justo en el momento equivocado.

Hasta ese momento, se había considerado un hombre completamente satisfecho. Le gustaba su trabajo, la ciudad en la que vivía, la casa de madera y cristal con vistas al océano... Y le gustaba trabajar con los muchachos del centro de juventud de Miracle Harbor.

Sin embargo, no había sentido mucha felicidad o control desde el momento en que había besado los labios de Brit en la boda de su hermana, dos semanas antes. De repente, le parecía que su ordenada mente iba a la deriva, como si fuera la de un adolescente. Soñaba con el color de los ojos de Brit, con la suavidad de sus labios, con la forma de sus pechos, con la curva de sus caderas. Incluso con la pintura rosa que llevaba en el pelo y que le hacía sonreír justo en el momento que resultaba más inapropiado.

De acuerdo. Había cedido. La había llamado. Había sido un alivio que le saltara el contestador, aunque, tras mirar el reloj, dedujo que ya debía haber llegado a casa del trabajo. Le hizo preguntarse qué candidato a marido podría estar entrevistando.

Aquel pensamiento le cruzaba la cabeza muy a menudo. ¿Estaría saliendo con unos tipos cuyo único interés radicaba en la parte del baño de burbujas? Y Farley, que iba silbando a todas partes, aun después de perder la porra del bebé.

En aquel momento, cuando el teléfono no dejaba de sonar, no pudo dejarse de preguntar si estaría con Farley Houser. Tal vez por ello, no se le ocurrió hablar ni de la panadería ni de Laurie Rose, sino del baile al que tenía que asistir al día siguiente.

En realidad, no había por qué preocuparse. Brit no iría con él. Probablemente estaba más acostumbrada a bailes en los que las piscinas estaban llenas de Champán, o de colorante alimentario, y había una orquesta, e incluso Barbra Streisand hacía una breve aparición. Además, le había dicho que le dolían los pies la última vez que la vio. Las mujeres con los pies doloridos y una onza de sentido común no van a bailar. No tenía nada de lo que preocuparse.

En aquel momento, el teléfono empezó a sonar. Los nervios estuvieron a punto de estallarle. Se inclinó hacia delante y estudió la pequeña pantalla del teléfono, algo que él consideraba la mejor invención del siglo. El identificador de llamadas decía que se trataba de B. Patterson.

Si no contestaba, podría distanciarse del hecho de que ella fuera a rechazarlo y no tendría que pensar en lo que decir para hacerla creer que no le importaba. Aquello le hizo afrontar el hecho de que sí le importaba. Por eso, respondió la llamada.

—¿Sí?

—Hola, Mitch.

—Hola, Brit.

—¿Estás todavía trabajando?

—Ya estaba recogiendo.

—¿Es que no tienes vida? —preguntó ella, con su alegría habitual.

—Sí, claro que tengo una vida.

—Pues no hay necesidad de sonar tan serio al respecto.

—¿Cómo lo sabes?

—Mitch, ¿es que has tenido un mal día?

—No. De hecho, he tenido un día estupendo.

—Yo también. Un día genial, una semana genial gracias a que me enviaste a Laurie Rose. Es estupenda.

—Me alegro de que sea así —respondió él, a pesar de que ardía en deseos de preguntarle dónde estaba cuando había llamado.

—Me encantaría acompañarte a ese baile mañana por la noche. ¿Puedes venir a recogerme? ¿Qué crees que debería ponerme? ¿Hay algún tema?

—¿Tema?

—Ya sabes, como lo de buscar maridos o algo por el estilo...

—No creo —replicó él, amargamente.

—De hecho, en estos momentos me estoy tomando un descanso en lo de buscar marido, aunque quiero advertirte de que mañana por la noche vas a verme en mi mejor momento. No habrá ni rastro de la pintura rosa ni una camisa de hombre que me ayude a ocultar el roto de los pantalones.

Mitch se alegró mucho de saber que se había tomado un descanso en lo de buscar marido, pero guardó silencio al respecto, por si acaso su aprobación despertaba de nuevo sus ansias. Ni un sólo soltero de Miracle Harbor estaría seguro. Tal vez ni siquiera él, a pesar de que le había dicho que no, aunque fuera la última mujer sobre

la tierra.

—Por lo que yo sé, no hay tema. Sólo unos cuantos chicos y un reproductor de discos compactos.

—Laurie Rose se llevó unos donuts que íbamos a tirar, pero me dio la sensación de que no eran realmente para el centro.

—Su familia es muy grande y no tienen mucho dinero —respondió él, admirando el hecho de que ella hubiera tenido la sensibilidad de notar aquel detalle—. De hecho, tal vez ni siquiera te guste el baile. No creo que sea el tipo de fiesta a la que tú estás acostumbrada —añadió, dándole la oportunidad de echarse atrás.

—No quiero ni imaginarme lo aburrida que sería la vida si sólo hiciéramos cosas a las que estamos acostumbrados. ¡Yo, para empezar, no estaría trabajando en una panadería!

—Esta semana pareces muy contenta con tu negocio.

—Bueno, si no contenta, por lo menos no estoy esperando que me ahorquen en esa tubería que hay en la cocina.

—Bueno, mañana iré a recogerte. Sobre las ocho.

—¿Quieres disfrazarte? Podrías ser un jugador empedernido y yo una chica del cancán. Eso probablemente animaría un poco las cosas y los chicos se reirían.

—No, no creo.

—Mitch, ¿te ha dicho alguien alguna vez que eres demasiado estricto?

—No.

—Pues ya va siendo hora de alguien lo hiciera.

—Pero si seguro que no sabes bailar el cancán —dijo él, a pesar de que sabía que era mejor no hacerlo.

—Claro que sé. Era una chica cancán en una obra que representamos en el instituto. Por eso tengo el vestido. En alguna parte.

Mitch no podía imaginársela con un vestido de cancán, con enaguas de encaje y largas piernas sin sentir una fuerte oleada de deseo. Como si supiera el efecto que aquello había tenido en él, Brit colgó el teléfono entre risas y sin esperar a que él dijera adiós.

Mitch miró el auricular. ¿Un jugador y una chica del cancán? ¿Estricto? Lo peor de Brit es que con ella no había ningún momento de tranquilidad y a él le gustaban mucho los momentos de tranquilidad. Sobre todo cuando se la imaginaba con su disfraz.

Se preguntó que, si no tenía intención de casarse con ella, por qué estaba insistiendo en aquella relación. Aunque, ¿era realmente insistir en una relación llevar a una chica a un baile?

La verdad era que la encontraba irresistible, tanto como la polilla no puede resistirse a la llama. Sabía que estaba bailando con fuego, pero no podía resistirse.

El domingo, volvería a tomar con firmeza las riendas de su vida. No volvería a pensar en ella ni escucharía a un teléfono que le dictaba lo que tenía que hacer. La

llevaría al baile al día siguiente y ahí se quedaría todo. Sin embargo, el rebelde que había dentro de él se preguntó si el vestido sería de color rojo. «Me encanta el color rojo».

—Abby, ¿crees que podría tomar prestado tu vestido rojo? —le preguntó Brit a su hermana, cuando la llamó más tarde aquella misma noche—. Ya sabes, ese que tiene los tirantes muy finos y que llevabas puesto la noche que llegué a la ciudad. Con el que conseguiste que Shane comiera de la palma de tu mano o debería decir más adecuadamente, que jadeara a la altura de tu dobladillo.

—Brit, yo nunca me puse ese vestido para que Shane jadeara. ¡Es algo horrible lo que has dicho!

—Claro que te lo pusiste para eso. Tú eres demasiado recatada como para reconocer tus motivos, mientras que yo los reconozco todo el tiempo. Y quiero que ese hombre jadee y que esté completamente en mi poder.

—¿Qué hombre?

Sorprendentemente, Brit mostró reparos a la hora de revelar el nombre de Mitch, algo que le dejó atónita, porque nunca antes había sentido escrúpulos.

Por otro lado, si una mujer pensaba que un hombre es muy guapo, no hay nada de malo en hacer que el sentimiento sea recíproco. Era una pena que se hubiera negado a lo de los disfraces. Aquello le garantizaba que cualquier hombre, en un millón de kilómetros a la redonda se fijaba en ella, y eso era antes de que empezara a levantar las piernas.

Sin embargo, su misión era borrar las primeras impresiones que se había llevado de ella. Para ser sincera, no estaba segura de lo que esperaba que se desarrollara entre ellos. Sólo sabía que anhelaba tomar el teléfono y poder hablar con él.

—Mitch, ¿adivina qué es lo que acaba de ocurrir? Una mujer encargó un pastel de moka para el cumpleaños de su marido. Además, Luigi me ha sonreído hoy. Tiene un diente de oro...

Entonces, se dio cuenta de que estaba sola. Y luego, con una sorpresa aún mayor, se dio cuenta de que siempre había estado así. Por supuesto, tener hermanas ayudaba, pero...

—Déjalo —se dijo—. Odio el sentimentalismo...

Al día siguiente, completó los preparativos y se miró al espejo con satisfacción. Estaba hermosísima. El rosa le había desaparecido del pelo, al igual que las manchas de los brazos. El vestido rojo le sentaba como un guante, casi tan bien como el de canacán. Se giró y le gustó el vuelo de la falda alrededor de sus esbeltas piernas. Tendría que girar muchas veces aquella noche cuando bailara.

Trató de imaginarse la cara de Mitch cuando la viera. Sus ojos azules se harían más oscuros. Aquella noche iba a ver a la verdadera Brittany. Impecable, sofisticada, fiera...

De repente, se detuvo. Le parecía que se oía un ruido en la panadería. Se esforzó un poco más en escuchar y luego abrió la puerta rápidamente, sin ni siquiera preocuparse de ponerse los zapatos.

Bajó las escaleras con las llaves en la mano. Esperaba haberse equivocado, pero estaba segura de que el ruido que había escuchado era de agua corriendo.

Tras abrir la puerta, extendió la mano hasta el interruptor de la luz. Entonces, notó que el agua le llegaba hasta los tobillos.

—No —gritó, avanzando en la oscuridad.

Se acercó al fregadero y entonces, notó que un chorro de agua le caía encima, desde el techo.

En la negra oscuridad, vio que la tubería que había en el techo había reventado y que un torrente de agua amenazaba con tirarla contra el suelo.

¿Qué podía hacer? Aquel era uno de esos momentos en los que una mujer necesitaba un marido. Cuando estaba paralizada, sin saber lo que hacer...

—¿Brit?

Su primer pensamiento, completamente irracional, fue que cómo le podía ocurrir eso a ella. De sofisticada y bella, había pasado a ser una rata mojada en un abrir y cerrar de ojos. Sabía que él aparecía tan pronto empezaba a pensar en maridos. A pesar de todo, se alegraba de que él estuviera allí.

—Estoy aquí —respondió ella, mientras le castañeteaban los dientes. Entonces distinguió su negra silueta, mientras iba avanzando hacia la cocina.

—No te muevas.

¿Por qué tenía que darle siempre órdenes? ¿Cómo no iba a moverse cuando una catarata de agua le estaba cayendo en la cabeza y en el vestido de su hermana?

—Quédate quieta, Brit. Te lo digo en serio.

Cuando por fin llegó a su lado, apretó su mojado cuerpo contra el suyo, tomándola luego en brazos.

—Menos mal que saltaron los plomos. Gracias a Dios.

El vestido proporcionaba una pequeña barrera, pero, a pesar de todo, ella podía sentir la firmeza de su tórax contra sus fríos pezones. Sin embargo, el cuerpo de Mitch estaba tan cálido que ella creyó que podría prenderse fuego.

La estaba mirando de la misma manera en que ella hubiera esperado que lo hiciera al verla con el vestido rojo. Sin embargo, no podía ser el vestido, que estaba empapado, lo mismo que el pelo, que le colgaba sin forma por el cuello.

—¿Los plomos?

Mitch olía tan bien... Limpio y masculino, como a jabón y a bosques de pinos. Y a algo más. Al aroma indefinible y maravilloso de un hombre. Los brazos que la rodeaban eran muy poderosos, como si tuviera suficiente fuerza para protegerla de cualquier cosa.

—Si el agua se hubiera metido por alguno de los enchufes.

—¿Me estás diciendo que me podría haber electrocutado?

—Te estoy diciendo que, la próxima vez que veas que un edificio se está inundando, llames a un fontanero. O a los bomberos. O a mí.

—Tú siempre me dices lo que tengo que hacer...

—Alguien tiene que hacerlo —susurró él, dulcemente.

—Creo que hasta ahora he sobrevivido sin que nadie lo haga.

—Un milagro.

—Y aquí estoy, en Miracle Harbor —musitó ella. No le importaba el agua que les caía sobre la cabeza y que, poco a poco, iba subiendo por las paredes.

—Creo que es mejor que vaya a buscar la llave del agua o estaremos completamente inundados —dijo Mitch, dejándola en el suelo, cerca de la puerta—. ¿Es un vestido rojo?

—Lo era.

—Ve a cambiarte —le sugirió él. Más órdenes—. Además, éste es el teléfono de Laurie Rose. ¿Puedes llamarla? Cuéntale lo que ha ocurrido. Creo que tendrán que cancelar el baile. Yo tengo la llave y no hay más adultos que estén allí de responsables.

—¡El baile! No podemos cancelar ese baile sólo por esto.

—Si alguien sabe que la vida no sale siempre como está planeada son esos chicos. No les importará. Ya lo haremos en otra ocasión.

—Mira, yo puedo cambiarme y nos marcharemos enseguida...

—Si podemos sacar algo de todo este agua, podremos salvar tu negocio.

—¿Salvar mi negocio?

—¿Te imaginas lo que ocurrirá si este agua empieza a meterse por debajo del suelo, llega a los enchufes y se mete por las paredes?

—Dios...

—Has hablado como alguien que de verdad ama su panadería. Voy a ver si puedo encontrar una bomba. Ve a llamar a Laurie Rose. No me importa cancelar el baile, pero no quiero que esos chicos estén esperando y pensando que otro adulto les ha abandonado.

Brittany subió corriendo las escaleras y llamó a Laurie Rose, que pareció muy alarmada, no porque el baile hubiera sido cancelado, sino por los daños que habría podido sufrir la panadería.

Entonces, se quitó el vestido, que parecía un trapo viejo y mojado y lo echó a la bañera. Con un suspiro, se puso la ropa que había utilizado para pintar. No eran muy atractivas, pero eran las más adecuadas. Tras remangarse los pantalones, volvió a bajar corriendo.

—Creo que mi padre tiene una bomba —dijo Mitch—. ¿Quieres venir conmigo a su casa?

Claro que quería. Sin embargo, ya no era la chica descuidada que había sido dos

semanas antes. Sabía que no siempre se podía conseguir lo que se quería.

—No, me quedaré aquí y empezaré a achicar el agua.

Sorprendida por la tristeza que experimentó ante la marcha de Mitch, fue rápidamente a buscar unos cubos y comenzó la dura y tediosa tarea de sacar el agua.

Mitch regresó a los pocos minutos, con una bomba y una linterna. Muy pronto, una tenue luz iluminó toda la panadería. Tenía un aspecto horrible, como un barco que estuviera a punto de hundirse.

—Se te va a estropear la ropa —le dijo ella—. Hoy que vas de club de campo...

Él le dedicó una mirada significativa, se remangó y se puso a trabajar. Se hizo cargo de todo con completa facilidad. En pocos minutos, tenía una extensión enchufada arriba y una larga manguera que iba directa al desagüe. Poco a poco, el agua empezó a bajar.

De repente, una enorme furgoneta negra se acercó a la esquina y se detuvo delante de la casa. No tenía parachoques y solo un faro. Estaba repleta de muchachos de aspecto no muy recomendable.

Brit pensó inconscientemente que venían a robarle aprovechando la situación. Sin embargo, al ver el rostro de Mitch, se relajó un poco. Entonces, vio que estaba sonriendo.

—Hola, jefe —dijo uno de los muchachos.

Mitch empezó a saludar a los chicos por sus nombres de pila. Brit intentó no fijarse en los tatuajes, en las cadenas y los pendientes que llevaban por todo el cuerpo.

—Ésta es mi amiga, la señorita Patterson —dijo Mitch, a modo de presentación.

—Brittany —le corrigió ella.

Los chicos la miraron con una cautelosa timidez que duró unos tres segundos antes de que el mayor de todos proclamara que «estaba muy buena» y le diera a Mitch un golpe en un hombro.

«Muy buena», pensó Brit con tristeza, mientras todos se metían en la tienda. Se tocó el pelo húmedo y miró la ropa, cubierta de pintura. Seguro que hasta se le había corrido el maquillaje.

—Pete, ¿tienes carné de conducir?

—Laurie Rose nos dijo lo que había ocurrido —explicó el muchacho, agachando la cabeza—. Era una emergencia.

—Bueno, yo os llevaré a vuestra casa después —replicó Mitch, tratando de no sonreír—. ¿Estáis listos para ponerlos a trabajar?

—Para eso hemos venido —fue la respuesta unánime.

Brit contempló asombrada el respeto que Mitch provocaba en aquellos muchachos. Habían venido a ayudarla, a ella, una completa extraña. Además, unos minutos más tarde, una vieja furgoneta Volkswagen aparcó delante de la casa y al menos otros veinte muchachos y muchachas se bajaron de ella, riendo y empujándose, armados con fregonas y cubos.

—Hemos venido a ayudar —dijeron, mientras entraban por la puerta principal.

—Gracias —dijo Mitch—. Creo que dejaremos las presentaciones para más tarde. Os daré a cada uno un trabajo. Daisy, asegúrate de que todo el mundo tiene un cubo. Ralph, si puedes ir recogiendo las cosas que están flotando por ahí para ver qué es lo que se puede salvar y lo que no. Cameron, saca las sillas y las mesas. Y aquí está. Laurie Rose, ¿eres un ángel? ¿Qué te has hecho en el pelo? Estás guapísima.

La muchacha se sonrojó. Brittany sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que, como ella, todos llevaban puestos sus mejores ropas y que, sin embargo, se metían sin dudarlo en el agua. Además, miraban a Mitch con respeto y admiración. Se notaba que lo adoraban, a él, a quien se le daba tan bien parecer distancia y frío.

Muy pronto, su panadería estaba llena de risas y de alegres conversaciones. Además, todos trabajaban con ahínco y el agua iba desapareciendo del suelo.

De repente, sintió que alguien le tiraba un cubo de agua. Al darse la vuelta para identificar a su atacante, se dio cuenta de que era Mitch. Estaba muerto de risa, con la ropa pegada al cuerpo.

Con un rápido movimiento, ella le vació el cubo que tenía a medio llenar mientras los chicos la animaban.

Mitch la esquivó con un rápido movimiento, pero acabó por caer al suelo. Sin embargo, al mismo tiempo, se agarró al tobillo de Brit y la hizo caer con él. Durante un momento, ella creyó que iba a besarla. Lo mismo les pasó a los chicos, que proferían gritos de ánimo.

Entonces, se produjo el silencio.

—¡Vaya! Ese sonido sí lo reconozco —exclamó uno de los chicos.

Todos se quedaron inmóviles al escuchar el sonido de las sirenas. Entonces, una voz les ordenó que salieran, con las manos en alto. Brittany miró por la ventana, atónita. Aunque estaba casi cegada por la luz, podía ver a los agentes, escudados tras los coches patrulla, apuntando sus pistolas.

—Quedaos aquí —dijo Mitch, muy serio—. Y no mováis ni un músculo.

Dobló tranquilamente las manos por encima de la cabeza y salió, colocándose en el centro de la cegadora luz. No temía nada.

Brittany empezó a respirar de nuevo cuando vio que los policías empezaban a bajar sus armas y se acercaban sonriendo a la panadería. Sin embargo, algunos de los chicos seguían algo incómodos y otros desafiantes. Afortunadamente, la policía sólo asomó la cabeza por la puerta y se marchó por dónde había venido.

A los pocos minutos, llegaron los bomberos para comprobar si había riesgos por la electricidad.

—¿Siempre son tan amables? —preguntó Brit.

—Son todos solteros —bromeó él—. Probablemente leyeron tu anuncio y no pudieron esperar a llegar aquí para verte.

—¡Es imposible que sepan que he sido yo la que ha puesto ese anuncio!

—Ja. En una ciudad tan pequeña no existe el anonimato.

Después de medianoche, con gran júbilo, terminaron de recoger toda el agua. Los daños parecían mínimos, aunque los bomberos le aconsejaron que no conectara los plomos hasta que un electricista no hubiera revisado los cables.

—De acuerdo —dijo Brittany—. Que todo el mundo tome una bebida de la nevera y que suba a mi apartamento. Voy a hacer palomitas de maíz para todos, aunque sé que nunca podré pagaros lo que habéis hecho esta noche.

Sin embargo, a ellos no les pareció que fuera un modo escaso de pagarlos. Todos parecieron encantados de poder subir a su apartamento.

—Están empapados —dijo Mitch, en voz baja—. ¿Sabes lo que estás haciendo? Te podrían estropear todos los muebles.

—Supongo que nunca has visto lo que tengo en mi apartamento —respondió ella—. Además, probablemente se han estropeado las mejores ropas que tienen por mí, por una completa desconocida. ¿Saber lo que estoy haciendo? Claro que lo sé.

Brit los contó. Había veinte jóvenes, charlando y riendo, tumbados sobre sus muebles, repasando su colección de discos compactos y poniendo caras de extrañeza.

—Pete, ¿has oído hablar de un grupo que se llama Mozart?

—No. ¿Y de la familia Rankin? ¿Has oído hablar de ellos?

—Creo que eran los artistas invitados en *Barrio Sésamo* el otro día.

Muy divertida, Brit fue a la cocina. Mitch la siguió.

—Estás empapada —dijo él—. ¿Por qué no vas a cambiarte y yo preparo las palomitas?

—¿Pueden cambiarse los demás? No pienso aceptar tratamiento preferencial. Los cacharros están ahí abajo.

Muy pronto, todos los fuegos de la cocina estuvieron al rojo vivo y Mitch y Brit trataban de hacer palomitas de maíz en cuatro cacharros diferentes, mientras sonreían al escuchar los comentarios de los chicos. Los discos que habían ido poniendo durante un máximo de treinta segundos.

—Oye, que a mí me gusta ése —gritó Mitch—. Peter, Paul y Mary. Es un clásico.

En el salón, se produjo un profundo silencio. Entonces, todos se echaron a reír.

—Vaya, Brit. Nunca hubiera dicho que te gustaban Peter, Paul y Mary —añadió, refiriéndose a ella.

—Tampoco te creías que pudiera ser una manitas y ya ves.

—Y eso lo mantengo. Ni siquiera sabes hacer palomitas.

—Claro que puedo —dijo Brittany, apartando la tapa de una de las cacerolas.

—¡Oye! Dadle a ese una oportunidad. Es de Bette Midler —gritó Mitch—. ¡Eh!

Bette Midler también acabó entre los descartados.

Repartieron los boles de palomitas y las chicas pusieron a Celine Dion, que cantaba el tema central de la película *Titanic*, mientras que los chicos silbaban y ponían caras de asco.

Después de escuchar por completo el disco de Celine Dion y de terminarse todas

las palomitas, Mitch decidió que había llegado la hora de marcharse.

—Pete, yo os llevaré a casa. No quiero que vayáis en esa furgoneta sin permiso.

—¡Pero jefe! Si me lo dieron ayer —exclamó el muchacho, mostrándole encantado su carné—. ¿Es que crees que yo puedo volver a hacer algo ilegal? Señorita Brit —añadió, volviéndose a ella—, tendremos el baile la próxima semana. Vendrás, ¿verdad?

—Claro, si me invitáis.

—¿Es que no acabo de invitarte? —preguntó Pete, algo confuso.

—Se refiere al señor H —dijo Laurie, en voz baja, tras darle un codazo en las costillas.

—Oh...

—Que se lo pida, que se lo pida —comentó a animar Daisy—. Que se lo pida...

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Mitch, levantando la mano—. Señorita Brit, ¿me harás el honor de acompañarme al centro de juventudes el próximo sábado, haya tornados, ventiscas u otros fenómenos naturales?

—Claro —respondió ella.

Entonces, todos se echaron a reír. Poco a poco, los chicos fueron saliendo de la habitación. De repente, la casa se quedó vacía a excepción de Brit, Mitch y Celine Dion.

—¿Crees que se marcharon por la música? —preguntó ella.

—No, creo que fue porque se quedaron sin palomitas de maíz. Por cierto, ¿resulta alguna vez contigo algo que una persona planee?

—Espero que sí, porque pienso bailar esta noche contigo, Mitch Hamilton, y no pienso dejarte escapar hasta que lo hagamos.

—Les caes bien a los chicos. Y ellos no aprecian a cualquiera.

—Me alegro.

—Vete a la cama. Estás temblando. Estás helada y cansada —susurró él, apartándole un mechón de la cara.

—Sí, jefe. En cuanto haya tenido mi baile.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó él, mientras la tomaba entre sus brazos.

—Claro que lo sé. Exactamente.

—Estás congelada.

—Me calentaré en un minuto.

Brit se apoyó contra él, estrechándose contra su cuerpo. De repente, se sintió agotada, dado que también se sentía segura y feliz entre sus brazos, mientras se meneaban lentamente al ritmo de la música.

—Tenías razón. Me prometiste que vería lo mejor de ti esta noche. Y así ha sido.

Brit no estaba segura de que alguien le hubiera dicho alguna vez algo tan maravilloso.

—Mitch —murmuró, con voz ronca—, ¿estás seguro de que no te quieres casar

conmigo?

Cuando él no respondió, Brittany sonrió.

Capítulo Seis

—Gracias por la advert... por llamarme, Laurie Rose. Oh, claro que no puedes esperar.

Aquello era mentira, pero a Mitch se le acababa de ocurrir una idea que, por una vez podría darle la mano ganadora. Decidió compartirla con Laurie Rose.

—¿Te gusta? ¿Que quieres contárselo enseguida a Brittany? Déjame que se lo cuente yo.

Con un silbido, colgó el teléfono, se puso la chaqueta y bajó al vestíbulo.

—Papá, ¿vienes a tomar un café?

—Esta mañana no, hijo. Voy a...reunirme con Angela...

Mitch no dijo nada sobre que ella fuera una metomentodo y miró a su padre. Desde la muerte de su esposa por un cáncer de mama cuando Mitch estaba en la universidad, no había salido con nadie. Cierto era que Helen había sido una mujer estupenda que había acogido a Mitch y a sus hermanos como si los cuatro rufianes y un bebé hubieran sido lo que había estado esperando toda su vida. Jordan le había mostrado siempre su lealtad y por eso se mostraba algo tímido a la hora de hablar de su relación con Angela. Mitch sabía que aquello era lo último que hubiera deseado su madre. Jordan estaba feliz, ¿qué podría importarle más?

—Que te diviertas, papá. Y dale mis mejores deseos a Angela.

Jordan lo miró sorprendido, pero no comentó nada al respecto.

—¿Dónde vas a ir a tomar café, Mitch?

—A donde siempre vamos —concluyó él, saliendo a la calle.

El día era soleado y cálido, perfecto para estar sólo a principios de mayo. Las flores estaban empezando a florecer con sorprendente abundancia.

Mitch llegó a la panadería, pero solo abrió la puerta a la mitad para que no sonara la campanilla. El lugar parecía muy tranquilo aquella mañana, como si uno se pudiera sentir tranquilo en medio de aquel fuerte rosa.

Brit estaba de espaldas. Mitch la admiró desde aquel ángulo en particular. Al acercarse al mostrador, vio que ella se estaba peleando con la máquina de café. De repente, esta cedió y Mitch vio cómo ella empezaba a mirarse con incredulidad al delantal.

—Señorita, quiero tres docenas de donuts de mermelada, y los quiero ahora. Y espero que la mermelada sea de uva.

Ella se dio la vuelta, con una enorme sonrisa, mientras trataba de limpiarse, sin éxito, el delantal. La vista por delante era todavía mejor que por detrás, a pesar de las manchas de café.

—Estaba empezando a pensar que me estabas boicoteando. ¿Acaso es porque, cada vez que has entrado por esa puerta, te he puesto a trabajar?

—No, es por la pintura. Me hace daño a la vista.

—Entonces, ponte gafas de sol.

—¿En qué andas hoy retrasada?

—¿Sabes amasar el pan?

—No.

—Supongo que, en ese caso, te permitiré que seas sólo un cliente. Pero no te acostumbres.

—Entonces, como cliente, ¿qué opciones tengo?

—Puedes tomar donuts de miel o de chocolate y café sólo. Miracle Harbor no estaba del todo preparado para mis ideas.

—Creo que puedes tener ese efecto, vayas donde vayas.

Ella le sacó la lengua. Era delicada y rosada, como más le gustaba. Le hizo pensar en cosas más íntimas.

—En realidad, he venido porque Laurie Rose me acaba de llamar —añadió él.

—¿Sí?

—Me ha dicho que hay un tema para el baile del próximo sábado.

—¿De verdad? —preguntó ella, atónita.

—No trates de hacerte la inocente conmigo. Sé exactamente quién le dio la idea.

—¡Pero si ni siquiera ha venido hoy! Es su día libre. Tú más que nadie deberías saber que todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

—«Hollywood viene a Miracle Harbor». Es decir, eso significa que todo el mundo se tiene que vestir como su personaje favorito.

—Oh —susurró ella, como si fuera lo primero que oía al respecto—. En ese caso, las posibilidades son interminables. Marilyn Monroe, Bette Davis, Elizabeth Taylor... No sé cómo voy a poder elegir.

—No tendrás que hacerlo. Ha habido un cambio al plan original. Si una pareja va junta, el hombre escoge a los personajes para ambos.

—¡No! Yo nunca le dije a Laurie Rose...

—¡Ahá!

—Bueno —comentó ella, ofendida—, supongo que en ese caso, eres tú el que elige.

—Correcto.

—¿Y lo has decidido ya?

—Claro.

—Yo creo que estaría estupenda como el personaje femenino de *Novia a la fuga*.

—No. Vamos a ir como Mickey y Minnie Mouse.

—¡Mitch! Venga ya. No me hagas eso. Te lo suplico. ¿Qué te parece de la *Bella y la Bestia*? Creo que yo estaría estupenda de Bella. Podría hacer que mi madre me enviara mi vestido del baile del instituto... —añadió ella. Sin embargo, Mitch permaneció impasible—. Bueno, si lo que quieres es que hagamos de personajes de dibujos animados, ¿qué te parece *La Dama y el Vagabundo*?

—Que sólo sería divertido si fueras tú la que hiciera de vagabundo.

—Ya lo tengo, Mitch —dijo ella, decidida a no rendirse—. No podrás rechazar

esto. ¡*Lo que el viento se llevó!* Yo seré Escarlata y tú Rhett. Abby podría hacerme unos arreglos en el traje...

—No.

—Eres muy desagradable.

—En absoluto. Sólo te estoy demostrando lo rígido y estricto que soy.

—Entonces, *Grease*. Yo podría ser Olivia en la escena final. Me sienta bien el cuero negro. Ajustado.

—Tentador, pero no.

—De acuerdo, como estoy desesperada, te ofrezco un chantaje. Un año de suministro de donuts con relleno de mermelada de uvas. A cambio, yo seré «En pie con el puño en alto» y tú «El que baila con los lobos».

—No me veo como Kevin Costner.

—Oh... Claro que no, ¡Cómo no se me había ocurrido antes! *Braveheart*.

—No has estado pensando en otra cosa desde que plantaste la idea en la mente de esa pobre e impresionable chica.

—Eso no es cierto.

—Serás una Minnie estupenda.

—El de los seguros vino esta mañana —dijo ella, dulcemente.

—¿Y? —preguntó él, sabiendo que aquel cambio de tema no sería gratuito.

—No hay demasiados daños, aunque las paredes están muy manchadas en el rodapié. Me van a dar dinero para que haga que me las pinten.

—Eso es estupendo.

—¿No estarás sugiriendo que la pintura de antes tenía algo de malo?

—Siempre me he preguntado el por qué del póster de Humphrey Bogart.

—¡No mires, Mitch! En realidad, se me había ocurrido que pintar sería un gran proyecto de trabajo para los chicos.

—Es una idea estupenda.

—Lo sé. ¿Y sabes qué idea es mejor aún? Que no pienso cederte el contrato de la pintura a no ser que me dejes a mí elegir a los personajes. Cualquier cosa. Menos Mickey y Minnie Mouse. No pienso dejar que me vean por ahí con orejas de ratón.

—En ese caso, no hay problema.

—Ya sabía yo que acabarías viéndolo a mi modo.

—Claro. Bueno, hasta el sábado, Madame Mim.

—¿Madame Mim? ¿Es tan delicioso como parece?

—¿*Has visto* La espada en la piedra?

—¿La espada en la piedra?

—Sí. Es una historia animada de Disney sobre el rey Arturo de joven.

—El rey Arturo —susurró ella, con aprobación—, pero no recuerdo a esa mujer que se llamaba Madame Mim... ¡Oh, no! ¿No te referirás a la bruja gorda que se pelea con Merlín?

—Oh, sí.

—No es eso a lo que yo me refería —protestó ella—. Tienes que escoger personajes que me gusten a mí.

—Tú me dijiste que serviría cualquier otra cosa, y son palabras textuales.

—¡No era eso a lo que me refería!

—Un contrato verbal es vinculante, aunque no dijeras exactamente lo que querías decir.

—Lo que quería era que eligieras a Escarlata y a Rhett.

—En ese caso, no hubiera sido yo quien eligiera a los personajes.

—No puedes hablar en serio. Madame Mim es sólo una bruja regordeta con mal genio.

—Esta mujer siempre tiene que salirse con la suya.

—Veo que me has arrinconado. Si digo una palabra más, solo será para hacerme verdaderamente adecuada para el papel. ¿Eres tan listo en los tribunales? ¿Arrinconas a la gente de modo que no puedan escapar?

—Yo no arrincono a nadie. Simplemente, muestro mi ingenio.

—Madame Mim...

—Eso es. Tú serás Madame Mim y yo Merlín y sería estupendo que estuvieras dispuesta a hacerlo.

—De hecho, creo que convirtió al viejo Merlín en un sapo o en algo peor.

—No hay problema. Llevaré dos disfraces. Cuando toque el del sapo, sólo tienes que decirlo. A los chicos les encantará.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Quiero estar *sexy* y atractiva!

—¿Es que no lo entiendes? No puedes dejar de estarlo, lleves lo que lleves puesto o quien finjas ser.

Brit se quedó boquiabierta y, aprovechando que ella se había quedado sin palabras, Mitch añadió:

—Tomaré dos donuts de azúcar y un café. Por cierto, creo que puedo hablar con Hamilton Sweet y Hamilton para que donen la pintura, pero solo si se trata de un bonito tono azul claro. Tranquilo. Relajante, que favorezca la digestión.

—Lo pensaré. Seguro que Farley me hubiera dejado ser Escarlata.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, me llama de vez en cuando.

—Si Farley hubiera escogido una película, habría sido la de *Siete novias para siete hermanos*. Y Farley hubiera hecho de los siete hermanos a la vez.

—El pobre hombre tiene un gusto terrible para las mujeres.

Mitch la miró. Sabía que la verdad era todo lo contrario. Cualquier mujer que escogiera a un hombre como Farley, era que tenía un gusto terrible con los hombres. Sin embargo, entornó los ojos y se dio cuenta enseguida de que Brit estaba tratando de ponerlo celoso. O de salirse con la suya. O de las dos cosas. Tenía que ir siempre un paso por delante de ella. Y sabía que, aquella tarea en sí misma, era un trabajo con dedicación exclusiva.

—Abby, odio este disfraz —dijo Brit tristemente—. Lo odio. ¿Te importaría dejar de poner tanto esfuerzo en él?

—A mí gusta —dijo Belle.

—Traidora —replicó Brit, sacándole la lengua a su sobrina, que la respondió riéndose a mandíbula batiente.

—A mí me parece que es un disfraz estupendo —comentó Abby, mientras cosía los trozos de una fregona al sombrero negro. Ojalá Shane pudiera verlo. Vendrá dentro de un minuto. Es muy divertido. ¿Cuánto tiempo me queda?

Brit no quería que su guapo cuñado la viera de aquella guisa. Se colocó los enormes globos de agua que llevaba bajo el voluminoso vestido y que Abby había encontrado en una tienda de segunda mano y se miró con desprecio en el espejo.

—Siempre pensé que quería ser voluptuosa. «Cuidado con lo que deseas» solía decirme mi madre. ¿Y tengo que ponerme esta almohada en el trasero? ¿Es que Mitch y tú estáis conspirando para convertirme en la vieja más fea de Miracle Harbor?

—¡Brit! ¡Alégrate!

—Alégrate —repitió Belle.

—Sí, es muy fácil decirlo para vosotras. Tú vienes a Miracle Harbor y haces de Cenicienta en un baile, con Príncipe Azul y todo. Yo vengo a Miracle Harbor, y me pasa todo lo contrario. Vengo de princesa a pobre. Tengo callos en las manos y en los pies, pintura rosa en el pelo, casi me ahogo en mi propia tienda... Y se me invita a ir a un baile como Madame Mim. Para mí no hay zapato de cristal.

—¿Cuándo te has vuelto tan poco flexible?

—Es que se me está pegando. Probablemente tiene algo que ver con la compañía en la que he estado últimamente.

—¿Has estado viéndolo con frecuencia?

—No te hagas ilusiones. Estoy tan lejos de casarme como lo estaba hace tres semanas. Esta semana, ha venido a desayunar todos los días, pero lo único que está haciendo es desanimar a mi otro pretendiente.

—¿Qué otro pretendiente? Para estar tan lejos de casarte como lo estabas hace tres semanas, no parece faltarte compañía.

—Mi admirador es Farley Houser, un distinguido abogado que también trabaja con Hamilton. Seguro que él me hubiera permitido ir como Julia Roberts en *Novia a la Fuga*.

—Cualquiera ve que tú no eres del tipo de Julia Roberts.

En aquel momento, sonó un portazo y entró Shane, sudando del *jogging*. Al verlo, su hija, gritó encantada.

—¡Papá!

—¿Crees que soy el tipo de mujer que puede ir como Madame Mim? —le preguntó Brit.

—No creo que se suponga que hay que ir a una fiesta de disfraces como uno

mismo —respondió, antes de marcharse con su hija a jugar.

—Bueno —dijo Brit, algo herida—. ¡Y yo que podría haber ido como Julia! Me podrías haber dejado tu vestido de boda y habría estado guapísima.

—Brit, tú siempre has tenido un maravilloso sentido del humor. Mírate al espejo. ¡Es el disfraz más delicioso que podría haber imaginado!

—¿Es que no lo entiendes? —preguntó ella, mirándose al espejo—. Lo importante es que mis sueños no se hacen realidad y, tal vez, nunca lo harán...

—Querida, no digas eso... Si una mujer puede conseguir alguna vez que el mundo se enamore de ti, esa eres tú. Y eso es incluso vestida de Madame Mim.

—¿Yo? ¿Hacer que todo el mundo se enamore de mí? Y pensar que Mitch dijo una vez algo muy similar, aunque no mencionó nada de amor.

—¿Te ha dicho alguna vez algo similar?

—Sí, pero no hagas conjeturas. Tal vez me case con don Farley la semana que viene, solo por molestarlo. A Mitch, no a Farley.

Abby bajó la cabeza de repente.

—¿Te estás riendo de mí?

En aquel momento, llamaron a la puerta. Brit suspiró con gran resignación.

—Dame ese maldito sombrero —añadió.

Abby fue a abrir la puerta. Mitch estaba resplandeciente, con una túnica negra con estrellas de plata cosidas encima. De algún modo, su dignidad seguía intacta. De hecho, tenía un aire poderoso y misterioso.

Brittany lo miró con frialdad y se puso el sombrero. Se le cayó encima de los ojos. Al mirarla, Mitch se echó a reír, especialmente cuando se colocó los globos y los cojines que Abby le había colocado tan magistralmente, haciendo que rebotara y se movieran.

—Es el mejor disfraz que he visto nunca —comentó él.

—Hmm. No creo que estés tan seguro cuando se me rompa uno de estos pechos encima de ti.

—Ya he estado empapado de agua contigo antes.

—Adiós, Abby. No iré a decirle adiós a Belle. No quiero darle pesadillas.

—Veo que has ensayado el personaje a la perfección —dijo él—. Fiera, gruñona... Incluso tal vez peligrosa.

—Estate quieto o te convertiré en un...

—Estoy temblando. ¿En qué me convertirás?

—En Farley Houser.

Aquello le borró la sonrisa de su atractivo rostro con mucha rapidez. Brit mostró su protesta por tener que aparecer como Madame Mim en público dedicándole un tenso silencio mientras se metían en el Mercedes.

Muy pronto abandonaron la parte pintoresca y bonita de Miracle Harbor, con sus hermosas casas, jardines y rosales. Las calles por las que empezaron a pasar parecían cajas, con pocos jardines y árboles. Habían atravesado una línea invisible a un mundo

completamente diferente.

Las casas se fueron haciendo cada vez más pequeñas y más desaliñadas. Poco a poco, Brit se fue olvidando de que era Madame Mim y miró tristemente por la ventanilla. ¿Aquellas eran las casas en las que vivían Peter, Laurie Rose o Daisy?

—¿Es aquí donde está? —preguntó ella, cuando Mitch detuvo por fin el coche.

—Sí. Ésta es la parte de Miracle Harbor que más milagros necesita. La parte que la cámara de comercio no quiere que vea nadie.

—¿Crees que tu coche estará seguro aquí?

—Sí. Y tú también.

Brit se sintió mejor con aquellas palabras. Él conocía muy bien aquel mundo, a pesar de sus ropas caras y de sus coches lujosos. Por ello se sintió a salvo, protegida.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando un edificio medio demolido.

—Era la fábrica de conservas de los hermanos Jones. Esta ciudad se dedicaba casi por completo a la pesca hace muchos años.

—Es tan feo.

—Más lo fue aún cuando cerró.

—¿Por qué?

—Muchas personas trabajaban allí. Era un trabajo terrible, con malos horarios, un fuerte olor a pescado... Pero cualquier trabajo es mejor que no tenerlo. Mi madre trabajaba allí hasta que cerró. Nosotros vivíamos allí.

—¿Que tú vivías allí? —preguntó ella, mirando hacia dónde él señalaba.

—Hasta que tuve trece años.

No había modo alguno de encajar la chabola que estaba señalando con el hombre seguro, fuerte que estaba a su lado. La casita era muy pequeña, seguramente de una sola habitación, y todo parecía hecho de materiales de desecho.

Brit lo miró. Él la estaba observando, mirándola muy atentamente. No podía creerse que él hubiera vivido allí hacía solo unos pocos años. Sabía que él no querría que ella se apiadara de él, por lo que guardó silencio. De repente, se alegró del disfraz que llevaba puesto. Presentarse en aquel barrio con un lujoso vestido hubiera sido como abofetear a aquellos chicos en la cara. Y Mitch había sabido aquello.

Él la miró, con una ligera sonrisa en los labios. La luz que vio en su mirada le hizo creer en todo lo que había olvidado hacía mucho tiempo, en los cuentos de hadas y los finales felices.

—Para que los sepas, vas acompañada de un hombre del lado oscuro de la ciudad.

—Para que lo sepas —replicó ella—, de dónde vengas no me interesa ni la mitad de en lo que te has convertido. Algunas veces, se pueden sacar cosas muy buenas de las muy malas.

—Supongo que tienes razón. Tener el instinto de la calle nunca me ha venido mal.

En aquel momento, un hombre salió de una casa que había al otro lado de la calle, se rascó y los observó con una fría curiosidad que hizo que Brit se echara a temblar. Mitch levantó la mano y lo saludó. Entonces, ella vio que el hombre le devolvía el

saludo, sonriendo afectuosamente.

—¿Dónde está el centro de la juventud?

—En esa manzana. Aparcar más cerca me hubiera costado un poco.

Brit vio que se trataba solo de una fila más de casas viejas, a pesar de ser un lugar de luz entre tanta tristeza. Un alegre mural de mariposas y soles adornaba una de las grises paredes, mientras unas cuantas flores trataban desesperadamente por crecer. En la puerta, había un cartel pintado a mano. Decía Esperanza.

—Lo han hecho los chicos —le dijo Mitch.

Cuando entraron en el edificio, él empezó a subir las escaleras de dos en dos. Entonces, metió una llave en la puerta y abrió. Brit dudó. Sentía que si cruzaba aquel umbral con él, su vida cambiaría para siempre. Sin embargo, lo hizo de todas formas.

El interior era tan alegre como el exterior. La enorme sala tenía varios sofás y una mesa de billar. Las paredes estaban pintadas de amarillo. Sintió que en esa sala había algo que estuvo a punto de arrebatarse el aliento. Un espíritu. Una energía... Esperanza.

—Este barrio está repleto de niños —dijo Mitch—. Pobrecillos. No tienen ropa de diseño, ni Corvettes, ni mucho de nada. Es la clase de niños sobre los que lees en los periódicos, porque siempre acaban en el lado oscuro de la ley con deprimente regularidad. Drogas, robos, delitos menores... Constantemente se gradúan para hacer cosas más importantes.

Brit notó que, en aquella habitación, Mitch no era tan duro ni tan frío. Había una pasión en él que le tocaba una parte del corazón que siempre se había mantenido virgen.

No, no siempre. Sólo una vez. Cuando los labios de él tocaron los suyos.

—Estos muchachos —prosiguió—, necesitan una cosa más que nada en el mundo. Es algo que les dé esperanza.

Brit contempló aquel espacio casi vacío y sintió el orgullo que albergaban aquellas esperanzas y sueños. Sin embargo, sintió miedo de que se le diera algo tan precioso.

Entonces, comprendió que ella misma deseaba lo mismo que aquellos chicos. Quería algo que le diera esperanza.

Poco a poco, todos empezaron a llegar y empezaron a empujar los muebles contra las paredes. Una vez más, Brit estuvo muy agradecida de que Mitch le hubiera quitado de la cabeza las ideas para un disfraz grandioso. Habría estado tan fuera de lugar como un pez de colores entre carpas.

Los disfraces de los chicos eran tan simples que casi destrozaban el corazón. Una canana barata transformaba a uno de ellos en *Maverick*. Vaqueros y camisetas en muchos de los chicos los convertían en Bruce Willis en varias situaciones. Las chicas, con minifaldas, eran casi todas ellas *Pretty Woman*.

Todas las niñas adoraron su disfraz. Su sombrero empezó a pasar por todas las cabezas.

—¿Habéis oído hablar del Baile del Pollo? —preguntó ella, sintiendo una felicidad que no había experimentado antes, con sus lujosos coches y sus ropas de diseño—. Creedme, os va a encantar.

Entonces, vio que Mitch la estaba mirando, con una ligera sonrisa en los labios y comprendió por qué había elegido a Merlín. Era un mago, un mago estupendo, porque, sin intentarlo, parecía haberle embrujado el corazón.

Capítulo Siete

—No, no, Weldon. Salta hacia delante una vez. Entonces... ¡ay!

Weldon, un muchacho muy hosco con un acné y expediente criminal terrible, miraba a Brit con una expresión de adoración en el rostro. Su duro gesto se había transformado con la risa.

Mitch también se había divertido bastante. Brit, la bella del baile aún vestida con harapos y almohadas, había conseguido que todos se lo pasaran estupendamente. En tres horas, les había enseñado el Baile del Pollo, la Mariposa y la Polka. En aquellos momentos estaba trabajando con el Salto del Conejo. Los chicos presentaban habitualmente una actitud dura frente a los extraños, pero ella les había fundido el corazón inmediatamente. Y el de Mitch también. Además, no había modo de resistirse a su risa contagiosa, a su entusiasmo, a su energía y a su manera de dar órdenes.

—Adelante, saltad, atrás, saltad, pierna derecha, patada, pierna izquierda, patada... ¡Creo que ya lo tenemos! —exclamó, mientras la fila se deshacía en un lío imposible—. Mitch, ¿has sido tú? Te lo he dicho muchas veces...

Mitch se deshizo del lío y se acercó a ella, mirándola el rostro resplandeciente. Entonces, sintió que algo se despertaba dentro de él. Algo enorme. Y el primer ladrillo había caído también del muro que protegía su corazón.

—Creo que necesitamos ver los disfraces y hacer el último baile. Algunos de estos chicos tienen que volver a casa a cierta hora —explicó él.

—¡Muy bien! ¡Yo puedo ser la juez!

—¿Por qué no?

—Has dicho eso para que no te convierta en sapo.

—Claro.

—Bueno —declaró Brit, dándose la vuelta para hablar a los demás—, ahora vamos a elegir a los mejores disfraces.

De algún modo, supo que tenía que elegir a Bobby McGiven, que con los ojos bajos y los hombros caídos, era el mejor Bruce Willis. Amanda Potter era la mejor *Pretty Woman*, cuando estaba más que claro que, en ese terreno, tenía muchas carencias.

Todo el mundo aplaudió entusiasmado. ¿Los premios? Brit entregó sus discos del Baile del Pollo y la Polka. Amanda y Bobby los miraron como si les hubieran dado un tesoro. No porque fueran a escuchar aquella música otra vez, sino porque, seguramente, no habían recibido muchos regalos en su vida.

—El último baile —dijo Mitch.

Los chicos rodearon a Brit rápidamente, suplicándola que eligiera a uno para el último baile. Rápidamente, Mitch la tomó de la mano y, tras mirarla profundamente a los ojos, dijo:

—Lo siento, chicos, pero me ha reservado a mí el último baile.

Realmente era Madame Mim, pero no había utilizando sus encantos para transformarlo en rana. En realidad, le había hecho sentir una deliciosa y cálida sensación que lo hacía vibrar.

La estrechó entre sus brazos, sintiendo que aquellos sentimientos se intensificaban. Sonrió cuando las chicas pusieron de nuevo la canción central de *Titanic*, una canción de gran pasión y ternura que le hizo... anhelar algo.

Aquel anhelo hizo que se apretara con fuerza contra ella, con tanta energía que los globos de agua se explotaron con tanta fuerza que todos los que los rodeaban se vieron salpicados de agua. Los chicos gritaron de alegría.

—No importa —dijo ella, apretándose de nuevo contra él—. ¿Qué es un poco de agua entre tú y yo?

Una hora más tarde, cuando los chicos se hubieron marchado y cerraban la puerta de la salsa, Mitch sintió como si no quisiera dejarla escapar. No estaba listo para hacerlo. No podía.

Ensayó lo que decir mientras iban paseando hasta el coche y después de que lo hubo sacado del aparcamiento.

—Bueno —susurró. Se sentía tan tímido como un muchacho—. ¿Quieres ir a tomar algo?

—No.

—De acuerdo.

Ya estaba. Le había rechazado. Sólo quería irse a casa. Eso le enseñaría a correr riesgos con el corazón. Era hora de volver a construir el muro.

—¡Mitch!

—¿Qué?

—Podrías probar a ofrecerme una alternativa.

—¿Cómo dices?

—No pienso salir a tomar algo vestida como Madame Mim, con mis prótesis goteándome por el pecho.

Mitch se echó a reír, confundido por el alivio que sintió.

—¿Adonde te gustaría ir, Madame Mim?

—¿Conoces alguna playa tranquila en alguna parte? Podríamos sentarnos en la arena, escuchar el mar y mirar las estrellas.

—Está nublado —comentó él, arrepintiéndose enseguida.

Brit volvió a suspirar.

—No era por las estrellas precisamente. Es por el ambiente de la playa por la noche.

Ambiente. Claro que conocía playas con aquel ambiente, especialmente en la que había debajo de su casa. Cambió de dirección en la conversación, tratando de recobrar terreno más firme y seguro para él.

—Los chicos se han divertido mucho.

—Lo sé. Y yo también. ¿Y tú?

—Claro. Esos bailes no tienen habitualmente tanto éxito.

—¿De verdad? ¿Por qué no?

—No hay tema. No hay baile... —susurró, sin saber qué responder. «No estás tú».

—¿Y qué es lo que hacen entonces?

—Los que no tienen parejas, se miran los unos a los otros y los que la tienen, acaban en los sofás, lo que me convierte en una carabina muy gruñona.

—¿Tú? ¿Gruñón?

—No te burles de mí.

—Bueno, los chavales te adoran, seas gruñón o no.

—Tal vez lo de adorar sea una palabra demasiado fuerte —respondió él, mientras entraba en el aparcamiento de una playa poco conocida. Su casa estaba muy cerca, pero no se lo dijo a Brit.

—Lo de adorar no es muy fuerte. Yo estaba allí. Sé lo que vi. Mi pequeña Laurie Rose tiene un caso muy grave de adoración al héroe.

—«Tu» pequeña Laurie Rose. Además, le haces mucho bien. Ha mejorado bastante en las dos semanas que lleva trabajando para ti. Incluso tiene un aspecto completamente diferente.

—Es el maquillaje. Una chica tiene que saber cómo sacarse el mejor partido.

Mitch sabía perfectamente que los progresos que estaba haciendo la joven no tenían nada que ver con el maquillaje, sino con recibir cariño.

—Me gustan mucho todos esos chavales, Mitch, pero...

—¿Pero?

—Ya no quiero hablar más de ellos.

—¿Y de qué quieres hablar?

—De ti.

—¿De mí? —preguntó él. Entonces, sintió que ella le rodeaba con un brazo mientras iban caminando por el sendero que llevaba a la playa.

—Sí. Quiero que me lo cuentes todo sobre ese chico que robaba motos.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo sabes? A las chicas les encantan los chicos malos.

—Bueno, pues no debería ser así.

Al llegar a la playa, se detuvieron sobre una roca. Entonces, Brit empezó a mirar a su casa y respiró profundamente.

—Mitch, ¿no te parece la casa más hermosa que has visto nunca?

Sin esperar que él respondiera, Brittany se quitó los zapatos y se dejó caer sobre la arena. Entonces, golpeó con la mano un sitio que había a su lado.

—Hay sitio para todos —añadió.

Mitch se dejó caer. Cuando la sintió temblar, se dio cuenta de que ella llevaba el vestido mojado. Podría invitarla a su casa. El pensamiento no hacía más que recorrerle el cerebro. El rebelde que llevaba dentro de sí saltaba de anticipación.

Sin embargo, el tipo decente, el que estaba tratando de convertirse en un buen ejemplo para aquellos chavales, el que estaba tratando de olvidar muchos momentos sórdidos, no podía hacerlo. Sabía que llevarla a su casa, a su dormitorio, no sería una buena idea.

Por eso, se quitó la capa de mago y le rodeó los hombros con ella. Debajo llevaba vaqueros. El rebelde de su interior pensó que así podría dejar que ella admirara sus pectorales, por lo que los flexionó, por si acaso.

Entonces, sin saber por qué, empezó a hablarle de su vida anterior, de sus hermanos y de su madre, la borracha de la ciudad.

No podía creer que le estuviera hablando a alguien sobre todo aquello. Ella lo escuchaba todo muy solemnemente, con los ojos puestos en el océano, pero agarrada a su mano, haciéndole sentirse como si pudiera contarle todo.

—Por eso te parezco tan gruñón. Tal vez esa sea la palabra equivocada. Me gusta controlar todo, porque mi mundo en mi niñez era un caos. Sin embargo, sé que tengo una parte salvaje en mi interior, que me aterra dejar salir.

—¿De verdad? ¿Qué crees que podría hacer?

—¿Quién sabe?

—¿Robar un coche, atracar un banco o a una anciana?

—No, pero sé que sería algo salvaje y alocado de lo que me arrepentiría el resto de mi vida.

—Pues yo no lo veo de esa manera, Mitch.

—¿Y cómo lo ves tú?

—El rebelde que hay en ti te ayudó a sobrevivir. Sabía exactamente cómo cubrir tus necesidades cuando ninguna otra persona sabía. Sabía cómo intentar llenar todos esos agujeros que había en ti.

Mitch no respondió. Simplemente siguió mirando el mar, sintiendo a pesar de todo que aquellas palabras eran verdad.

—Y lo sé porque yo tengo lo mismo dentro de mí. Una chica salvaje, que conduce demasiado deprisa y que destroza los coches, que nunca parece divertirse lo suficiente. Durante las últimas semanas he conseguido domarla un poco.

—No he visto eso esta noche.

—Tal vez sea que, porque me adoptaron, yo nunca vi satisfecha esa necesidad. Ni me sentí amada o aceptada. Siempre sentí un extraño deseo en mi interior de demostrar cosas. ¿Crees que desear ser el centro de atención todo el tiempo tiene algo que ver con ser lo suficientemente buena?

—¿Es así cómo te sentías? ¿Como si no fueras lo suficientemente buena?

Un eco del muchacho que solía ser. Pobre, inculto, preguntándose porque Jordan y Helen lo querían tanto cuando él estaba tan seguro de ir a defraudarlos.

—No me interpretes mal —dijo ella, suavemente—, mi madre y mi padre hicieron todo lo que pudieron, pero no eran realmente personas a las que les gustaran los niños. Algunas veces, me pregunté si me adoptaron porque estaba de moda. Tener

una niña muy mona a la que poner trajecitos de diseño que hicieran juego con los de mamá. Ya sabes, Mitch, querían quererme, pero nada de lo que había en su mundo les enseñaba cómo... ¡Dios mío! ¡Tengo que terminar con esto! —exclamó, de repente—. ¡Pero qué estoy haciendo! Estoy vaciando mi alma. Te estoy contando cosas que nunca le he contado a nadie. Son los rayos de la luna, la magia... pero debo parar.

—No lo hagas...

—Mitch, nunca he dejado de desear...

—Lo sé.

—¿De verdad?

—Sí.

—El amor de mi propia madre. Es algo que me ha perseguido a lo largo de tantos años. Ese anhelo. Se mete en mi interior y llora. Encontrar a mis hermanas ha llenado parte de ese anhelo.

—Comprendo exactamente lo que estás diciendo.

—Por eso, necesito escuchar a mi lado responsable un poco más a menudo. Y Mitch, tú necesitas escuchar a tu lado salvaje de vez en cuando. Te ayudó a sobrevivir antes. Probablemente sabe lo que necesitas ahora.

—Lo dudo.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres en estos momentos, en estos segundos...?

—Nadar desnudo contigo en el océano...

—Oh. En cierto modo, sabía que me iba a encantar tu parte rebelde.

«Echa el freno», se ordenó. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Estaba en el paraíso. Brit se iba quitando su disfraz de Madame Mim poco a poco. Luego, echó a correr hasta que se convirtió solo en un punto blanco que desapareció en la oscuridad.

¿Es que no sentía vergüenza de nada? ¿No sabía lo que estaba bien o mal, de lo que era apropiado?

Como si él no tuviera lo suficiente para ambos. Oyó que ella se metía en el agua y asomó su rostro entre las olas del mar.

—Mitch... Está estupenda. Ven. Es solo un bañito... No es que estés cometiendo un delito o algo por el estilo.

No necesitó más palabras para animarse. Fue un momento de espontaneidad. Se quitó los vaqueros y salió corriendo sobre la arena y se zambulló limpiamente en el agua. Salió muy cerca de ella. Brit le salpicó en los ojos. Para cuando se hubo retirado el agua, ella ya se había marchado. Lo primero que vio fue que era una buena nadadora. Lo segundo que no veía nada.

Brit se dirigió a una pequeña isla de rocas que había frente a la costa. Mitch la siguió, dejando que ella lo guiara en una persecución alocada alrededor de la isla.

Como debía haberse imaginado, nada de lo que planeaba con Brit era como él pensaba. Había creído que aquella experiencia sería erótica y, ni siquiera la veía. Cada vez que se acercaba, ella se metía en el agua y salía riendo donde él menos lo esperaba.

Entonces, de repente, dejó de jugar, agotada. Por fin, él logró vislumbrar sus cremosos hombros por encima del agua. Pudo mirarla a los ojos, a pesar de que el resto del cuerpo estaba envuelto por las oscuras aguas del mar.

—¿Está tu lado rebelde feliz, Mitch?

—Extático.

—Tu rebelde no sabría utilizar palabras como esa. Tal vez eres tú.

Entonces, un ligero rayo de luna se reflejó en sus labios, que se mostraron jugosos e incitantes. Mitch se acercó un poco más y los tocó con los suyos.

Aquella boca sabía a sal y a promesas. Deslizó las manos por su cuerpo hasta la cintura. La piel tenía un tacto increíble. Húmeda y resbaladiza. Delicada y suave, más suave que nada de lo que había tocado nunca.

Al mirarla de nuevo a los ojos, se dio cuenta de que ella tenía un gesto tan mundano, tan seguro de sí mismo. De hecho, parecía estar algo asustada, como si se hubiera excedido y no quisiera admitirlo.

Con gran esfuerzo, Mitch apartó las manos de ella y le salpicó un poco de agua con la mano. Una vez más, Brit se echó a reír, llena de picardía y juegos. Sin embargo, en aquel momento, él vio algo que se movía en la playa.

—¿Qué pasa? —susurró ella.

—Shh —musitó él, señalando hacia la playa.

—¿Quién es?

—Es la policía.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella. Cuando el poderoso rayo de luz se acercó a ella, se metió bajo el agua.

—Señor —dijo la voz de un hombre a través de un megáfono—, esta playa está cerrada al público después de las diez de la noche.

Mitch oyó que ella volvía a salir a la superficie detrás de él. Trató de no pensar en lo cerca que tenía sus pechos desnudos de la espalda.

—Yo no he usado la playa. Estoy nadando desde mi casa.

La luz le enfocó plenamente la cara.

—¿Señor Hamilton?

—Sí.

La luz se apagó rápidamente.

—Lo siento, señor. Encontramos este montón de ropa aquí. ¿No hay nadie más allá, señor?

—No.

Brit se echó a reír a sus espaldas al oír que las voces de la policía se decían cosas en voz baja. Seguramente sabían que no estaba sólo.

—Aquí hay unas ropas muy raras —dijeron las voces—. Casi parece que alguien ha bajado aquí para hacer un poco de magia negra. Nos las llevaremos y las pondremos en la basura.

Brittany ya no podía contener la risa, mientras que Mitch estaba temblando de

frío. Cuando la policía desapareció, nadó rápidamente en dirección a su embarcadero, con ella detrás.

—¿Por qué no me dijiste que ésa era tu casa? —preguntó ella, ya también tiritando.

¿Por qué? En cierto modo no quería que ella intensificara su campaña para encontrar marido sólo porque le gustara su casa. ¿Significaba eso que quería que la intensificara porque le gustaba él?

—Vamos —dijo él, sin responder—. Iremos corriendo hacia mi casa. Tengo una llave de repuesto escondida.

—No pienso correr desnuda delante de ti. ¿Estás loco?

—Es un poco tarde para la señorita Modestia, ¿no te parece?

—Bañarse desnudos es una cosa. Correr sin ropa es otra muy distinta.

—La policía se ha deshecho de nuestra ropa, Madame Mim. Hace unos momentos, parece que eso te hacía gracia.

—Eran los nervios.

—¿Tienes alguna sugerencia?

—Sí. Ve tú corriendo a tu casa y ven con una sábana o algo en lo que yo me pueda envolver.

—Ya sabes que te dije que lamentaría haber sacado mi lado rebelde.

—Mitch, no digas eso. Ésta es la clase de historia que un día les contaremos a nuestros nietos.

—Eso es, dando por sentado que tú y yo tengamos hijos juntos, ¿no te parece?

—Ya veo que el abogado ha vuelto con todo su apogeo. Creo que prefiero al rebelde.

—Ya me lo imaginaba —dijo. Entonces, se subió al muelle y empezó a correr hacia la casa. A su lado rebelde le encantó. Su abogado sintió que había vivido otros momentos mucho más dignos.

Brittany pensó que se merecería que la dejara allí. Debería estar pensando sólo en el frío y, en vez de eso, no podía quitarse de la cabeza que Mitch Hamilton estaba muy bien sin ropa.

¿Qué era lo que le pasaba con aquel hombre? Aquella noche no podía echarle la culpa al Champán. Los bailes, la alegría, el modo en que la había sacado de su círculo de admiradores con cierta posesión masculina le habían hecho perder la cabeza. Ni siquiera aquel baño en el agua fría había logrado calmar la fiebre que crecía dentro de ella.

Casi se había muerto de placer cuando él le había preguntado si quería hacer algo más. Se sentía indefensa frente a él y, al mismo tiempo, tenía la sensación de que el mundo entero les pertenecía. Sin embargo, debía reconocer que el baño a la luz de la luna no había sido una buena idea.

Demasiado erótico, habían estado demasiado cerca de cruzar varias líneas que, una vez franqueadas, no se puede dar marcha atrás.

Además, por todo aquello, Mitch iba a pensar que ella era también una chica salvaje, que hacía aquel tipo de cosas todo el tiempo. De hecho, nunca había estado cerca de un hombre desnudo antes.

Se había sentido algo aliviada cuando la policía había aparecido. No se sentía preparada para lo que iba a pasar a continuación. Se le ocurrió que no había considerado nunca lo que significaba casarse con un extraño para quedarse con la panadería.

De algún modo, entre tanta maquinación, se había olvidado de la intimidad o le había dado menos importancia de la que tenía. Después de sentir la suavidad de la seda del cuerpo de Mitch, había destruido lo que hubiera podido sentir por otra persona.

De repente, se sentía cansada, confusa, incluso un poco asustada.

Mitch bajó las escaleras con una manta. Se había puesto un par de pantalones cortos, pero su piel estaba todavía perlada por el agua del mar y el cabello húmedo.

Desde detrás del arbusto tras el que se había escondido, ella lo observó. Mitch era magnífico. Cada músculo estaba exactamente donde debía estar. No había un gramo de grasa, su duro y hermoso cuerpo brillaba a la luz de la luna, que había salido de repente desde detrás de una nube.

—¿Dónde estás?

—Cierra los ojos.

—No seas ridícu...

—Cierra los ojos o no me muevo de aquí.

Con un suspiro de impaciencia, Mitch acabó cerrando los ojos. Ella salió rápidamente desde detrás del arbusto y se envolvió con la manta.

—Venga —dijo él—. Prepararé un poco de cacao caliente.

Le encantaba sentir los brazos de Mitch rodeándola, sujetándole la manta y sujetándola a ella. Le encantaba el sonido de su voz, tan suave.

Deseaba ver su casa. Se la imaginaba tan ordenada como su despacho. Muebles de piel, cromo y cristal, marcos de fotos... ¿De quién?

Ansiaba saber más de él, conocer su vida, sentir que nunca se podría hartar de conocer cosas de él. Entonces, se dio cuenta de repente que había cometido la mayor estupidez que podría haber cometido. Se había enamorado de Mitch Hamilton.

Se envolvió un poco más en la manta y se dio cuenta de que no podía entrar en la casa con él. No después de descubrir aquello. ¿Cómo iba a poder contenerse de suplicarle que la amara?

—Quiero que me lleves a mi casa —dijo, con tranquila resolución.

—Al menos, déjame que te preste algo de ropa.

—Estaré bien con la manta. ¿Podemos llegar a tu coche desde aquí?

—Brittany, ¿qué es lo que he hecho?

—Nada, Mitch —susurró ella, suavemente, recordando aquella maravillosa tarde.

En realidad, era cierto. No había hecho nada. Ni siquiera había tenido la decencia

de enamorarse de él cuando ella había estado tan ocupada cayendo rendida por él.

Caminaron en silencio. Al llegar al coche, él le abrió la puerta. A los pocos minutos, ella ya estaba subiendo los escalones de su apartamento.

—De verdad que me he divertido mucho esta noche, Brit.

—Me alegro.

—Gracias por haber hecho que fuera una velada tan especial para los chavales.

—También ha sido una velada muy especial para mí —dijo ella, encogiéndose de hombros.

Por supuesto, él nunca sabría la parte más especial. Aquella noche, temblando bajo una manta, entre sus brazos, había reconocido que se había enamorado. Por primera vez en su vida.

—¿Quieres volver a repetirlo alguna vez?

¿El qué? ¿Lo de nadar desnudos o lo de enseñar a treinta adolescentes el Baile del Pollo? ¿Enamorarse?

—No sé. Lo pensaré.

Aquello era lo más cerca que podía ir del no que se había ordenado decir. Al entrar en la casa, se tropezó con la manta. Ni siquiera pudo decir adiós con estilo.

Capítulo Ocho

Mitch dobló los brazos y se los colocó detrás de la cabeza. Entonces, miró al techo de su dormitorio. La madera hacía una superficie abovedada allí. Cuando la miraba durante el tiempo suficiente, los nudos de la madera parecían dibujar caras, que le habían acompañado durante los cuatro años que llevaba viviendo allí y que conocía muy bien.

Sin poder evitarlo, volvió a la superficie aterciopelada del mar que había compartido con ella. Quería saborear la sal de su piel hasta que las olas que les rodeaban dieran paso a un fuego que ninguno de los dos podía apagar. Había querido llevarla hasta su cama, colocarla, húmeda y temblorosa, sobre el colchón...

Gruñó una vez más y miró al despertador. Las tres de la mañana. Menos mal que era domingo y no tenía que ir a trabajar, aunque nada le hubiera hecho dormir aquella noche.

Impaciente consigo mismo, se levantó y salió de nuevo al muelle. El aire era fresco. A sus pies, el mar estaba en calma. Sabía que no iba a poder volver a mirarlo sin verla nadando allí, sin sentir el deseo de las cosas que podría haber dicho y hecho para evitar que se marchara para no tener que preguntarse qué era lo que había hecho mal.

Había habido veces en las que se había portado muy mal con ella. Sin embargo, aquella noche había sido la más agradable que habían compartido juntos y había sido precisamente en la que ella había salido corriendo como alma que lleva el diablo.

De repente, Mitch deseó tener un perro. Anhelaba tener compañía, una excusa para salir a pasear a aquellas horas de la mañana.

Tras exhalar un suspiro, volvió a su dormitorio y volvió a mirar el reloj. Miró tristemente a la cama deshecha y se rindió. Se puso un par de vaqueros viejos y una sudadera. Por costumbre, se metió el móvil en el bolsillo. Tal vez al día siguiente se compraría un perro. Tal vez un animal conseguiría llenar todos los agujeros que había en su vida.

Salió y empezó a caminar, sabiendo que tendría que andar hasta que estuviera demasiado cansado como para poder pensar. Siguió la línea del mar, paseando por la playa, saltando rocas. La costa le llevó a la calle principal de Miracle Harbor. La ciudad dormía. Siguió andando, hasta que llegó al centro de la ciudad. Sin saber por qué, cruzó la calle y fue mirando los escaparates a su paso.

Entonces, se detuvo en seco. Aquel anillo parecía haberle hecho una señal. Un rayo de luna se había reflejado en él, haciendo que el diamante despidiera fuego azul. Hielo y Fuego. Él y ella.

Contempló el anillo, absorto. No solían gustarle mucho las joyas. De hecho, él mismo no llevaba nada aparte del reloj que Helen y Jordan le habían regalado al terminar sus estudios. Sólo había comprado un anillo en toda su vida. Un monstruoso conjunto de diamantes que Monica había escogido y que le había costado el sueldo de

medio año. Le había dicho a Monica que se lo quedara cuando el compromiso hubo terminado.

Aquel anillo no era como el de Monica.

Era pura simplicidad, pero, en esa misma sencillez había una belleza que envolvía al fuego que llevaba dentro.

Era delicado, un fino aro de oro, un solitario que parpadeaba y bailaba con una llama azul que le recordaba a los ojos de Brittany. Sin poder evitarlo, se imaginó aquella joya en el dedo de ella y sintió un fuerte deseo de comprárselo y regalárselo.

El rebelde se había vuelto a hacer cargo de las riendas de su vida, como si no hubiera hecho suficiente daño en las últimas horas. Además, sentía tal mezcla de sentimientos en una mente acostumbrada al orden y a la claridad que estaba furioso. Se obligó a dejar atrás la joyería y acabó delante de la tienda de mascotas. Había unos cachorros en el escaparate, durmiendo. Eran marrones y negros, con enormes patas. Parecían pastores. El mejor perro para un hombre.

Escogió uno, el que dormía en lo más alto del montón, acurrucado entre un nido de hermanos y hermanas. Dio un golpecito en la ventana y el cachorrito se despertó lo miró, muy somnoliento, bostezó y meneó la cola. No había ninguna duda. Aquel perro sería un excelente compañero para él.

Aquella elección se llevó a cabo sin ninguna mezcla de sentimientos. El lunes, iría a comprarlo. Se olvidaría del anillo y se olvidaría de nadar en la oscuridad, de los ojos azules y de los cabellos rubios, mojados alrededor de un pálido rostro. Y, en especial, se olvidaría de comprarle a Brit aquel anillo.

Iba de camino a casa, por fin preparado para dormir, cuando su teléfono móvil empezó a sonar. Aquello sólo podía significar una cosa. Uno de los chavales tenía problemas.

—¿Laurie Rose? —preguntó, tratando de controlar su voz—. Tienes que hablar más despacio, cariño. Deja de llorar, respira profundamente... Venga, ahora cuéntamelo todo.

Escuchó. El cansancio que sentía le hizo ver una enorme dificultad que ya no se veía capaz de llevar sólo.

—Estaré allí enseguida. ¿Que sientes haberme despertado? No estaba durmiendo y, además, estoy más cerca de lo que crees.

Colgó el teléfono, respiró profundamente, miró hacia el cielo y se dirigió hacia la comisaría.

Brit golpeó la almohada, furiosa. ¿Por qué no se podían llevar las almohadas en periodo de prueba antes de comprarlas? Aquella estaba llena de bultos y no podía conciliar el sueño. El lunes iría a comprarse una nueva. Sólo era la almohada lo que le impedía dormir... No el secreto, que le aferraba a las entrañas como un niño y que le recordaba que estaba enamorada de Mitch.

Y, por supuesto, no los recuerdos de lo cerca que habían estado de cruzar la línea, de ceder ante la seducción de la piel desnuda y el agua, algo que habrían hecho si ella se hubiera atrevido.

Con aquel pensamiento, pareció quedarse algo dormida, pero fue solo durante unos minutos. El teléfono empezó a sonar, despertándola con un sobresalto. ¿A las siete y media del domingo por la mañana? ¿Quién podría ser?

—¿Sí?

—¿Brit?

Era Mitch. A pesar de que se alegraba de escuchar su voz, el tono de la misma le indicaba que había pasado algo.

Tal vez no quería volver a verla. Su comportamiento de la noche anterior no había sido lo que un abogado buscaba en una mujer...

—Siento haberte despertado. Se me había olvidado lo temprano que es.

—¿Qué ocurre?

—Laurie me ha pedido que te llame. Dice que la esperabas hoy en la panadería.

—Sí, iba a hacer unas horas extra pintando las paredes. ¿Dónde está ella? ¿Es que ha pasado algo?

—La han arrestado esta madrugada. En un vehículo robado.

—¡Dios santo! ¿Dónde está?

—En estos momentos está en una de las celdas. Probablemente la trasladarán por la tarde.

Brittany casi podía oír la tristeza que había en su voz. Era un dolor casi físico. Mitch la necesitaba y ella lo sabía.

—Mitch, ¿quieres que vaya? ¿Necesitas...? ¿Necesitas alguien con quien hablar?

Silencio. Sin embargo, ella adivinó la batalla que se estaba produciendo en su interior, alta y clara.

—Sí.

Brit puso la cafetera y se vistió rápidamente. Ni siquiera pensó en el pelo. Se sentía muy triste por Laurie Rose y por Mitch.

Cuando él llegó a su casa, lo primero que vio fue lo agotado que estaba. Parecía el guerrero que volvía a casa tras la batalla. Brit ansiaba ser la mujer del guerrero, besarle las manos, llevárselas a sus propias mejillas. Deseaba frotarle la frente y tocarle los párpados, dejar que sus labios le devolvieran parte de su fuerza.

—¿Quieres un café?

—No, sólo... —respondió él, pasándose una mano por la cara.

—Entra.

Mitch la siguió y se tumbó en el sofá. Inmediatamente, cerró los ojos.

—Lo siento. No he dormido.

—¿Desde que te dejé anoche?

Él asintió. Brit se sentó a su lado. Al principio dudó, pero luego, guió el peso de la cabeza hasta su hombro.

—Cuéntame lo que puedas —dijo suavemente—. Sé que no es todo, porque sé que lo que te ha dicho es información protegida.

—No. Me pidió que te lo contara todo. Me dijo que tú estarías preocupada por ella. Después del baile, Laurie Rose se encontró con un muchacho al que adora desde que puede recordar. Él le pidió que fuera a dar un paseo en coche con él, un Mustang renovado. Por supuesto ella, encantada con la atención que recibe del muchacho, acepta. Él nunca se había fijado antes en ella.

—Nunca debería haberle dado esa nueva imagen. ¡Así habría seguido sin fijarse en ella!

—Cuando él le ofreció una cerveza, ella no quiso parecer una mojjigata, así que la aceptó. También evitó decirle al chico que el tribunal le obligaba a estar en casa a una hora determinada. Sin embargo, él tampoco le dijo algunas cosas, como que el coche era robado.

—¡Dios mío!

—Ni que estaba en libertad condicional por otro delito.

—¿Qué diablos ve en un chico como ése?

—Tú misma lo dijiste. Las chicas adoran a los chicos malos.

—Hubiera debido darle más consejos aparte de los de maquillaje. ¿En qué estaba yo pensando?

—No es culpa tuya. Yo también lo siento. Una gran sensación de haberle fallado, de no haber hecho lo suficiente.

—¿En qué situación está ella?

—Ha violado su libertad condicional por lo de no estar a su hora en casa. Eso incluso antes de empezar a hablar de lo de la cerveza, de lo del chico y el vehículo robado. La tendrán en un reformatorio hasta la fecha de su juicio.

—¿Qué puedes hacer?

—No tanto como lo que tú esperas y lo que yo desearía. Aunque no supiera que el coche era robado...

—¡Claro que no lo sabía!

—...lo demás no tiene muy buen aspecto. No es como si fuera el primer delito que comete.

—¿Y no puede ir a su casa hasta la fecha del juicio?

—Si viniera de una buena casa, de una familia que acceda a hacerse responsable de ella, tal vez. Pero ése no es su caso.

—¿Cómo es ese reformatorio? —preguntó ella, con voz temblorosa.

—Seguramente mucho más agradable que su casa —respondió él, tras besarle el pelo.

—Oh, Mitch...

—Lo sé... lo sé —susurró él, apoyando la cabeza en el hombro de Brit. Dentro de un minuto estaría dormido.

Se preguntó lo que significaba que hubiera acudido a ella cuando más pesar tenía

en el corazón. Y estaba segura de saber la respuesta. Era hora de volver a preguntarle a Mitch si quería casarse con ella. Sabía que él la necesitaba a ella, lo mismo que Laurie Rose. Nunca nadie la había necesitado antes y no pensaba defraudarles a ninguno de los dos. Se deslizó por debajo del peso de él y le colocó la cabeza suavemente sobre el sofá. Luego, lo cubrió con una manta.

Miró su hermoso rostro, relajado por el sueño y se preguntó si era posible amar a alguien tanto que el corazón pudiera romperse por ello.

Cuando Mitch se despertó, horas más tarde, parecía desorientado y distante, nada que ver con el hombre que había sido varias horas antes. A este último le hubiera sido muy fácil hacerle la pregunta, pero al primero era una historia completamente diferente.

Por suerte, Brit tenía que probarse un traje en casa de Abby. Ponerse de nuevo aquel increíble vestido de novia sólo sirvió para darle más fuerza a sus sentimientos. Necesitaba casarse y tenía que hacerlo enseguida.

Tras quitarse el vestido, Brit se sentó con su hermana en el sofá.

—Deberías tener licencia para tener todos esos alfileres. Eres peligrosa con ellos.

—¿Qué es lo que te pasa?

Nadie, excepto Mitch, había sido capaz de saber cuándo le pasaba algo como su hermana.

La casa de Abby estaba muy tranquila. Belle estaba durmiendo y Shane trabajando, así que le contó todos los sentimientos que albergaba su corazón, lo de Laurie Rose, pero, a pesar de todo, no pudo contarle a su hermana su más íntimo secreto: su amor por Mitch.

—Pobre niña —dijo Abby—. Brit, no llores. No creo que haya nada que puedas hacer. Mitch probablemente está haciendo todo lo que puede en una situación especialmente difícil.

—Mitch no tiene mucha imaginación —respondió Brit—. Nunca pensaría en una solución que no entrara dentro de su marco de referencia. Estoy segura de que la verdadera solución nunca se le ocurriría solo. Nunca.

—¿La verdadera solución?

—Abby, ¿qué prepararías para la cena más especial de tu vida, si realmente trataras de impresionar a alguien?

—¿Tiene eso algo que ver con esa chica y con Mitch?

—Oh, no.

Resultaba demasiado vergonzoso tener que admitir delante de su hermana que estaba cayendo en el *adagio* más antiguo de todos, dado que le habían fallado esfuerzos más modernos. ¿Cómo se ganaba a un hombre a través del estómago? Tenía que intentarlo.

—¿Es esto sólo teoría? —preguntó Abby, esperanzada.

—Claro.

—Porque algunas cosas no son para principiantes en la cocina.

—¡Basta ya! Dime lo que cocinarías.

—Langosta, patatas rellenas de setas, espárragos frescos, pan recién hecho y ensalada. Y para postre...

—No importa el postre. Tengo suficiente pastel de moka en el congelador para no tener que volver a preocuparme de los postres.

—Yo pensaba que todo esto era teórico...

—Claro que lo es, Abby.

—Porque hay algunas cosas que podría ser mejor no probar si no se tiene experiencia.

—¿Como la pintura?

—Bueno...

—Abby, no importa. No puedes reformarme. Necesito hacer las cosas a mi manera.

—¿Por qué?

—Hermana, no tengo ni idea.

Aquello era exactamente lo que había estado pensando dos noches después, cuando estaba mirando a las langostas que tenía en el fregadero. Se le ocurrió que, a pesar del hecho de que no eran unos animales adorables, tal vez le costaría de todos modos echarlas al agua hirviendo.

Mientras tanto, la cocina de Brittany parecía el lugar en el que había caído una bomba y olía peor aún. Había harina por todas partes, mezclada con puré de patatas. Las barras de pan parecían uñas de los pies que tienen hongos, gruesas y curvadas, y demasiado marrones. Las patatas rellenas de setas habían tenido que pasar sin las setas porque se le habían pegado al cazo, por eso olía tan mal.

En aquel momento, estaba tratando de convencer a las pieles de patatas que se separaran del fruto para así poder hacer puré, pero los tubérculos no parecían estar dispuestos. Las patatas no se habían cocinado lo suficiente.

En aquel momento, sonó el timbre. No se había peinado ni estaba vestida.

—Un momento.

¿Por qué no podía Mitch Hamilton comportarse de acuerdo con el plan, aunque sólo fuera por una vez?

Con un suspiro, fue a abrir la puerta del apartamento. Se quedó boquiabierta. Le había llevado flores. Aquello le daba la esperanza de que aquel plan no era tan descabellado como habría creído.

—¿Harina? —preguntó él, extendiendo una mano.

—Podría ser patata.

—¿Es que estás cocinando algo?

—Te he invitado a cenar. No tienes por qué sonar sorprendido.

—Es que no pareces esa clase de chica.

Aquello era mala señal, dado que aquel era el tipo de chica con el que los hombres se casaban. Como su hermana.

—¿Y qué tipo de chica parezco yo?

—Del tipo de las *páginas amarillas*. Que cuando invitan a un hombre a cenar, las consultan a ver quién le puede llevar la cena.

A pesar de todo, ella notó la tensión que se le reflejaba ligeramente en las comisuras de la boca.

—¿Es Laurie Rose?

—Estoy trabajando en su caso.

—Las pondré en agua —dijo Brittany, tomándole las flores de la mano—. ¿Te apetece una copa de vino o algo?

—Una soda está bien, si la tienes —respondió él, acompañándola a la cocina—. ¡Vaya! ¿Haces esto a menudo?

Brit lo miró fijamente. Entonces, le tiró las *Páginas Amarillas* mientras ella colocaba las flores.

—Tú eliges. Una *pizza* o comida china.

—¿Es que no vamos a comer... esto? —preguntó él, mirando el pan.

—No si valoramos nuestras vidas.

Ella dio un grito al abrir el grifo del fregadero, lo que hizo que las langostas se asomaran. Sin embargo, no soltó las flores.

—¿Qué diablos...?

—Son langostas. Iban a servirnos de cena, pero no puedo...

—¿Que no puedes qué?

—Asesinarlas.

—¿Langosta? ¿Y qué celebramos?

—Nada —replicó ella, rápidamente—. Sólo quería probar a cocinar un poco. He hecho muchas otras cosas que nunca creí que podría hacer. Para serte sincera, creía que sería mucho más fácil. Pensaba que con sólo leer la receta valía.

—Bueno, pues me siento honrado de que me hayas elegido para experimentar.

—¿De verdad?

Mitch asintió. Ella pensó que parecía tener esperanzas. Tal vez también se sentiría honrado de que hubiera decidido casarse con ella.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que cueza las langostas?

—No creo. Ya les he puesto hasta nombres. Se llaman *Billy* y *Buddy*.

—Creo que eso ha podido ser un error.

—El libro de cocina dice que hay que echarlas en agua hirviendo, vivas, y de cabeza.

—Si me dejas sitio, lo haré yo mismo.

—¿Sabes por qué hay que echarlas primero de cabeza?

—No.

—Para que no tengas que oír las gritar —musitó ella, temblando.

—No creo que esta noche vayamos a comer langostas.

—Gracias a Dios.

—¿Puedo preguntarte lo que vamos a hacer con ellas? Es decir, Brittany, no creo que te las quieras quedar de mascotas. Se puede decir que te impiden utilizar el fregadero.

—Creo que podríamos dejarlas libres. Llevarlas al mar después de cenar y tirarlas allí de nuevo.

—*Liberad a Willy* —comentó él, echándose a reír. En aquel momento, ella supo que todo iba a salir bien.

—¿Quieres llamar? Voy a cambiarme y a quitarme la harina de la cara.

—No lo hagas por mí. Me gustas así.

—¿De verdad? —preguntó ella, mirándose de arriba abajo.

—Sí.

—Voy a cambiarme de todos modos.

Cuando regresó, la *pizza* ya había llegado. Se sentó, con un precioso traje de Carmen Marco Valvo negro, con el pelo todo en su sitio a pesar de que estaban comiendo con las manos sentados en el sofá.

Estaba tan nerviosa que casi no podía pensar.

—Oh, no, se me olvidó sacar el postre del congelador.

—No te preocupes. No me gustan demasiado los postres.

—Eso es una cosa terrible que decirle a la dueña de una pastelería.

—Brit, ¿por qué no te quitas ese peso de encima?

—¿Cómo?

—Algo te ha estado corroyendo por dentro desde el momento en que entré por la puerta. No eres tú misma. Estás muy comedida. ¿Qué es lo que pasa?

—Bueno... Lo he pensado mucho, Mitch...

—De acuerdo...

—Laurie Rose necesita una casa estable. ¿No es eso lo que tú dijiste? ¿Que tal vez la dejaran salir si tuviera un hogar estable al que ir?

Mitch asintió. ¿Acababa de ver en Brit una cierta cautela en sus ojos?

—No creo que a mí me consideraran una candidata estupenda —prosiguió ella—. Es decir, soy mujer soltera, que vive en un apartamento de un dormitorio encima de una panadería...

—¿Entonces?

—Te necesito. Si te casaras conmigo...

Brittany lo miró al rostro y supo enseguida que había perdido. Él dejó su *pizza* encima de la mesa y la miró.

—No.

Parecía furioso, pero las palabras eran medidas, frías y tranquilas.

—Verás, Brittany. Durante toda mi vida, la gente me ha necesitado. Mi madre, mis hermanos y mi hermana, incluso, hasta cierto punto, Jordan y Helen.

Ella lo miró fijamente, tratando de contener las lágrimas.

—Supongo que, en algún lugar dentro de mí, tengo la estúpida noción, tal vez pasada de moda, de que, algún día, me voy casar con una mujer por la sencilla razón de que ella me ama. Y porque yo la amo a ella. ¿Es eso demasiado pedir?

Ella negó con la cabeza, sin palabras. Las lágrimas le quemaban los ojos, pero luchó por mantener un poco de dignidad y no llorar, para no echarse a sus pies y decírselo todo.

La ironía era que si le hubiera dicho simplemente lo que tenía en su corazón, la simple verdad, tal vez él no se estaría marchando en aquellos momentos. No miró atrás. La puerta se cerró con un sonido seco. Entonces, Brit se lanzó sobre el sofá y se puso a llorar.

Capítulo Nueve

Mitch se dio cuenta de que iba conduciendo demasiado deprisa, por lo que levantó el pie del acelerador y se paró en el arcén de la carretera. Entonces, salió del coche y se subió a una roca cercana. El océano se estrellaba contra las rocas, a sus pies.

Se sacó la caja de terciopelo del bolsillo. Sentía que le había estado quemando toda la noche. Al final, había comprado el anillo en vez del perro. Aquel había sido un error muy estúpido.

Su lado rebelde trató de calmarlo, aunque tuvo el descaro de preguntarle que por qué no había dicho que sí. La otra mañana cuando le había llevado al sofá y le había apoyado la cabeza sobre su hombro, había sentido lo que era lo correcto.

Sabía exactamente que él era el hombre que a ella le convenía y que Brit era la mujer para él. Para el resto de sus vidas.

Sentía que se estaba rindiendo a la atracción que había sentido por ella desde el primer momento, cuando la vio por primera vez en el despacho de su padre, varios meses atrás.

Le había comprado el anillo. Ella lo había llamado y Mitch había pensado pedírselo. Sin embargo, Brittany le había ganado por la mano, aunque menos mal. No quería casarse con nadie porque lo necesitara, sino porque lo amara. Lo único que quería era mantener la panadería y ayudar a Laurie Rose.

Si se casaba con aquella mujer, quería hacerlo porque ella estuviera loca por él, porque lo deseara, porque estuviera desesperada por él. Quería que Brittany se casara con él para poder hablar durante largas horas, de sus sentimientos, de sus deseos y de sus esperanzas. Quería que ella se casara con él para que se pudieran reír juntos. Había estado a punto de pedírselo aquella noche. Unas palabras sencillas. Las palabras que, en aquel momento, menos deseaba asociar con Brittany.

Se preparó para tirar el anillo al mar. Sin embargo, su lado rebelde le dijo, con voz algo conservadora, que no lo hiciera. Todavía no.

Mitch volvió a meterse el anillo en el bolsillo, aunque de mala gana. Entonces, se giró y se alejó del acantilado.

Brit se preguntó, por millonésima vez, por qué no le había dicho la verdad. Cuando le había dicho que lo único que deseaba era que una mujer lo amara, ¿por qué no le había dicho que aquella mujer era ella?

Se dio cuenta, con repentina y sorprendente claridad que era una actriz. Toda su vida había sido guardando las apariencias. La chica extrovertida, la que sabía escoger el vestido adecuado para cada ocasión y con la que se podía contar para pasar un buen rato de alegría y diversión.

No era que todo fuera completamente falso, sino que, simplemente, tampoco era

completamente cierto.

En cierto modo, aquella mujer divertida y sin problemas ansiaba desesperadamente a su madre, sentirse amada. Tenía miedo de su propia sensibilidad, tanto miedo que no permitía que nadie lo viera nunca.

Tal vez aquella había sido la razón principal de que no le hubiera dicho a Mitch que lo amaba, porque aquello requería dejar la seguridad de su mundo, del papel que tan cómodo se sentía representando. Amar a Mitch requeriría convertirse en la persona más sincera del mundo y ella no estaba segura de querer ser tan vulnerable. No era de extrañar que la gente se casara por conveniencia.

Aquello le recordó una agenda que guardaba en un cajón. Sí, allí estaba, bajo la letra F.

Farley Houser, el hombre que no había requerido de ella más que fuera un rostro hermoso y una encantadora sonrisa. Un hombre que sabía la diferencia entre Dior e Yves Saint Laurent. Un hombre que nunca se burlaría de Escarlata O'Hara en favor de Madame Mim.

Con temblorosos dedos, marcó el número.

—Farley —dijo, cuando él respondió—. Te habla tu futura esposa.

Su tono de voz era ligero y alegre. Sólo una persona hubiera podido escuchar el caos que reinaba en su interior. Y esa era precisamente la persona que le había roto el corazón.

Tres días después, llamó a la puerta de Abby. Hubiera hecho cualquier cosa para no tener que probarse aquel vestido otra vez, pero, ¿cómo iba a negarse? ¿Cómo podría decir que aquel vestido le hacía sentir, los sentimientos que menos deseaba tener en aquellos instantes sin tener que responder a todo tipo de preguntas?

—Adivina qué, hermana —dijo, cuando Abby le abrió la puerta.

—¿Qué?

Brit levantó la mano. Un enorme anillo de diamantes lucía en el dedo anular de la mano izquierda.

—En cierto modo, no me imagino a Mitch comprándote un anillo como ése —observó Abby.

—¿Mitch? Yo no me casaría con ese amargado ni aunque fuera el último hombre sobre la tierra.

—¡Oh, Brit!

—¿Es que no vas a preguntarme con quién me caso? ¿No te alegras por mí?

—¿Quién? —preguntó Abby, de mala gana.

—Farley Houser.

—¿Con quién?

—Estuvo en tu boda. Un hombre maduro, muy distinguido. Es socio en Hamilton, Sweet y Hamilton. Ya te he hablado de él antes.

—No te referirás a ese viejo, ¿verdad?

—¡No es viejo! Además, es encantador, sofisticado y divertido. Por no decir muy rico.

—Oh, Brit...

—No vuelvas a decir eso.

—¿Por qué?

—Porque se supone que tienes que alegrarte por mí, igual que yo me alegré por ti cuando me dijiste que te ibas a casar con Shane.

—Yo estaba enamorada de Shane. Y él lo estaba de mí.

—Eso son sólo detalles.

—Es que Mitch y tú sois tan perfectos el uno para el otro... ¿Qué le parece todo esto a Mitch?

—No pienso preguntárselo. Además, ¿cómo va a ser para mí? Es serio, amargado y en general, un aguafiestas.

—Así te equilibra a ti. Parece exactamente tu opuesto, pero no lo es. Es tu media naranja. Y tú eres la suya.

—¡Vaya tonterías románticas! ¿Qué tiene el amor que ver con esto? Ya lo dijo Tina Turner.

—El amor es maravilloso y la única cosa por la que merece la pena vivir.

—¡No es cierto! Te molesta. Te mantiene en vela toda la noche y te hace mirarte al espejo y que ni siquiera conozcas a quien te devuelve la mirada.

—Pues no creo que ese Harley Houser te haga sentir de esa manera.

—Claro que no. Él adora el suelo que yo piso, que es exactamente lo que yo estoy buscando en mi vida.

—¿De verdad?

Brit pensó, desesperadamente, que el problema de tener hermanas era que sabían demasiado, que veían con sus propios ojos y te miraban más allá del rostro hasta el alma.

Abby la miraba y la veía en cuerpo y alma. La expresión en el rostro de Abby era el vivo retrato de la desilusión.

—Alégrate, Abby. Se supone que te tienes que poner contenta por mí.

—Ya lo has dicho antes —replicó Abby, que parecía más bien a punto de ponerse a llorar. En aquel momento, sonó el timbre—. Ni siquiera quiero ir a abrir la puerta. No quiero hablar con nadie en estos momentos.

—Cualquiera diría que te he anunciado un entierro en vez de una boda. No seas ridícula —dijo Brit, abriendo la puerta—. ¡Oh, señora Pondergrove! ¿Cómo está?

—¿Abby?

—No, entre.

—No quiero interrumpir. Sólo he venido a ver el vestido.

—Ya casi está terminado, Angela —dijo Abby—. Brit se lo iba a probar por última vez. ¿Quieres verlo?

—¿Podría? Si no es demasiada molestia...

—Me encantaría ponérmelo para usted —contestó Brit—. De hecho, yo misma voy a ser muy pronto una novia, aunque va a ser una boda muy sencilla. Un par de noches en Las Vegas. Mi traje de Chanel me vendrá de perlas.

—¿Te vas a casar, querida? —preguntó, muy emocionada la señora Pondergrove—. Esto debe de ser una primicia. Jordan no me ha dicho nada.

—No se va a casar con Mitch —replicó Abby, muy enojada.

—¿Cómo? Pero parece tan... tan... perfecto.

—Me voy a casar con Farley Houser —dijo Brit, orgullosa—. Vamos a volar a Las Vegas para pasar allí un fin de semana.

—¿A Las Vegas? —preguntó la señora Pondergrove, horrorizada—. ¿Con el señor Houser? ¿No es ése el maduro caballero que trabaja con Jordan?

—Distinguido —la corrió Brit, apretando los dientes.

—Distinguido... distinguido... ¡Dios mío!

Brit miró a la mujer sin entender. Luego, miró a Abby. Aquella señora casi no la conocía. ¿Cuál era la razón, de tal disgusto?

Abby la miró y se encogió de hombros, también sin entender.

—Angela —dijo Abby—, déjeme que la ofrezca una taza de té, mientras Brit se prueba el vestido.

—Sí una taza de té me sentaría bien.

Brit miró el vestido y lo quitó del maniquí con peores modales de lo que lo debería haber hecho. Se probaría el vestido, pero ni siquiera se miraría en el espejo. Ni una sola vez.

Se lo puso, de espaldas al espejo. Además, cerró los ojos mientras se lo ponía. Aquello no la ayudó, la tela susurraba contra la piel. Por ello, se puso a tararear para no oír el nombre que estaba susurrando.

Para poder superarlo, pretendió que era una modelo. Levantó la barbilla, adquirió un gesto muy real en el rostro y se dirigió a la cocina. Nadie sabía en qué pensaban las modelos cuando estaban desfilando. Por eso, sabía que debía evitar el contacto con sus dos espectadoras. Se imaginó que estaba en París, y que aquel sólo era otro vestido más de otros cincuenta que se tenía que probar antes de terminar su trabajo.

Con una pirueta final, salió de la cocina. Sin embargo, no se oían aplausos, sino murmullos de desaprobación. Después de colgar el vestido de nuevo en su percha, regresó a la cocina.

—Bueno, tengo que marcharme —dijo, muy alegremente—. Tengo un millón de cosas que hacer.

—Angela tiene algo que quiere decirte —susurró Abby, en voz baja.

—Quería mía, quiero que te quedes con ese vestido.

—¿El vestido? ¿Yo? ¿Por qué?

—Sí, me gustaría que te lo quedaras como un regalo.

—No puedo aceptarlo. Además, no va a ser ese tipo de boda.

—El vestido te queda precioso. Parece un sueño. ¿Cómo podría una mujer no querer estar tan hermosa el día de su boda?

—Yo no —replicó Brittany.

—Insisto, querida mía —suspiró la mujer—. Llévate el vestido. Puedes hacer lo que quieras con él.

—¡Pero si ni siquiera me conoce! Usted no le puede dar un vestido como ese a una completa desconocida.

—No somos tan desconocidas como tú puedas creer. Yo... yo conocí a tu madre.

Brittany vio que Abby se quedaba boquiabierta y pensó que a ella debía de haberle pasado lo mismo.

—¿Que usted conocía a nuestra madre?

La pena de la señora Pondergrove parecía ir en aumento.

—Brevemente. Lo siento. Es una historia muy larga y muy complicada.

—¿Cómo era? —susurró Brit—. ¿Era hermosa y amable? ¿Nos quería?

—Claro que os quería. Querida mía... —musitó la mujer, llorando—. Bueno, ahora tengo que marcharme. Lo siento mucho.

Sin decir nada más, tomó su bolso y se dirigió hacia la puerta.

—Señora Pondergrove —gritó Brit—, por favor, no nos deje así. No nos deje sin decirnos nada más de nuestra madre.

—Estaré bien, bien... —susurró antes de marcharse, mientras se secaba las lágrimas.

Brit y Abby se quedaron mirándose.

—Conocía a nuestra madre —dijo Abby, lentamente.

—Me preguntó por qué se ha disgustado tanto —se preguntó Brit.

—¡Ja! De eso no hay duda alguna. Por tu próxima boda.

Brit le sacó la lengua a su hermana.

—Y no quiero ese vestido.

—¿Por qué no? —preguntó Abby.

—Porque... Lo odio y odio todo lo que representa.

Abby la miró tristemente y sacudió la cabeza.

Mitch no levantó la mirada cuando se abrió la puerta de su despacho.

—¿Qué? —gruñó.

—Me han nombrado para pedirle una donación —dijo Millie—. Suzie tenía miedo de hacerlo.

—¡Miedo! ¿De mí?

—Por amor de Dios, señor, no se haga el inocente. Si ayer la hizo llorar. Ha sido un horror absoluto.

—¿De verdad?

—Pero si solo fue un error tipográfico. Un dígito.

—¡En una dirección!

—¡Señor Hamilton!

—¿Tengo que disculparme?

—Si quiere conservar alguna secretaria al final de la semana, debe hacerlo. Y... sus disculpas podrían empezar con una generosa donación.

—¿Para qué? —preguntó Mitch, sacándose la cartera.

—El señor Houser se va a volver a casar. Suzie está a cargo de la fiesta del bufé. Quiere probar un nuevo restaurante. Yoko's House de Curry. Todo el mundo habla de ello en la ciudad, pero yo no estoy muy segura. ¿Qué clase de nombre es ese para un restaurante? El curry no es japonés. Y a ella se le ocurrió un juego de jardín como regalo. El señor Houser tiene un gran jardín en su piso...

Mitch se quedó helado. Se había perdido en las explicaciones de Millie y la mano se le había quedado helada de camino al bolsillo.

—¿Quién?

—Suzie.

—¿Que se casa con Suzie? —preguntó Mitch, aliviado.

—¡Señor Hamilton! Pero si Suzie está felizmente casada. Ella solo está a cargo de organizar la fiesta y de comprar el regalo.

—¿Con... quién... se... casa... el... señor... Farley? —preguntó muy lentamente, para que no hubiera posibilidad de error.

—Oh, con una de esas encantadoras trillizas que estuvieron aquí no hace mucho. Por supuesto, todo el mundo dice que ella es demasiado joven para él, pero el hombre está enamorado. Nunca lo he visto más feliz. Parece diez años más joven que la semana pasada. ¿Señor Hamilton? ¿Dónde va? ¿Señor Hamilton?

Mitch cubrió la distancia entre su despacho y el de Farley en menos de un segundo. Abrió la puerta de par en par y entró sin llamar.

—Si te casas con ella, voy a matarte con mis propias manos.

No se podía creer que hubiera dicho aquello. Farley lo miraba atónito, con el bolígrafo paralizado en el aire. Sin embargo, recobró la compostura muy rápidamente.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó, lleno de sarcasmo.

—No.

—Ella me lo pidió. Sólo un completo idiota la hubiera rechazado —explicó—. Además, tú tuviste tu oportunidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo ella misma.

Lo odiaba. Que ella le hubiera dicho cosas, que hubiera confiado en Farley, que hubieran pasado tiempo juntos. Tal vez incluso a solas. ¿La habría besado Farley?

—Mitch, no me mires de ese modo. Tú le dijiste que no. ¿Qué quieres que haga? ¿Que se meta a monja? ¿Estás intentando decirme, con tu manera sutil de siempre, que crees que sigue habiendo algo entre vosotros?

—Sí —replicó Mitch—. Sigue habiendo algo entre nosotros.

—En ese caso, deberías haber dicho que sí. ¿Por qué diablos no lo hiciste?

—Porque me lo pidió por las razones equivocadas.

—¿Cómo?

—Mira, Farley, tal vez tú con tu historia no entiendas esto, pero a mí me gusta casarme con una mujer que me ame.

—¿Sabes una cosa, Mitch? Voy a ser sincero contigo. Si eso es lo único que necesitas, no te la mereces. ¿Te has preguntado alguna vez lo que ella necesita?

Mitch lo miró, aturdido.

La sencilla respuesta era no. No lo había hecho. Cuando lo hubo hecho, supo que las dos razones que ella le había dado eran falsas.

No necesitaba la panadería. Ni a Laurie Rose.

De repente, se imaginó la niñez de Brit, con bonitos vestidos, muriéndose porque alguien la quisiera por algo más que por ser guapa. Pensó en su necesidad de tener siempre un aspecto perfecto y en aquella sonrisa que creaba y que no siempre le alegraba los ojos.

Entonces, supo lo que ella necesitaba y estuvo seguro de que era el único nombre que podía dárselo.

—Es demasiado joven para mí —prosiguió Farley—. Lo digo en serio, pero un hombre nunca pierde la esperanza. ¿Tú la amas, hijo?

De repente, su ira desapareció. Se dejó caer en una butaca enfrente del escritorio de Farley y asintió.

—Sí.

—Entonces, eres un estúpido. ¿Te has dado cuenta de lo especial que es? ¿Vas a tirar todo eso por la ventana sólo por orgullo?

Farley suspiró y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Entonces, sacó dos sobres, que no podían ser otra cosa que billetes de avión.

—Toma, quédatelos tú. Yo ya no los necesito.

Mitch tomó los billetes. Las Vegas. Aquel fin de semana. Sintió que la tierra temblaba bajo sus pies cuando pensaba lo cerca que había estado de perderlo todo.

Farley tomó su teléfono y marcó un número.

—Si la haces infeliz, te mataré. Con mis propias manos —dijo el hombre—. ¿Sam? ¿Cómo estás? Mira, en este asunto de los Williamson...

No miró a Mitch. Se limitó a dar la vuelta a la silla para poder mirar por la ventana.

Mitch supo que, lo único decente que podía hacer, era salir de aquel despacho sin hacer ruido y no destruir la compostura de Farley por darle las gracias por el regalo que acababa de entregarle.

Capítulo Diez

En comparación con los demás días, aquel no había estado mal. Luigi, el panadero, se había quedado muy afectado cuando le contó los problemas de Laurie Rose, pero le había reñido cuando le había contado su solución.

—No te vas a casar con ese hombre. No es para ti.

—¿Qué tiene todo el mundo en contra de Farley? Es un hombre muy agradable —preguntó ella.

Luigi frunció el ceño. Brit se había sentido muy enojada consigo misma. Incluso Luigi parecía poder ver a través de ella.

A continuación, se había pasado todo el día al teléfono, hablando en italiano. Sin embargo, al final del día, le informó de que lo había hablado con su esposa y que, si Laurie Rose necesitaba un hogar, podía vivir con ellos. Tenían una cita con una trabajadora social para hablar del tema.

—¿Qué importa uno más? —dijo él—. Ya tenemos nueve. Mi hija mediana es de la misma edad que Laurie, así que podrán compartir una habitación.

—¿Nueve hijos?

—¿Y tú me has preguntando qué diferencia hay con quien te cases? Si te casas con alguien que te pone el corazón ardiendo, eso es lo que pasa.

Por un lado, los problemas de Laurie tenían una solución más cercana y le alegró el día. Además, el hecho de que, por primera vez, habían terminado un día con ganancias supuso que podía olvidarse del atún y darse el gusto de comprarse un pollo a la barbacoa.

Sin embargo, lo mejor de todo era que, a pesar de que Laurie no estaba, Brit había aprendido a organizarse y había descubierto que podía con todo. Era cierto que las cosas no estaban tan limpias como con la joven ayudante, pero se las arreglaban. Además, había conseguido pasarse un día completo sin pensar en su boda.

Entonces, si la vida le iba tan bien, ¿qué estaba haciendo en la cama a las siete, sintiéndose como si tuviera resaca, cuando no había tomado nada de beber desde la boda de su hermana?

La verdad de la que estaba tratando de olvidarse era que tenía el corazón destrozado. Farley conocía la verdad. Lo había sabido desde el principio. De algún modo la había intuido y le había sacado toda la historia.

Brit creía que estaba siendo un poco injusta con Farley, pero, si él no lo creía, ¿seguía siendo injusto por ello? El tipo de pregunta que la volvía loca era por qué, cuando había querido guardarse sus sentimientos, en el pasado lo había conseguido sin ningún problema y, sin embargo, desde un tiempo atrás, le resultaba imposible.

Además, dado que el tema de Laurie Rose estaba solucionado, ¿iba a seguir adelante con el matrimonio con Farley?

Alguien empezó a aporrear la puerta. Ella se colocó la almohada sobre la cabeza, pero, quien llamaba con tanta insistencia, no estaba dispuesto a marcharse tan

rápidamente.

Finalmente, sin preocuparse de que estuviera con un pijama de franela, fue a abrir la puerta. Había un mensajero, con una enorme caja en las manos. Supo inmediatamente lo que era.

—No lo quiero.

—Señora, a mí me pagan por entregar las cosas. Extra a estas horas de la noche. Así que haga el favor de firmarme aquí y tome la caja. ¿Por qué va a complicarme la vida? Después, puede tirarlo si quiere.

El hombre la miró completamente imperturbable y le entregó una libreta y un bolígrafo. Tras firmar, tomó la caja y la colocó en medio de la mesa de la cocina. Deliberadamente, puso la tetera para demostrar así que aquella caja no tenía poder alguno sobre ella.

Después de la tetera. Tomó una taza y se preparó un café instantáneo antes de añadir el agua de la tetera. No fue hasta después del primer sorbo cuando admitió que la caja podía interesarle ligeramente.

La miró un poquito, la dejó, y unos minutos más tarde, volvió a mirar. Incluso pudo dar la vuelta a la mesa tres veces sin tocar la caja.

Al fin, furiosa consigo misma por su falta de autocontrol, abrió la caja. Cuidadosamente doblado, estaba el vestido de novia. Parecía brillar entre el papel de seda. Era tan hermoso y tan lleno de magia... Extendió una mano y lo tocó. A continuación, cerró los ojos ante la delicadeza de la tela y luego los volvió a abrir.

Encima del vestido, había un trozo de papel doblado. Con manos temblorosas, lo tomó y lo desdobló. La escritura era tan frágil que parecía hecha de telas de araña.

Queridísima Brittany:

Siento mucho mi comportamiento de la otra noche y por sorprenderte tanto con las noticias de que conocía a tu madre. El momento en que la conocí fue breve y trágico. Esperaba decírtelo, y a tus hermanas, sobre ello, cuando llegara el momento adecuado. Ahora, he decidido que debo marcharme durante un tiempo. Me siento confusa e insegura, aunque sigo teniendo una verdad.

Solo hay una realidad y un poder. Es el amor. Te suplico que no elijas nada menos para ti misma. Te lo suplico. Tu madre no hubiera pedido nada menos.

Angela Pondergrove

De alguna manera, aquellas palabras le llegaron muy hondo y la atraparon en la fragilidad de aquella escritura. *Te lo suplico. Tu madre no hubiera pedido nada menos.*

Después de un largo tiempo, Brittany dejó la nota a un lado y volvió a acariciar el vestido. Había algo relajante en tocar aquella maravillosa tela.

—No pienso ponérmelo —dijo, sin mucho convencimiento. Al final, cedió y sacó el vestido de la caja—. Si me lo pruebo, sé que no podré casarme con Farley Houser.

Se había jurado que lo haría. Solo faltaban días. Se lo había dicho a toda la

ciudad, aunque tal vez para convencerse a sí misma de que así era.

Sobre Mitch... Silencio. Si Mitch no iba a casarse con ella, entonces no importaba con quién se casara, ¿verdad?

Como si estuviera en trance, se desabrochó la cremallera de los vaqueros y dejó que estos le cayeran al suelo. Sujetó el vestido con una mano, mientras con la otra se iba desabrochando los botones de la blusa y la dejaba caer al suelo, junto con los vaqueros.

¿Por qué no probárselo una vez más? Con mucho cuidado, se lo deslizó por los hombros y se lo colocó. Después se subió la cremallera. El vestido pareció cobrar vida, ciñéndose a ella como una segunda piel.

Tras hacer una reverencia a un novio imaginario, colocó el disco de Celine Dion y bailó un solitario vals por el salón.

En aquel momento, estuvo segura de que nunca podría casarse con Farley Houser. No le importaba si perdía la panadería. ¡Qué razón había tenido Angela! Sólo había una cosa real. Sólo había una cosa que tenía poder. Con la que estaba bailando.

Bailaba con la joven que se había convertido en mujer en muy pocas semanas, la que había aprendido a dirigir una panadería y a resolver sus errores. Aquella era la mujer que se había enamorado de Mitch Hamilton.

Era una mujer real. Fuerte y capaz, creativa y completamente capaz de cuidar de sí misma. Entonces, Brit supo por qué había ido a Miracle Harbor. No para reclamar una panadería, ni para casarse, sino para conseguir un milagro para sí misma.

Decidió que guardaría aquel vestido para el día que encontrara un hombre que la amara, para el día que se casara porque quería hacerlo. Entonces, se puso a pensar en Mitch y, sin poder evitarlo, las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

De repente, volvieron a llamar a la puerta. Se dio cuenta de que no había dado propina al repartidor, aunque, en realidad, no se merecía ninguna. Subió la música y no prestó atención a la puerta.

—Brit, si no abres la puerta, voy a echarla abajo.

Se dio cuenta, que, desde el principio, había sabido que Mitch iría. Todos los sabían. Su hermana, la señora Pondergrove, Luigi... Incluso Farley. Algunas verdades eran muy difíciles de ocultar.

Fue a la puerta y la abrió. Sí, desde el momento en que se había puesto el vestido, había sabido que todo era posible.

Estaba allí, con el cabello alborotado y las mejillas oscurecidas por el nacimiento de la barba. Los ojos estaban llenos de agonía. La miraba, pero Brit estaba segura de que no veía el vestido. Lo único que veía era lo que Mitch siempre había visto. A la verdadera Brittany.

Dio un paso al frente y entonces suspiró. Dio un paso más hasta que estuvo tan cerca de ella que pudo colocar la cabeza encima del hombro. Su guerrero...

Ella lo abrazó y murmuró su nombre. Sintió que Mitch se relajaba contra ella y que le entregaba una parte de sí que nunca antes le había dado de buena gana: su

confianza. Brittany lo miró a los ojos y sonrió.

—Brit... Lo siento mucho. Perdóname.

—¿Por qué?

—Por no decir sí. Por no reconocer lo que no podías decir, pero lo que todo el mundo menos un ciego era capaz de ver.

—¿Y qué era eso?

—Que me amabas.

—Sí, así es. Te amo.

—Y aquí está mi secreto, Brit. Yo también te amo. Tal vez desde el primer momento en que te vi en el despacho de mi padre reconocí tu alma como la que liberaría la mía, la que llevaría luz a mi mundo después de haber caminado tanto en la oscuridad, la que traería risas a mi corazón, cuando había dejado de creer que había cosas que podían ser agradables.

—Mitch...

—No he terminado. Tengo una confesión que hacer. Le dije a Farley Houser que, si te casabas con él, lo mataría con mis propias manos.

—El rebelde da un paso al frente.

—No tenía derecho a hacer eso. Me había equivocado...

—Shh. Los dos sabíamos que yo nunca me casaría con Farley, Mitch, pero yo me di cuenta la última. ¿Cómo podía casarme con él cuando estoy tan enamorada de ti? ¿Cómo podía haber vivido con una mentira tan monstruosa? ¿Cómo lo podía haber considerado siquiera?

—¿Quieres que vayamos a Las Vegas a casarnos este fin de semana? Me han dado un par de billetes de avión.

—No. Nos casaremos aquí. Ya he escogido el lugar. Se llama Esperanza. Esos chicos nunca nos perdonarían si no les invitáramos a la boda.

—¿Quieres casarte en un centro de jóvenes?

—No puedo esperar.

—No creo que a tus padres les vaya a gustar mucho el vecindario.

—Últimamente he madurado mucho. No me importa si a ellos les gusta o no. De hecho, creo que podrían tener algo que aprender aquí.

—¿Y qué es?

—Que el amor hace que ocurran los milagros. Todo el tiempo. En cualquier lugar donde haya una oportunidad de arraigar, los milagros empiezan a ocurrir.

—Milagros...

Entonces, tomó los labios de Brit entre los suyos y ambos entrelazaron las manos y mientras escuchaban las notas de la culminación de una canción de amor, empezaron a dar los primeros pasos del resto de sus vidas. Con labios y almas, dijeron sí al milagro más grande de todos.

Un hombre, una mujer, amándose para toda la eternidad y permitiendo que el amor sanara heridas pasadas y llenara los lugares vacíos que quedaban en sus

corazones.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.